

11-25633

DONACION

5/3,00 c/d

ANALES
 DE LA
 UNIVERSIDAD DE CUENCA



Tomo XIV

Nos. 2-3

ABRIL - SEPTIEMBRE DE 1958

CUENCA — ECUADOR

33
 630
 050
 1031

25633

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

TOMO XIV

ABRIL - SEPTIEMBRE DE 1958

Nos. 2-3

SUMARIO:

	<u>Págs.</u>
Francisco Alvarez González: El Mundo de Santo Tomás y el nuestro	187 ³⁰³⁷
Claudio Cordero Espinoza: América, una Incógnita de la Cultura	199 ⁸²⁰
Rigoberto Cordero y León: Emocionario de la Danza.	241
Gabriel Cevallos García: Gonzalo Zaldumbide o la Sencillez Realizada	251 ³³⁵⁵
CRONICA UNIVERSITARIA	279
Resoluciones de la Primera Conferencia Latinoamericana de Extensión Universitaria e Intercambio Cultural realizada en Santiago de Chile	303

El Mundo de Santo Tomás y el nuestro

No entiendo que los actos carezcan de sentido. En verdad, no creo que ninguna acción humana esté manca de significación. Pero sí ocurre que no todas las vidas o actos humanos están de igual modo cargados de intención. Las nubes que el viento infla o deshilvana en el azul del cielo pueden ser eso, nubes intrascendentes, o contener un alto potencial de energía. Cuestión previa a todo ser esto o lo otro es que las cosas, los hombres o los actos sean. Nada más triste que el título de una de las obras de Turgueniev: "Diario de un hombre supérfluo". Lo supérfluo, en términos de ontología, es como un vacío de ser, como la nada.

Siempre, cuando el azar me brinda la oportunidad de intervenir en cualquier acto, siento el temor o la zozobra de que aquello, como la vida del héroe de Turgueniev, carezca de contenido y sea supérfluo. Estimo que el peligro es real cuando se trata, como ahora, de recordar un hecho o una persona del pasado. Porque, en cierto modo, el pasado es lo ido, la nada, y ante ello tendemos meramente a evocar como espectáculo. Yo no quisiera que para vosotros la evocación del pretérito, la historia, fuera eso. O, por lo menos, eso solamente. Tampoco pretendo que ante la historia el hombre adopte la humilde postura de quien está escuchando una lección. El dicho antiguo, "historia magistra vitae", desde siempre me ha dejado un regusto de insatisfacción. Andando los años, creo haber comprendido el por qué del curioso sentimiento: la historia es algo más que maestra de nuestra vida. Es nada menos que conformadora de nuestro ser. ¿Es que Uds. hubieran venido a este acto si en su pasado algo no les hubiera familiarizado con la obra y con la personalidad del ilustre dominico Santo Tomás de Aquino? El

pretérito que cada uno de Uds. carga sobre sus hombros constituye su ser y orienta sus acciones y propósitos.

Su pasado hace al hombre, y las generaciones que fueron, con su obra, modelan a las generaciones de hoy. Si se ha dicho que la nariz de Cleopatra, esa nariz que tan de cerca contemplaron César, Marco Antonio y el prudente Octavio, cambió la faz del mundo, ¿qué no afirmar de algo incomparablemente más lujoso, más denso, de infinita más trascendencia, como es la obra filosófica del santo aquinatense? Pesa y gravita el pensamiento de Santo Tomás en el mundo de hoy. Pero no equivocad el sentido de esta afirmación que os acabo de hacer. Gravita y pesa en la ideología de los neotomistas y en la tarea intelectual de los que no lo son. Que para que exista el hecho real de una guerra, por ejemplo, tanto cuentan los aliados de un ejército como la presencia ante él del enemigo.

No debemos jamás evocar como espectáculo, es decir, como regocijo para el presente, un hecho o una figura del pasado. No debemos. Pero, la verdad es, que tampoco podemos. Perdonadme que en esta ocasión en que festejamos a un gran filósofo me permita yo hacerlos un poco de filosofía.

Ver o recordar, que para mis afanes de ahora viene a ser lo mismo, parece que requiere de dos elementos: el sujeto que ve o recuerda y el objeto visto o recordado. Así al menos lo hemos oído repetir miles de veces. Mas con eso sólo, el acto de contemplar alguna cosa resulta incompleto. Contemplan unos ojos o imagina una mente, pero mente y ojos ejercen sus operaciones en unas muy concretas circunstancias. Pensad que nos acordamos de un paseo campestre cualquier tarde en que, enfermizos, reposamos sobre la cama. La soledad y suave penumbra de la alcoba, el deprimido estado de ánimo, etc., son circunstancias que contribuyen quizá a teñir el recuerdo de un cierto halo de melancolía. Y, de otra parte, por el lado del objeto, tampoco es verdad que cuando contemplo una cosa sea sólo una la cosa que contemplo. Con esto no quiero decir que en el campo de mi visión penetren siempre muchas cosas, dado que en el espacio conviven unas con otras. No. Lo que quiero sugerir es esto otro. Cualquier cosa está siempre aureolada de otras, que forman en su contorno una especie de marco. Y es obvio que el marco de un cuadro contribuye a empobrecer o a realzar la belleza de la pintura. Una mota de polvo es negra posada sobre la alba superficie de una cuartilla. Y esa misma mota de polvo es blanca sobre la solapa de un traje negro. Por mucho que dirija el dardo de mi atención a un solo objeto, en mi percepción está influ-

yendo todo lo demás que se encuentra en torno de él. En una palabra, al sujeto y al objeto hay que añadir sus circunstancias respectivas. A falta de este requisito esencial, ni el objeto ni el sujeto son. Se convierten en mera abstracción, desvitalizada y vacía. En el mundo, todo, hombres y cosas, son como partes de un vasto organismo. Independientes de la totalidad carecen de sentido, son nada. A veces creemos que sumando cosas y cosas, hasta no dejar fuera ninguna, construimos la idea de mundo. Lo inverso es más bien la verdad: intuimos sin gran esfuerzo, directamente, el universo, y el concentrar la atención en una cosa exige un esfuerzo de la mente.

A la sazón, quizás alguno de vosotros os estéis preguntando que a dónde con estas reflexiones quiero yo ir a parar. Sin más preámbulos os lo diré en seguida. Nos hemos reunido esta tarde de marzo unas cuantas personas aquí, en el Salón Máximo de esta Universidad, para recordar a una persona que vivió hace ya mucho tiempo, en el siglo XIII de nuestra era. Como os decía en mis primeras palabras, yo desearía que este acto, como cualquier otro de los que a diario realizamos los hombres, no fuera superfluo. Al contrario, que estuviera lleno de significación. Que no forzados por la tradición, nos limitáramos a decir unas cuantas palabras, más o menos floridas, adecuadas y bellas, en honor del ilustre homenajeado. Que no tomáramos el pretexto de un pensador para montar un espectáculo. Yo creo que, si Santo Tomás me oyera, estaría de acuerdo conmigo y que, con más enjundia que yo, le gustaría sacar algún provecho substancial de esta ocasión.

Nosotros, que evocamos, estamos en un mundo, y Santo Tomás, el objeto de nuestros desvelos actuales, vivió también en una concretísima circunstancia, el llamado mundo medioeval. Queramos o no, le contemplamos desde el mirador de nuestra época, y le vemos ajetreado por los acuciosos problemas de la suya. Nosotros y él, nuestro mundo y el suyo. Si esto fuera un problema, en estos términos habría que plantearlo. La prueba es que, si alguno de vosotros desconoce el siglo XIII, los acontecimientos de toda índole que en él tuvieron lugar, las luchas, las instituciones, las formas de vida, el arte, las estructuras políticas vigentes, la cultura, los problemas que entonces pesaban sobre la conciencia de los hombres, etc., la figura del santo dominico se desvanecerá para él, convirtiéndose en poco más que una palabra. De igual modo, si en un teatro la luz se apaga de improvisa, al caer las sombras sobre el escenario también desaparecen de vuestra vista los actores que en él hablan y gesticulan.

Siete siglos de intervalo son muchos años, meses, horas y minutos. Pero si a la conciencia del hombre moderno el mundo medioeval parece tan alejado y remoto, no es tanto por la distancia como por la extrañeza y diferencia entre los mismos. En cierto modo, la edad media es la antítesis de nuestra manera de ser. A veces, el hombre encara con satisfacción el mundo que vive. Otras, por mil posibles circunstancias, su forma de vivir es huirlo. A esta clase de hombres pertenecieron aquellos que vinieron al mundo a comienzos del pasado siglo. Fueron los románticos. Pues bien, su amor por las ruinas, símbolo de la fuga del mundo presente y de ilusión por el pretérito, les llevó a tomar cariño a la edad media, lo que inconscientemente adivinaban muchos como lo más opuesto a la decimonona manera de vivir. Fue lo medioeval en el tiempo lo que Asia, el continente antípoda, representó en el espacio, a saber, lo lejano. Lo remoto y distante por antonomasia. Por consiguiente, los dos motivos y temas más generalizados de la sensibilidad romántica. Mucho hemos cambiado a partir de esa época de suspiros y lágrimas, pero en lo especial, continuamos marchando en la dirección fijada por el empujón renacentista. Y son bastantes también hoy los que asqueados de las luchas y dificultades actuales hallan un consuelo soñando los medioevales siglos de la fe y añorando una nueva edad media.

Llamamos mundo aquello en que somos y vivimos. Los campos familiares que el horizonte limita, aquellos otros que no conocemos quizás, pero sabemos se extienden más allá; las plantas, los animales y los otros hombres. Todo eso es el mundo material que nos rodea. Y mundo es también los usos, las instituciones, la cultura, las ideas, la historia. Pues bien: el mundo de Santo Tomás era un mundo bien especial. En primer lugar, era un mundo pequeño, reducido, como para tratar familiarmente con él y hallarse muy a gusto. De una antigua tradición, que se remontaba hasta los tiempos de Platón y de Aristóteles, es decir, cuatro siglos antes de Cristo le venía a este mundo de la décimotercera centuria de nuestra era el ser un mundo finito en el tiempo y en el espacio. Pese a las graves dudas que Santo Tomás tenía sobre el asunto, cree en un comienzo temporal del mundo, aunque opine que no se puede demostrar: "mundum incoepisse est credibile, non autem demonstrabile". La mayoría no creía que esa fecha pudiera remontarse a más de unos cuatro o cinco mil años antes de Jesucristo. Unas centurias antes de nacer Santo Tomás, las muchedumbres europeas habían vivido atemorizadas por el próximo fin del universo. Entre el principio y el fin, aquí sobre la Tierra iba desarrollándose el grave drama de la historia del

hombre, tendiente a la definitiva separación de las dos ciudades de que había hablado San Agustín. No antes del tiempo, porque antes del tiempo no hay un *antes*, sino fuera del tiempo, el constante presente, la eternidad. El tiempo había comenzado con las cosas. Aquella poética "imagen móvil de la eternidad" con que Platón había definido el tiempo en el *Timeo*, se convierte en la científica definición "numerum et mensura motus" de Aristóteles, es decir, número y medida del movimiento. Pero como el movimiento supone de toda necesidad un móvil, resulta que no tiene sentido hablar del tiempo con independencia de las cosas. Tiempo y seres nacen al mismo tiempo. Y *mutatis mutandi*, podemos decir cosa igual del espacio. Es inexacto afirmar que los griegos y los romanos carecieron de la idea de infinito. Ved cómo hablaba Arquitas de Tarento: "llegado a la extrema esfera celeste, es decir a la esfera de las estrellas fijas, ¿podría extender la mano o el bastón más allá, o no? No poderlos extender sería absurdo; pero si puedo extenderlos, habrá aún materia o espacio más allá". Y el poeta filósofo romano Lucrecio cantaba: "Omne quod est nulla regione viarum finitum est". Todo lo que existe en ninguna parte de los caminos es finito. Pero Platón y Aristóteles, los dos colosos del pensamiento antiguo, estaban de acuerdo en que lo que existe actualmente como real de toda necesidad es limitado. El mundo termina allá, en la última esfera de las estrellas fijas. Los contemporáneos de Santo Tomás creían de igual modo.

¿Tendré que insistir en qué lejos nos hallamos nosotros de este punto de vista? Y no es que se trate de creencias distintas, sino de que en realidad nuestro mundo se ha ensanchado hasta convertirse prácticamente en infinito. No es, pues, cuestión de ideas, sino de ser. Hacia atrás, nos perdemos, como decían los historiadores de antaño, en la oscura noche de los tiempos. Hacia adelante, es muy probable que nuestro sistema solar perezca de entropía, por muerte térmica. Pero en lo que podemos entrever hacia un lado y el otro se extienden escalofriantes cantidades de millones y millones de años. Y lo mismo decimos del espacio. Más allá de los mundos de estrellas fijas que vemos parpadear en las noches tibias de verano, hemos logrado sondear hasta espacios situados a centenas de millones de años luz. Aunque tuviera sentido hallar de límites, ¿no es en verdad angustiioso sentirse tan perdidos teniendo en torno nuestro estas inimaginables distancias? ¡Tan a gusto como los antiguos se encontraban en su mundo chiquito y recoleto! El que más y el que menos siente hoy agorafobia cósmica, cuando piensa en tan inverosímiles espacios y distancias.

En el mundo de Santo Tomás, todo, hombres y cosas, ocupaban

su lugar natural. Era como una de esas casitas en que al entrar adivinamos el espíritu de una mujer hogareña, ordenada y meticulosa. Cada objeto en su sitio, en niveles y planos distintos. Aquel era un mundo de rangos y jerarquías. Esferas circunscritas unas en otras, y, en el centro, la Tierra, la morada del hombre. Materia inorgánica, vegetales, seres sensibles, hombres y, por encima, ángeles, no individual, sino específicamente diferenciados unos de otros. En el orden de las cosas humanas igual jerarquía: papas, emperadores, reyes, nobles, caballeros, maestros, oficiales, aprendices, campesinos, y siervos. Dando expresión poética Dante a las ideas tomistas, ni siquiera concibe el infierno sin jerarquías, y así le vemos descender con Virgilio escalones y círculos en su sueño inmortal.

Y nosotros, en cambio, ¿qué? Los metafísicos modernos nos enseñaron a ser materialistas o idealistas, a unificar desde arriba o desde abajo. Los últimos, empecinados en partir del espíritu, a ser ideas cuyas reducen el ser de nuestros cuerpos, de nuestras almas, de animales y cosas. Los primeros, ilusionados en construir una metafísica **hacia arriba**, degradan todas esas cosas a la condición de materia muerta y movimiento. Los hombres del siglo XIII se inspiraban en la línea vertical. Su obra maestra en arquitectura, las catedrales góticas, era el fiel reflejo de ese espíritu. Usaban las categorías de arriba y abajo, de superior y de inferior. Nosotros sólo conocemos las de izquierda y derecha, imbuidos como estamos de horizontalidad.

Todo lo que existe se reduce en última instancia a átomos y a peripecias de los mismos. Sus categorías y leyes son valederas para todas las cosas, sean las que sean. Por eso, ninguna época ha hecho tanto hincapié en el conocimiento de la microfísica, de lo infinitamente pequeño. En substancia, todo es igual, lo grande y lo pequeño, lo alto y lo bajo. Antes que los teóricos de la política y del derecho hablaran de democracia y de igualdad, ya los metafísicos habían proclamado una especie de democracia cósmica.

Era fundamental en la concepción del mundo tomista la noción de persona. Ser persona era ser algo único e insustituible. Desde el renacimiento acá hemos metamorfoseado ese concepto en este otro de individuo. Individuo es la unidad de un sumando, **un** soldado en un regimiento, **un** número en un presidio, **un** ciudadano en uno de estos colosales Estados modernos. Algo que puede ser permutado por otro, la pieza de una máquina susceptible de recambio cuando se ha estropeado en su específica función. El individuo es casi lo impersonal, el **se**, el obrero de la gran fábrica que vende semanalmente su fuerza de trabajo por un salario. Individuo es lo conocido

estadísticamente. Individuo es aquello que acude, famélico, cuando el altavoz anuncia "¡el 5.632!", en un campo de concentración, o el soldado que en su uniforme de dril pardoverdoso —uniforme, es decir, indiscernible e indiferenciado— lleva una plaquita con un número en la muñeca para su futura identificación, cuando la metralla le haga definitivamente **se** destrozándole el rostro.

El individuo es un momento, la parte de una totalidad. Parece el individuo, cumple, llena su función, y el todo permanece. Oid a Hegel, por ejemplo: hombres, pueblos, naciones son sólo instantes de una evolución dialéctica. Nada en sí es verdad, último y definitivo. Cada Estado o cada individuo son como esos actores viejos que por obligación entran en el escenario, recitan su papel y se van por el foro.

El método que con singular destreza usaba Santo Tomás era el método deductivo. De arriba abajo, partiendo de principios, procuraba poner de relieve las verdades que en ellos se encontraban. Nosotros propendemos a poner la mirada en los hechos concretos. Mas como cosas y hechos concretos son sólo individuos, resbalamos la atención sobre ellos en busca de generalidades y leyes. Las hipótesis, necesarias en el proceso de la investigación científica, se van convirtiendo paulatinamente en teorías ciertas o en leyes a medida que cosas y fenómenos van contestando sí a nuestras sucesivas interrogaciones y experimentos. El conocimiento de la naturaleza se asemeja a un gigantesco **referendum**. Sí o no responden las cosas cuando les llega el turno de votar y emitir opinión. Y es bueno o malo, verdad o error, lo que decide la generalidad.

El universo de Santo Tomás estaba hecho de una vez para siempre. Cada cosa estaba hecha para jugar un papel o para llenar una función. Casi más que el **por qué** interesaba el fin. En el todo, como en cada una de sus partes, revelábase la presencia de una última causa inteligente. Los hombres vivían en la creencia de que todo estaba bien hecho, y que cada cosa o persona ocupaba el lugar justo que por naturaleza y designio de la providencia le correspondía. La resignación, más que virtud, era el resultado de una creencia intelectual. El campesino vivía conforme, inclinado sobre la gleba. Y el emperador tomaba en serio y con naturalidad su papel de caudillo. Podía haber sitio en el alma para la admiración, pues que el hombre ignora los designios de Dios. Pero no se pensaba, como entre nosotros es habitual, en el absurdo o en la definitiva "sin—razón—de—ser" de las cosas. También nosotros pensamos que el mundo se

hace. Que nada es definitivo y fijo. Y hablamos de expansión del universo, de devenir, de marcha, de progreso y de decadencia. Son palabras usuales en la jerigonza intelectual contemporánea. Se transmutan las especies, nacen y mueren las culturas y civilizaciones, el hombre es una existencia nuda, que tiene que hacerse para llegar a ser. . . . Volatilizamos el ser de las cosas en cargas positivas o negativas de electricidad, y nos repugna tener que ir a buscar un inmutable móvil tras la máscara aparente de cualquier movimiento. Substantivamos el devenir, el *fieri*, y dudamos que las cosas puedan tener un *esse*.

En el mundo de Santo Tomás un valor era algo definitivamente serio, absoluto. Podíamos estar seguros de su valer por tener, como el resto de cosas, un último fundamento trascendente. En el nuestro, en nuestro mundo, se predica el evangelio de la transmutación de todos los valores y defiéndose su origen subjetivo, en cualquier acto de poder creador o en las sucias cloacas de la amargura, la impotencia y el resentimiento. Y aproximadamente, lo mismo ocurre con la verdad. Hay quien sostiene, aunque no es completamente seguro, que en la época en que enseñaba Santo Tomás, otro profesor de la afamada Universidad de París, Siger de Brabante, apoyándose en el averroísmo, defendía la teoría de la doble verdad. Algo podía ser verdadero para la fe, y otra cosa distinta ser verdad para la razón. Era profesar en el fondo el relativismo. Pero aunque fuera cierto que Brabante sostuviera esta doctrina, aquí, como en tantas otras cosas, la excepción confirma la regla. A nadie se le ocurría entonces sostener ni la relatividad del valor, ni la relatividad de la verdad. Podíamos ser ciegos para la última; pero, si la aprehendíamos, conquistábamos algo absoluto y definitivo. Hoy, en cambio, subjetivistas, acostumbrados a contemplar con un ojo las cosas y con el otro al hombre que las mira, realizamos, aquí como en la percepción, el papel del sujeto, y opinamos que es el hombre el que, en definitiva, crea la verdad. Entonces, la verdad era algo objetivo, que se entrega a la mirada atenta del espíritu. Hoy, rebajada de rango, la verdad apenas es en cada caso aquello que nos conviene. Así, por lo menos, sostiene el pragmatismo.

Sería interminable ir comparando, punto por punto, las diferencias profundas entre dos universos, el de Santo Tomás y el nuestro. Nuestro mundo es como es, porque aquello otro tuvo vigencia durante muchos siglos. Yo no quiero en la presente ocasión introducir de soslayo juicios valorativos y hablar de mejor y peor. Y no porque, presa del relativismo e historicismo contemporáneos, crea que todo tiene su razón de ser y justificación en la historia. Que nada es de-

finitivamente verdad, que el hombre no debe comprometerse en nada, y que lo más sensato es adoptar la postura del espectador. Yo creo, sí, que hay profundas razones para la verdad como para el error. Que cuanto mejor conocemos la historia más claro y con sentido se ofrece nuestro presente. Somos los hombres el producto de nosotros mismos. Y al decir hombres, entiendan Uds. los individuales o las sucesivas generaciones de la historia. Creo que es deplorable que, en el uso de su libertad, el hombre haya hecho tales o cuales cosas. Quiero decir: nos hubiera ido quizá mucho mejor de haber realizado justamente las contrarias. Pero pienso, un poco al modo estoico o senequista, que "a lo hecho, pecho", y que más vale la claridad mental que las admoniciones. Más que criticar un error, me gusta la comprensión de él, aunque no sea más que para evitar cometerlo de nuevo. Pienso, además, con un cierto optimismo, que nunca el hombre yerra totalmente y que, por ende, son injustas las posiciones de repudio o de rechazo definitivos. Ante cualquier cosa, como precisamente recomendaban los escolásticos, hay que saber distinguir, saber hacer criba con la mente y separar la verdad del error, lo justo de lo injusto. Lo contrario es cerrazón mental, incapacidad para la verdad, postura de matón intelectual que chilla y amenaza porque en el fondo se sabe ligero de razones.

Hace un rato yo hablaba de la salud y de la enfermedad, de cómo recordamos el placer en las horas amargas. Del dolor somos conscientes mientras lo sufrimos y, en cambio, apenas nada del bienestar cuando lo gozamos. Es una pena, porque, de lo contrario, nuestras vidas estarían más llenas de horas bellas. La salud mental del mundo moderno se extiende durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Es un periodo ascendente, de plenitud. Por lo mismo, los hombres pudieron vivir entonces de espaldas a la edad media, sin acordarse de ella. Mas, a partir del XIX, ya no podemos decir lo mismo. Lo que hemos llamado el mundo de Santo Tomás nos viene de vez en cuando a la mente, precisamente cuando más sin salida son los callejones por donde nos ha introducido la cultura científica y filosófica contemporáneas. Muchos añoran aquel mundo. Pero soñar no es dar un salto atrás, ni menos remediar los males del presente. En el siglo pasado, los ultramontanos franceses, los De Bonald, los De Maistre, en época también de angustia y de infortunio, quisieron detener la marcha de la historia. O, mejor, conseguir el imposible de que la dirección del tiempo diera un giro de 180 grados, apuntando al pasado. Su intento quedó absolutamente frustrado. Que, por necesidad de la naturaleza del terreno, las aguas de los ríos caminan hacia el mar, y jamás de los llanos hacia los altos ventisqueros de las montañas.

Hay mucho en el mundo de Santo Tomás que envidiamos, que sabemos colmaría la desazón metafísica y vital en que se debate, lucha y vive el hombre de hoy. Mas sabemos que no podremos restaurar el feudalismo, ni hacer creer a los hombres en la última esfera cristalina de las estrellas fijas como frontera final del universo. El remedio a los males del hombre no está en cerrar los ojos y no verlos. Tampoco es soñar el imposible de restaurar cualquier momento del pasado. Al estímulo del mal no debe responder el hombre con el cómodo subterfugio de la huida, sino con la valiente decisión creadora. El problema, como yo lo veo planteado, es este: existen ideales, valores, verdades que son eternos. Debemos realizarlos, pero aceptando, como un legado que no podemos rechazar, el presente, es decir, aquello que la totalidad de los hombres pasados nos ofreció. La salida a la crisis en que innegablemente estamos presos no es la crítica, sino el hallazgo de alguna o algunas ideas salvadoras. Seguridad, orden, jerarquía, dignidad de la persona, unidad, universalidad eran conceptos con plena vigencia en la época de Santo Tomás, que deben seguir siendo para nosotros, sobre todo ahora, en que muchos están olvidados y en desuso, ideales y metas que alcanzar.

Y en esto, el maestro, Santo Tomás, nos puede servir de pauta y de modelo. A la distancia, las luchas y antagonismos de la historia desaparecen, como se aplanan desde lo alto del avión las irregularidades y desniveles del terreno. Los amplios cráteres y las gigantescas montañas, vistos desde la Tierra, apenas son arrugas sobre la cariancha faz de la Luna. Quiero decir: la edad media no es esa época de uniformidad en los criterios y en las artes, que historiadores inescrupulosos y sectarios nos quisieron pintar. Siempre en la historia, de cualquier país y época, suceden muchas cosas, existen tensiones y conflictos. La civilización medioeval es amplia, varia y rica. Pero es necesario enfocar la lente de nuestra mirada curiosa a la realidad de esos siglos remotos, estudiarlos amorosamente, para observar cómo se torna lo uniforme y rutinario en vida vigorosa y polifacética, al ampliarse el campo de nuestra visión. Había, eso sí, unidad dentro de la variedad. Y esa unidad, destacándose al primer plano, nos ha nublado la visión para lo que había en el transcurso. Y aún otra observación que me parece interesante hacer. La edad media no vive del valor de la originalidad. Al hombre del medioevo no le interesaba ser original, sino **estar** en la verdad o poseer el bien. Eso no quiere decir que no existieran entonces personalidades originales y curiosas, sino que nadie se proponía intencionadamente serlo. La originalidad fue un fruto más del individualismo moderno. Los maestros, cada uno en su gremio, imitábanse unos a otros, y los

aprendices y oficiales a los maestros. Lo mismo en el orden de las tareas intelectuales. Cualquier autor de una de esas Summas monumentales del siglo XIII, llenábase de gozo cuando podía demostrar que la solución propuesta por él a un problema filosófico tenía en su abono el asentimiento de numerosos antecesores. La originalidad era más bien una osadía, y casi una prueba de error en las interpretaciones. El buen escolástico viene a decirnos más o menos: "Cuidado, que esto que digo, no lo digo yo; lo han dicho, antes que yo, otros muchos". Si la verdad es una, si el canon de la belleza es uno, natural es que coincidan los grandes sabios y artistas de antaño. Claro es que cada hombre es único. Y que a pesar de esa creencia subterránea, al labrar las piedras de las catedrales góticas o al escribir sobre cualquier problema abstracto de metafísica, dejaba allí, en la obra realizada, la marca inconfundible de su personalidad. Pero lo hacía espontáneamente, con la máxima naturalidad y sencillez, las más de las veces de modo anónimo, sin ese afán de vana gloria que nos lleva a estampar nuestro nombre en nuestros cuadros o en nuestros escritos. Algunas veces un escueto y emotivo "fecit magister Petrus", y, a continuación, el año de gracia del Señor. En el mejor de los casos el nombre a secas, es lo único que ha perdurado del artista que talló la madera del altar o de la sillería, o del maestro cantero que esculpió sobre el duro granito del timpano de la catedral. El hombre medioeval no vivía, como nosotros, mirando con un ojo la realidad de afuera y el otro siempre atento a nuestro propio yo. Vivía totalmente volcado hacia las cosas, fueran obra suya o extraña. El peregrino piadoso o socarrón que pisaba el atrio de una basilica o de una catedral, extasiábase contemplando las hileras de santos que, majestuosos y solemnes con sus largos ropajes, hacían guardia de honor a ambos lados del pórtico principal. Pero jamás ocurríasele, como a nosotros, preguntar por el autor o por los autores de aquellas rígidas figuras pétreas. A lo más, si el corazón le brincaba de gozo ante la ingenua sonrisa de una Virgen gótica con el niño Jesús en los brazos, y, de rechazo, acordábase del autor, regocijábanse pensando que el Dios bueno y todopoderoso le habría ya recompensado por obra tan bella concediéndole un rincón en el cielo. La vida es algo transitorio, que debemos emplear en buenas obras, artísticas, intelectuales o de caridad. Da lo mismo. Lo malo es cuando pensamos que la obra ha de remitir de necesidad al hombre y la ponemos al servicio de una vida bella. Los tiempos modernos viven bajo el signo maldito del mito de Narciso. Parece como si la vida nos la hubieran donado para el mero placer de contemplarla.

Santo Tomás, decía, vivió también su pequeña crisis de dispa-

riedad de opiniones y de doctrinas. Y supo dar una solución construyendo con su obra de teólogo y filósofo, la más esbelta y poderosa catedral gótica del pensamiento medioeval. El tomismo, en una época de unidad y jerarquía, es una de las más ingentes obras de síntesis realizada por el intelecto humano de todos los tiempos. Nuestro mundo y el suyo son bien distintos. Cada época o edad tiene su afán. Necesitaríamos hoy algunos hombres que, con miguelangelesca fuerza de corazón y de intelecto, lograran dar sentido a las desorientadas vidas, supieran dar unidad a nuestro cosmos y, sobre todo, mostraran el secreto de la alegría de vivir. De vivir serenamente y de vivir en paz.

América una Incógnita de la Cultura

Tesis Doctoral recomendada para la
publicación por la Facultad de Jurispru-
dencia y Ciencias Sociales.

"El alma y sus destinos, la realidad de realidades,
(Significado de toda estas apariencias de lo real);
En tí, América, el alma y sus destinos,
¡Tú, globo de globos! ¡Tú, nebulosa admirable!
Convulsionada por muchas agonias ígneas y glaciales, por ellas te consolidas,
Tú, astro mental, moral,— ¡Tú, Nuevo, sí, Nuevo Mundo Espiritual!
El Presente no te contiene— para un crecimiento tan vasto como el tuyo,
Para un vuelo tan incomparable como el tuyo, hijos como los tuyos,
Sólo el Futuro te contiene y puede contenerte".

(WALT WHITMAN).

INTRODUCCION

Una suerte de incógnita vivencial, de incitación poblada de preguntas, de ardientes reclamos de solución y de salvación, se cierne sobre nosotros, los hombres de América; se inclina anhelante, preguntándonos por el valor de nuestro Continente, por el secreto de nuestro futuro, por el poder rescatador de nuestro espíritu. Y de nuestras raíces mismas se eleva subterránea, inconsciente, pero desgarradora la misma ansiedad problemática, más trágica por venir de nosotros mismos y por formularnos ya no solamente qué somos

y qué esperanza significamos para los otros, para el destino totalizado de la vida humana, sino por inquirir si nuestra existencia es válida como propia esperanza, si nuestra personalidad, nuestra alma colectiva existe, y si existe, tiene algún poder creativo o sólo es reflejo inerte e impotente como todo reflejo de alguna otra realidad cultural avasalladora, cargada de más fecundantes virtualidades, que cualquiera otra que nosotros pretendiéramos dar forma y contenido.

He aquí, pues, las motivaciones, más que meramente formales un poco tensas y por ello mismo indefinidas, acaso patéticas, —con el ciego patetismo que brota de las más oscuras inquietudes vitales de nuestra especie— de este tema; insistentemente, se nos pregunta desde fuera, por la posibilidad y la validez de la aportación americana a la cultura espiritual del hombre y a la solución de sus problemas críticos, los de la hora presente, y nosotros ante este emplazamiento definitivo, antes de dar la respuesta, volvemos a preguntarnos en sentido doblemente dramático, esto que se busca y que se espera tan ansiosamente de nosotros, aunque muchas veces se desespera, ¿podemos darlo? y si es así, será simplemente una devolución, o irá nuestra respuesta teñida de rasgos peculiares y autónomos, de nuevos contenidos salvadores, será en suma, nuestra contribución, no estéril solamente, sino original aparición de un pueblo con fisonomía inconfundible y con poder carismático en el ámbito de la historia?.

Porque si hacemos, si producimos, si damos algo, no queremos simplemente devolverlo, y mucho menos que nuestro hacer sea anónimo para la historia, como el descubrimiento del fuego o la construcción de los primeros utensilios, sino que lleve, sellado para siempre, el contenido único y más esencial de nuestro espíritu de conjunto.

Somos un continente nuevo e incógnito, lo cual importará ya no en geografía, sino en civilización y cultura, y no hacemos preguntas como la esfinge, sino que nuestro misterio reside en ser una esfinge, a la cual se interroga y que tarda en dar la respuesta, o al menos así lo cree ella misma o los que la inquietan no desentrañan el tono enigmático pero claramente futuro de sus voces.

Hasta aquí la inquietud sorda, la vivencia entrañable, casi intraducible, los ansiosos deseos sin forma, del hombre de América y la

confusa espera, desesperando de la respuesta, del hombre del mundo ante América. Ahora tratemos ya, de reducir a términos lógicos, a procesos conscientes, a conclusiones formales, toda esta inquietante, y por informe, más agobiadora aún, necesidad de ser y de crear, de ser aparte y de crear nuevamente, que consume a nuestro continente, entendido en sus dimensiones humanas.

Un esquema gradual que prestara objetivación y tradujera de alguna manera, la substancia misma de toda la incógnita, vaga e inconcreta, de sentir más que de pensar, que hemos planteado, debería formular a nuestro juicio los siguientes problemas: este anhelo ingénito, esta forma de ansiedad metafísica, de conocimiento, de progresión creativa y de dominio, que diferencia al hombre del resto del mundo biológico, tiende a concretarse a través de procesos únicos, y este proceso y culminación es lo peculiar humano en cuanto grupo e individuo.

Si existe este hacer diferenciativo, cuál es su valor y su finalidad. Si este hacer humano exalta lo esencial del hombre, en qué forma se realiza, individual o colectivamente. Y analizando ya las formas del hacer, cuáles de éstas son valiosas y esenciales para la humanidad, en su significado y destino. De este análisis partirá necesariamente, la identidad o diferencia de lo que entendemos por civilización y cultura, por saber y cultura, por técnica, y la relación existente entre el hombre y la cultura y la sociedad y la cultura, una vez que hayamos delimitado el contenido cultural referente al espíritu, que es el que nos importa, aislándolo de las solas consideraciones antropológicas.

Entonces si, munidos de esta especie de fisonomía que hemos dado a nuestro anhelo y anhelo universal, consideraremos los fenómenos culturales de América, sus culturas precolombinas, su crisis y su ruptura por el descubrimiento y la conquista, más bien sin lamentaciones tardías ya, por un proceso histórico cumplido e irreversible, pero considerando la virtualidad y la fuerza renacentista de sus remanentes, consideración que necesariamente nos llevará a fundamentar aquí la posibilidad de una auténtica cultura de América. El fenómeno histórico de la conquista y colonización, como colisión de culturas y absorción de modos peculiares, nos explicará muchos de los aspectos de nuestra morfología cultural y el nacimiento de cier-

tas esencias unitivas y valores, hasta hoy y definitivamente actuales, de nuestra peculiar manera de ser y de nuestra respuesta a la incitación de la naturaleza. La autonomía de nuestra cultura necesariamente debe ser analizada desde el punto de vista de nuestra realidad político-social y de nuestro desarrollo independiente. Ello nos dará materia para responder a nuestros detractores. Y finalmente, examinaremos nuestro destino y promesa frente al hombre y la cultura universales. Pero esto es ya materia, en gran parte, de las conclusiones.

PRIMERA PARTE

LA CULTURA, SIMBOLO Y META DE LO HUMANO

I

APARICION DE LA CONCIENCIA

Si otorgamos al universo, a la totalización de lo existente, un sentido y una finalidad, aunque éstos, nos sean, en el fondo, profundamente desconocidos e inaccesibles, debemos concluir que el Ser, en la totalidad de su evolución, en los lentos avatares de su transformación y reencarnación a través del tiempo y la multitud infinita de las formas y de la vida, busca ciegamente, a veces con errores y caídas (aun cuando estamos prestos a adjudicarle sabiduría sin límites) su propia comprensión y perfeccionamiento. En esto coinciden todas las corrientes del pensamiento, espiritualistas —como Max Scheler, eso sí, más místico puro que teólogo formal, más bien heterodoxo, con su idea de Dios completándose a sí mismo a través del mundo— y materialistas a ultranza, aquí resuelven sus contradicciones y deponen sus armas, y reconocen casi como dogma ritual, sagrado, inatacable, éste de la naturaleza, manifestándose a través de lo aparente, y cumpliéndose en el tiempo, como un lento proceso de autocomprensión.

Debe la ciega existencia de lo inorgánico, hasta el nacimiento de la vida, y con ella los autoprosesos puramente vegetativos, pero

ya no fatales, de la materia a través de las plantas, y la contactación con el ambiente y su reconocimiento por el animal, hasta la tentativa de comprensión (1) por la conciencia de todo lo existente por parte del hombre, este ritmo evolutivo del Ser, resulta incontrastable. Dos mil millones de años es el cálculo para la historia total de la tierra como planeta, durante un largo tiempo de esta historia la materia estuvo conformándose y evolucionando para recibir en su seno la vida —para algunos de aparición accidental, pero esencial en cambio para aquellos que asignan una finalidad a lo existente— hasta que ésta apareció, primero primitiva, débil, apenas irguiéndose sobre la soledad inorgánica y más tarde avasalladora, hace unos quinientos millones de años. Desde los protozoos pululantes en el limo materno y las bacterias elementales del comienzo, la naturaleza había abierto ya hacia el futuro una forma de existencia que, en cierto sentido, era autónoma; o sea, lo existente, daba su primer paso, empezaba a liberarse de sí mismo, de la gravitante, ciega fatalidad y dependencia de lo inorgánico; había hecho su aparición lo individual, así fuera inconsciente, en oposición a la igualdad totalizante de lo inerte. En el mundo vegetal, desde el límite de las bacterias, que unen casi los dos reinos, la evolución siguió un camino diferente, aquél que no debía seguir, y por eso en cierta manera se detuvo, pues su progreso no tenía sentido: las algas, los líquenes, los grandes árboles, dieron forma orgiástica y múltiple a la vida, pero su sentido estaba para siempre limitado, si es que debemos entender a lo vital sobre todo como un proceso que va de lo inconsciente a lo consciente. En lo animal, la selección se realiza en forma más violenta y dramática, toma los terribles caracteres de lo bélico como signo de vida y muerte, desde el mar bullente y germinador, las formas, progresan a través de millones de años, hasta que el pez se convierte en soberano absoluto, y entonces, inicia su lento acercamiento hacia la tierra, acaso porque sólo aquí la vida podía seguir buscando su cumplimiento; se inician las grandes eras, primero de los anfibios, señores de los dos elementos, pero al final inútiles para ambos, según lo comprueba esta conciencia de la naturaleza que tan difícil y dramáticamente se realiza a sí misma, al ordenar su aniqui-

(1) Decimos tentativa, únicamente, porque el hombre no alcanza ni alcanzará, para nosotros, la comprensión consciente, al margen de la religiosa, del origen y finalidad del universo. Aquí estriba la quiebra de todas las filosofías.

lación (2). Igualmente —pues es esto lo que queremos probar— los saurios y los reptiles dominan la tierra y luego desaparecen, por qué, preguntamos, ¿por lucha selectiva con nuevas especies, por inadaptación?. Muchas veces esa lucha no existe, por ejemplo, los reptiles no fueron aniquilados por los mamíferos que los sucedieron (3) y en cuanto a la inadaptación, considerémosla, en este caso, como inutilidad y como ausencia de lo esencial triunfante que es el desarrollo del cerebro que trae consigo, no la aparición sino más bien la manifestación de la conciencia.

Con el advenimiento de los grandes mamíferos, coinciden una serie de hechos cósmicos de fundamental significado. Geológicamente es la iniciación de la era cenozoica, hace cincuenta y cinco millones de años, y que continúa aún en el presente como actual manifestación de los monumentales ritmos de la materia, de los cuales el tiempo humano, entendido como plasmación y desarrollo de la vida humana, es una mínima fracción, solamente comparable en pequeñez con el volumen microscópico del planeta en relación a la suma del universo estelar. Quizá esta sola comprensión, nos traiga la humildad necesaria para considerar que no somos, acaso, ni seremos los únicos portadores de la autoconciencia universal, que tiene como meta el cumplirse a sí misma. La etapa actual, de la que hablamos, es la de la formación de los actuales continentes y de los grandes macizos mon-

(2) Esta idea de la conciencia de la naturaleza realizándose con dolor y dificultad, aparece también en los teístas de base no religiosa como Hegel: "La vida de Dios y el conocimiento divino pueden, pues, representarse muy bien como un juego del amor consigo mismo, esta idea naufraga en prédica y flojería cuando falta la seriedad y el dolor y el trabajo de lo negativo" (Citado por Max Scheler).

(3) Un antropólogo, Loren Eiseley, escribe sobre los reptiles y su extinción: "Sin embargo, al fin, los gigantes acorazados, desaparecieron. Que nosotros sepamos, ningún ser vivo, amenazaba su existencia. Los mamíferos no eran más que unos ojos insignificantes y envidiosos que los acechaban entre los juncos. Eso era todo. "En estas edades remotas, podemos muy bien hablar de cambios climáticos y sugerir una docena de vagas posibilidades. A veces hasta consideramos la idea de que las especies tienen una vida limitada y envejecen y mueren como el organismo individual. No lo sabemos. Pero estamos seguros de algo muy desagradable: los reptiles acorazados murieron solos. Nadie ni siquiera sus sucesores les arrebató su hegemonía.

tañosos de la tierra. Los vegetales han alcanzado la culminación de su desarrollo, sirven para el florecimiento absoluto de la vida animal, a través de las hierbas que constituirán las praderas y de los frutos de los que se alimentarán los primates, que darán origen al hombre. El animal ha dado un salto evolutivo de singulares consecuencias: su dependencia de la naturaleza ha aflojado sus terribles lazos, las mamas maternas le nutrirán y protegerán su naciente vida con más ciego calor y seguridad. El cerebro sobre todo, ha seguido en creciente desarrollo, a costa aún de la atrofia y degeneración de otros miembros, más brutales y fuertes pero definitivamente inútiles, como se ha desprendido de la larga y difícil enseñanza de la vida y muerte de las grandes especies. Todo indica ya la aparición futura de la conciencia, a través de su primera tentativa, el hombre. Y no obstante, en cierto sentido, todo también, desde el comienzo de las cosas o desde siempre estaba y está tendiendo a ello: al conocimiento de sí mismo, a la conciencia universal, a la autocontemplación amorosa, que los místicos por diversos y espirituales caminos asignan, a su modo, a Dios. En este sentido, y refiriéndose al sector de la biología transformista únicamente, escribe Turner: "Los hombres sólo empezaron a vivir con el principio de toda vida. El organismo humano contiene numerosos productos de la evolución biológica en el curso de millones de años, desde que empezó la vida sobre el haz de la tierra... En la jerarquía evolucionística la diferenciación de las células en tejidos empezó con la esponja. En los moluscos aparecieron tejidos musculares y nerviosos; con la aguja del mar, diminuto animal marino, se desarrolló un esqueleto rudimentario; con los peces sobrevinieron la espina dorsal y las costillas. Los dientes del hombre están formados de células parecidas a las de los dientes del tiburón; y el revoque de las cavidades nasales del hombre consta de células análogas a las que constituyen el órgano olfativo de los organismos que se guían por el olor, desde los gusanos hasta los gatos. La estructura simétrica del cuerpo humano imita el modelo de los anfibios (batracios, tortugas y reptiles), que fueron los primeros en hacer pasar la vida animal del agua a la tierra. Y los procesos fisiológicos de la calefacción, respiración, digestión y procreación se realizan, del mismo modo que en todos los demás mamíferos". ("Las grandes culturas de la humanidad"). O sea, que el lento proceso de la evolución, no ha sido inútil, el hombre, en suma, lleva en sí todas las huellas y conquistas de las formas vigentes y extinguidas. No en vano, pues, han aparecido y desaparecido, misteriosamente como se

cree, las grandes especies estaban en su nacimiento y plenitud, preñadas del germen de la vida futura, que en la especie humana iba a alcanzar por un momento, que no sabemos hasta cuando se prolongue pero que no será definitivo como lo veremos, su más alta exaltación.

II

PROCESO DE HUMANIZACION

¿Fue el hombre un simple accidente fortuito de la evolución o su imperio terrenal y su más sublime imperio del ser, a través del conocimiento, fueron obra de un sentido finalista, desconocido y secreto, de la naturaleza en su dolorosa búsqueda de la plenitud y de la conciencia?

En cierto sentido, el hombre es un animal débil y enfermo, su capacidad de adaptación biológica está restringida para siempre, muchas especies poseen caracteres más plásticos para su supervivencia y continuidad a través de la selección. El hombre aparece así como un error de la naturaleza, un aborto destinado a la extinción, un fruto teratológico inapto para la existencia y para esta manifestación orgiástica que es la vida, si consideráramos lo tético universal, únicamente, en términos estéticos. (5)

(4) "Los mamíferos no acabaron con los grandes reptiles; simplemente al cabo de millones de años, ocuparon un trono vacío. Sólo entonces la larga supresión de la energía creadora estalló en una segunda y maravillosa eflorescencia, la radiación que creó el mundo de los mamíferos".

(5) Max Scheler ("El saber y la cultura"): "El hombre tiene en cuanto especie, la más breve existencia. Es la humana la más efímera de todas las especies; ha venido tarde, por todos los conceptos, en la evolución de la vida y (aún prescindiendo de posibles catástrofes que la amenazan) está destinada a perecer antes que ninguna otra. Estos hechos poseen una relevante importancia filosófica. Ya Eduardo von Hartmann hizo hincapié en afirmar que toda auténtica mutación es nacimiento de una especie y muerte natural de otra; y los mejores trabajos sobre estas cuestiones han confirmado esta tesis cada vez más, en oposición a la teoría de Weismann que durante mucho tiempo dominó en biología. También el plasma germinativo envejece. Eduardo von Hartmann ha añadido a esto la importante tesis de que la capa-

No obstante, aquí reside su grandeza y talvez su miseria. Su grandeza, estaria en que esta misma inutilidad e inadaptación biológica fueron compensadas por la formidable liberación de la naturaleza que trajo consigo el pleno desarrollo del cerebro, precisamente a costa de la obliteración de otros posibles factores fisiológicos y de la limitación del ímpetu genésico mismo. El ser humano, un animal desvalido e inerte frente al poderío de las cosas y de las hostiles y combatientes especies animales, poseería en cambio, por compensación salvadora para la posibilidad de su supervivencia, un órgano, que anatómica y fisiológicamente estaba a gran distancia del similar que habían desarrollado otras especies animales: "La comparación entre las operaciones que verifica el hombre sin cerebro y los animales descerebrados, demuestran que el hombre es esclavo de su corteza cerebral. Este órgano comparado con todos los demás del cuerpo, es al mismo tiempo el que menos puede desarrollarse filogenéticamente. Es un órgano en el cual diríamos el proceso vital se ha anquilosado". Mas esto no significa que la urgencia de las nuevas circunstancias o la función, denominada teleokina por los biólogos, de la corteza cerebral no haga posible el desarrollo y profundizamiento de nuevas circonvoluciones, residencia al parecer de lo milagroso consciente, patrimonio de nuestra especie.

Sin embargo, esta suerte, diríamos, de especialización cerebral del hombre no implicaba más que una diferencia de grado, o sea, un valor cuantitativo que se transmutaría en cualitativo —he aquí lo esencial— respecto a sus parientes animales más cercanos, los antropoides. (6)

ciudad de evolución específica de los seres vivientes, la verosimilitud de que éstos adquieran nuevos caracteres orgánicos, más profundos que los simples caracteres de adaptación y localización, por tanto, formas nuevas que afecten a la totalidad de la organización morfológica, decrece en general al llegar a cierto estado de evolución. Por lo tanto, una evolución específica en el hombre es sumamente inverosímil. . . .

"Ante estos y multitud de otros hechos análogos, es lícito plantear la cuestión: ¿No será este HOMO NATURALIS, en principio, un "callejón sin salida" de la naturaleza?"

(6) Franz Boas citado por Turner en "Las grandes culturas de la humanidad", formula lo siguiente: "El cerebro humano en cuanto órgano de la mente, es, en lo esencial, un modelo ampliado y más complejo del cerebro antropoide. La diferencia en la estructura de ambos es tan sólo de grado; el esquema general de su evolución es idéntico y no hay en ninguno de ellos estructura alguna que falte al otro".

Esta trasmutación, tan elemental aparentemente, está cargada de significaciones trascendentales, pues vale preguntarnos ¿Qué sentido tendría el hecho de que su compleja organización cerebral sólo sirviera al hombre para su continuidad como especie y su supervivencia, cuando el animal realiza actos instintivos y automáticos que tienen la misma finalidad? ¿Es esta su grandeza? La respuesta tiene que entrañar necesariamente una consideración que no fuera puramente biológica; el hecho de que el cerebro humano no solamente equilibra la inermidad corporal del hombre, sino que milagrosamente a través de este simple proceso evolutivo de compensación, en apariencia, se ha deslizado algo grande e infinito que estaba esperando por milenios para manifestarse: la conciencia, y con ella el espíritu y las incomensurables posibilidades humanas, la humanización del hombre, y sobre todo, la cultura misma. El hombre no sólo conserva y perpetúa la vida sino que la exalta y, cuando menos, trata de comprenderla. Esta sería su grandeza, en sus limitaciones y contradicciones reside su miseria. Se ha cumplido la liberación del hombre frente a la naturaleza, y con ella, su humanización que es la esencia misma de lo que debemos entender por cultura. El callejón sin salida ha encontrado su esplendorosa y hasta entonces ignorada salida. Puerta áurea no sólo para nosotros sino, acaso, para el universo mismo. En palabras de Max Scheler y de su casi místico sentido de autodeificación: "La naturaleza —dijérase en términos sucintos e imprecisos—, habiéndose detenido y como descarriado al llegar al hombre, y no habiendo podido seguir adelante con los métodos que impulsaron toda la evolución hasta el hombre, trasmutose, por decirlo así, en espíritu, y produjo una historia dirigida y gobernada por el espíritu".

Mas, este difícil, pesadoso proceso de humanización, no solamente demoró y realizó ciega búsqueda en los seres infrahumanos, sino que en el hombre mismo fue lentamente elevándose desde el hombre-naturaleza y desde nuestros antepasados más primitivos, pero la solución alumbradora estaba rescatada y vigente para siempre, aunque ¿para siempre? podemos preguntarnos, al contemplar un poco anticipadamente la desgarradora crisis del presente.

Esquemáticamente, si analizamos la evolución biológica desde los mamíferos del inicio de la era cenozoica (período eoceno), el advenimiento del hombre y con él de su conciencia, como participación

y automanifestación de la conciencia universal, se cumple de esta manera: por la línea de los primates, hacia los monos y antropoides del oligoceno y mioceno hasta la aparición hace quinientos mil años, según los datos antropológicos, del hombre en el pleistoceno, período del cual el actual post-pleistoceno sólo es una continuación sin ruptura ni grandes cambios caracterizantes. (7)

El hombre mono de Java, el de Pekín, el Neanderthal, el de Cromagñón, (en cuanto al de Piltdown, resultó hechura de Charles Dawson), —representarian ya este luminoso proceso del hombre— naturaleza hacia la plena humanización a través del hacer cultural y de los valores específicamente humanos.

III

EL HOMBRE Y LA CULTURA

La razón y la conciencia, brotadas inicialmente de la necesidad biológica de la pervivencia, si es que lo juzgamos por los datos aparentes nada más, se convierten finalmente en una exaltación radiante de la vida y en un intento de comprensión y voluntad universales, cuando emergen, como en sacra aparición a través del hombre. Mas ¿por medio de qué originales modos se manifiesta esta aparición, de lo que pudiéramos denominar el espíritu del mundo cumpliéndose en dolorosos avatares a través de las formas de la vida? ¿Qué realizaciones humanas y qué esencias suyas conllevan este signo de lo verdaderamente humano y del ser y el hacer concienial, y cómo se conforman? La respuesta, tenemos que buscarla en aquello

(7) Ralph Turner: "Las grandes culturas de la humanidad".— "Hay que hacer hincapié en la idea de que el hombre no desciende de ningún tipo de simio o de mono de los que ahora existen; está emparentado con ellos tan sólo porque tanto ellos como él descienden de un primate perteneciente al período eoceno de la era cenozoica, o sea a la primera etapa de los tiempos geológicos recientes. Condición fundamental de la aparición del tal antepasado fue, el desarrollo, durante la era mesozoica, de una nueva clase de alimento, que consistía sobre todo en frutas y nueces y había que obtenerlo más que nada trepando a los árboles. Las adaptaciones especiales que exigió este modo de vida fueron la mano y el pie prensiles. . . . Sin embargo el primate primitivo tenía pocos rasgos biológicos especializados y por lo tanto podía diversificarse libremente. Esta libertad fué el factor decisivo en la evolución de sus descendientes, sobre todo del hombre".

que individualiza y distingue al hombre como ser vital único y capaz de actos y vivencias de una singularidad creadora. Aparte ya de las diferenciaciones puramente biológicas respecto al animal, nuestro ser auténtico, nuestro milagro único reside en esta posibilidad de comprensión del mundo y en nuestra tarea de recreación a través del arte, de la técnica, recreación, pues, espiritual y formal de la materia. Agobiante y bella tarea la nuestra de conciencia —si se nos permite el término— lo existente, y de colaborar en su incesante y mágico transformarse; al final alguien nos llamará a juicio, como en las grandes interpretaciones religiosas, pero ese alguien seremos nosotros mismos, perdiéndonos o salvándonos para siempre. El hacer humano tiene un significado inmediato y accesible, pero su más profundo sentido, hunde sus raíces en dos inquietantes incógnitas: lo secreto y lo futuro. Según el uso dado a nuestros dones alcanzaremos la eterna libertad y la redención de este pecado que es la muerte de nuestra especie, o nos extinguiremos, acaso fatalmente por medio de nosotros mismos, en un suicidio multánime de animales tocados de pánico y de imperdonable culpa. Todas estas no son sino imágenes del sentido de nuestro existir y padecer, de la búsqueda, de nuestra felicidad, pero corresponden como símbolos a algo eternamente dramático: la vida y la muerte, la vida y la muerte de todos los hombres.

1.—CARACTERES DE LO HUMANO.— Max Scheler los encuentra: "En la pura determinación de un sujeto por las cosas, en el amor sin apetitos, en la capacidad de distinguir en todo objeto la esencia (lo que es) de la contingente existencia (el ser aquí y ahora)". La humanización como proceso constante arraigaría en estas cualidades, libertad, posibilidad de abstracción amorosa y pura contemplación de lo existente. Desde aquí, se iniciaría el camino, pero estas cualidades, a su vez, estarían cumpliéndose y realizándose y no serían esencias estáticas y definitivamente consolidadas. Pero además que habría que añadir aquellos rasgos humanos que ya no fueran solamente categorías del ser sino manifestaciones del poderío de la voluntad que es, realmente, lo más trascendental humano, pues no basta conocer y comprender, ni siquiera amar, sino realizar y coadyuvar a la obra de la naturaleza. De su inermidad e impotencia biológicas el ser humano alcanzará, paradójicamente, su triunfo, por el pensamiento y el espíritu. La conciencia, como suma de facultades, le conduce a la libertad frente a la naturaleza y a su contemplación y

comprensión, por primera vez, en el mundo considerado como historia. Si puede llegar a contemplar, amar y comprender, ya no sólo lo circundante sino todo lo existente —y aún inventar o atisbar lo inexistente o más bien improbable a través del arte y la metafísica— puede aún más, y aquí reside su virtualidad, hacer y crear sin la naturaleza, desde las herramientas que compensan al principio sus órganos defectuosos hasta las más sublimes formas de la belleza, como los poemas, las catedrales, las sinfonías. De lo existente, únicamente es verdad, ha extraído el sentido y la materia de su creación, pero la ha teñido para siempre de algo, de un algo un poco indescriptible como esencia, que es lo específicamente humano. (8)

Volvemos a reiterarlo: desde el fondo de la inermidad orgánica del hombre se ha levantado para siempre el poderío del espíritu y con él la virtualidad de su grandeza.

2.—TRASCENDENCIA DE LO COLECTIVO.— Mas, ¿Cómo se cumple y se realiza este ser y hacer específicamente humanos, incitados en el hombre como individualidad y como polarización, por tanto, en cierto sentido de lo meramente natural?

El contenido mismo de lo que llamamos humanización, de aquella mística autodeificación scheleriana, nos responde sobre la historia modal del acontecer humano. Si el hombre, como entidad individual, singular, encierra ya la peculiaridad de nuestra especie, toda esta suma de esencias y principios que hemos descrito, no significarían nada sin embargo, si ciertas formas de unanimidad, de copertenencia, de interrelación humana, reducibles al concepto de lo colectivo, no hicieran posible el triunfo del hacer humano. Únicamente el factor social ha potenciado, y más aún, realizado lo específicamente humano, y no solamente como posibilidad de cultura o civilización, como suma de valores y transformaciones, sino como realización misma del

(8) "Por el hecho de que el hombre es frágil (comparado con los animales), puede, por virtud de la libertad, ingresar en el curso de un proceso de transformación espiritual de sí mismo, que le conduzcan a una interminable ascensión. El hombre hace historia sobre el fondo de su ser natural (que como toda vida, sólo hace repetirse sin variar en los tiempos históricos cognoscibles), en cambios rápidos y conscientes, gracias a las creaciones y actos libres de su espíritu" (Karl Jaspers: ORIGEN Y META DE LA HISTORIA).

hombre, en acepción evolutiva; en el animal ya se encontraba incita esta posibilidad de salvación individual y específica, en el grupo, el gregarismo; el hombre heredó este carácter protector elevándolo a consciente y convirtiéndolo en contenido y posibilidad de toda su significación en el mundo. En este sentido, considera Arnold Toynbee que: "Las sociedades primitivas son contemporáneas de la humanidad misma, o, mejor dicho, son anteriores al hombre, puesto que la vida social es una condición previa de la evolución del hombre a partir del infrahombre y sin la cual no puede concebirse que dicha evolución se lleve a efecto".

Es la sociedad la que posibilitó el desarrollo de la vida humana, entendida como exaltación del espíritu y dominio de la materia. La tendencia biológica necesaria para el afloramiento de la conciencia había sido, ciertamente, la individuación, pero el hombre no habría podido recoger sus frutos si no hubiera sido por una búsqueda más bien consciente de la comunidad, que si en cierta manera limitaba su vida libre, hacía por otra parte, posible, el triunfo de esa totalidad de actos humanos que constituyen su más preciada obra a la vez que su más auténtico patrimonio.

Es verdad que nuestra especie no es la iniciadora de las formas sociales de agrupación y de vida, pero su colectivismo, difiere en grado radical de cualquier forma de sociedad subhumana; acaso solamente en la organización de otro PHILUM como el de los insectos, podemos encontrar un paralelismo de acercamiento, empero su origen es diametralmente distinto, como en toda colonia animal frente a la organización consciente de las sociedades humanas; su vida colectiva se manifiesta a través del libre juego de los instintos de raiz gregaria, lo que comporta fundamentalmente la abolición del sexo como propiedad común a todos los miembros del grupo, y su existencia y ejercicio solamente restringido a unos pocos individuos o a un ejemplar único portador de la herencia y su maravilloso poder de continuidad (así sucede a través de las abejas y de las hormigas reinas por ejemplo); el ser humano conllevando la plenitud de su sexualidad y sus funciones, ha podido, no obstante, agruparse conscientemente en sociedades, única forma posible de conservación vital y, sobre todo, de cumplimiento y culminación de las posibilidades de su hacer peculiarísimo. El peligro reside en que, pese al origen consciente de la necesidad de asociación (esa suerte de "pacto so-

cial" implícito), la especialización y la incontenible regimentación de la técnica nos conduzca, por un diferente y opuesto sendero a los mismos resultados de inconsciencia y de ausencia de libertad que regulan las colonias de insectos. (9)

Entonces, nuestra libertad estaría en peligro, si por posibilitar los valores más entrañables de la humanidad, copiamos en un proceso consciente aquello que la naturaleza ensayó ya hace millones de años en las termitas. Y toda reversibilidad, sería fatal, pues la vida de estos seres está comprobando hasta dónde alcanzó y dónde se detuvo este experimento.

3.—EL LENGUAJE.— Si la posibilidad de abstracción que nos diferencia radicalmente del animal, hasta del antropoide, es una categoría ingénita del hombre o si se desarrolló en nosotros a través de la contactación con el mundo exterior, es un enigma que pertenece a la teoría del conocimiento. Lo trascendental es sentar el hecho de que a través de lo que denominamos el factor social, surgió en el hombre el lenguaje y con él gran parte de la evolución perfecta de nuestra facultad de concebir las cosas y mayormente de generalizarlas. El lenguaje, a la vez que un vehículo social resulta pues, así, como una consecuencia de la formación de la sociedad misma y del ulterior desarrollo del espíritu y, por ende, de lo que hasta ahora llamamos simplemente ser, conocer y hacer humanos. Ya estaba incito, apenas como primitiva y oscura posibilidad en los grandes antropoides. "Según parece el gorila y el chimpance usan rudimentos de lenguaje" (Turner), pero sólo en el hombre alcanza su radiante poder de significaciones y de símbolos, con él surgen la poesía, los

(9) Ralph Linton en "Cultura y Personalidad", refiriéndose a los caracteres de las agrupaciones no humanas más desarrolladas, precisa: "Los insectos han desarrollado sus instintos a expensas de su aptitud para aprender y sobre todo, a expensas de su inventiva. Toda su tendencia evolutiva se ha orientado a producir complicados autómatas vivientes que se ajusten a ambientes fijos. . . . El ajuste de dichos autómatas al funcionamiento de una sociedad complicadamente organizada, sólo es un paso de avance en relación con el de un medio ambiente natural, estable y limitado lo que no implica ningún nuevo principio. Toda hormiga o abeja se adapta a su sitio en la comunidad mediante una combinación de sus instintos con la especialización estructural. Tanto desde el punto físico como psíquico están organizadas para ser obreros o soldados e incapacitadas para actuar en alguna otra forma".

mitos y la tradición que posibilitará la historia, pues en este sentido de detener el tiempo. "Cada vocablo es un vehículo, una barca que del pasado viene flotando hacia nosotros, cargada con el pensamiento de hombres que no hemos visto nunca; y al lograr entenderlo no sólo penetramos en la mente de nuestros contemporáneos, sino también en la mente general de la humanidad que se continúa a través del tiempo" (10).

Si el lenguaje es por una parte la consecuencia del régimen social humano, es por otra, elemento importantísimo en la consolidación y aglutinamiento de los grupos y formas sociales en general. El, como vehículo de la aprobación o reprobación colectivas, respecto al individuo, estableció nexos más fuertes entre éste y los demás hombres, pero al propio tiempo posibilitó el progreso de las realizaciones de la especie y el surgimiento de las innovaciones, al producirse nuevas respuestas. Las imágenes y su comunicación son, pues, en cierto sentido, iniciales en el hombre, pese a su dinámica en perenne avance, y por eso, consideramos aquí al lenguaje como forma inicial, en cierto modo, de lo que ya de una vez, llamaremos cultura, o sea toda esa suma del hacer del hombre que todavía titubeábamos en calificar. (11)

Ahora que ya hemos dado nombre a las esencias específicamente humanas resumamos, antes de continuar, aquellos logros que constituyen los más elementales e irreductibles instrumentos de los que se premunirá el hombre para su tarea esencial, la realización de la cultura; en cierta manera, pertenecen ya a ésta, pero en otro modo, constituyen sus soportes originales. Según Jaspers (*Origen y Meta de la Historia*) se reducen a estos cuatro, conquistados en el oscuro mundo de la prehistoria: el uso del fuego y de las herramientas (aunque esto no sea privativamente humano, en últimos descubrimientos arqueológicos realizados en Taungs de Bechuanalandia, se han encontrado cráneos que no son propiamente humanos, sino de una rama antropeide extinguida, la del *Australopithecus africanus* o pro-

(10) C. H. Cooley, citado por Ralph Turner en "Las grandes culturas de la humanidad".

(11) Las estructuras anatómicas para la función del lenguaje estuvieron ya plenamente desarrolladas en el "Neanderthal".

meteus, junto a huellas que delatan el uso del fuego y huesos aguzados de animales que le servirían para la caza); la formación del lenguaje; módulos de conducta tan importantes como la represión de sí mismo y manifestados a través de los tabús; y la formación de grupos y comunidades.

Existe pues, una esencia humana autónoma e innegable que se realiza en las múltiples formas del ser, conocer y hacer del hombre. Su más elemental substrato pertenece a la biología, pero su devenir humanizador, su espíritu y su manifestación constituyen el reino de lo que nos antelamos en llamar cultura.

IV

ESENCIA Y CONTENIDO DE LA CULTURA

Existen manifestaciones humanas, ya no simplemente biológicas, teñidas de peculiaridad entrañable, de autonomía frente al ciego acontecer de la naturaleza, mas, muchas de ellas, pueden tener el simple carácter de fenómenos sociales y de costumbres, mientras otras pueden conllevar un sentido y un valor, una significación más trascendente que les torna en fuente creativa o descubridora. Las primeras constituirán únicamente fenómenos sociales, las segundas con ser fenómenos sociales también, serán portadoras de sentidos y por ende de progresiva humanización. En ellas se manifestará el espíritu en dirección progresiva hasta su exaltación triunfante, si ésta es posible, en un futuro todavía no develado y misterioso. En ese reino ulterior del hombre se realizará la auto-deificación para unos, la plenitud de la libertad para otros, para nosotros talvez, nada mas que talvez, aun cuando sea pesimista, la comprensión final de lo existente a sí mismo.

Este segundo orden de actividades es el único que importa para nosotros. Para los antropólogos y para ciertos sociólogos e historiadores de base antropológica, con los términos cultura o culturas se designará, pues, la totalización de las manifestaciones del hombre, mas para lo que verdaderamente importa en el ser humano, por cul-

tura o culturas se designarán sus actos trascendentes, sus actitudes realmente teleológicas. (12)

1.—CULTURA Y CIVILIZACION.— Lo evidente, lo innegable, es la existencia de ciertos fenómenos particularísimos del hacer humano, que superan la simple conservación individual y de la especie, o sea el fenómeno absolutamente biológico que es todo en los otros ordenes animales. Ahora bien, es en cuanto a la denominación y al contenido mismo de este vasto complejo de actos, en donde existe confusión. Los antropólogos consideran todas las acciones humanas indistintamente y las describen monográficamente a través de un grupo social dado, y esto llaman, no cultura, cuya existencia niegan o cuando menos no les interesa, sino culturas. Esta acepción del vocablo, por ser restringida y especializada no interesa en un sentido general y la dejamos perentoriamente de lado, en este desbrozamiento de la substancia y el concepto con el cual, básicamente, estamos operando.

Nos queda, pues, el análisis de aquellos contenidos humanos, ya no accidentales ni biológicos, sino substanciales, en cuanto diferencia específica con las otras manifestaciones organizadas de la vida. El hombre busca a través de la mayoría de sus actos no sólo su conservación vital sino la exaltación, lo que se ha llamado espiritualización de lo vital. Este proceso no es meramente natural e inconsciente, como resulta bien a las claras, sino más bien opuesto a la misma naturaleza y contagiado de finalismo y búsqueda, no propiamente de valores como pudiera creerse, pues estos no son en sí mismos fines, sino medios para esta búsqueda, la cual es para nosotros, volvemos

(12) Para que este deslindamiento en cuanto al contenido de la cultura sea definitivo, a fin de no caer en repeticiones, apuntemos aquí algunas de las concepciones antropológicas del término, concepciones más descriptivas que finalistas, que pueden traer confusión. Para Turner por ejemplo: "La cultura es la suma total de los modos y de los medios fabricados por los hombres para hacer las cosas. La cultura es un mero producto de la organización social de la vida", aunque a renglón seguido rectifica cuando afirma: "Es el producto inmediato de la aptitud del individuo socialmente desarrollada, para la actividad finalista y el pensamiento reflexivo".

R. Linton conceptúa que: "Una cultura es la configuración de la conducta aprendida y de los resultados de la conducta, cuyos elementos comparten y transmiten los miembros de una sociedad".

a insistir, humanización, y por encima de todo, comprensión, libertad y conciencia absolutas. (13)

Estos contenidos humanos, estas acciones específicas, sus resultados y sus valores, conocimientos y bienes logrados, es lo que denominamos, de una vez por todas, cultura; cuando ésta, no sea esa suma total adquirida por la humanidad, sino la manifestación de un gran círculo humano, o de todo un pueblo, entonces se podrá hablar de culturas, pero éstas, se encontrarán en cierta manera incitadas dentro del genérico más vasto y abarcador: cultura.

En suma, como sintetiza Turner (GRANDES CULTURAS DE LA HUMANIDAD): "El hombre, en cuanto especie, se diferencia de los demás organismos por su aptitud para construir una cultura; dentro de la especie, los grupos de hombres se distinguen unos a otros por la posesión y transmisión de culturas distintas".

Antes de que pretendamos una concepción definitiva de la cultura, a través del significado y contenido de sus elementos, lo ineludible, reside ahora en lograr una diferenciación o síntesis, según cual fuere el resultado del análisis, sobre el sentido de los términos cultura y civilización.

Existe cierta tendencia —causante de grandes confusiones— a considerar cultura y civilización como términos sinónimos, en este sentido se habla indistintamente también de culturas y civilizaciones,

(13) Este superior contenido asignado a la cultura, es expuesto también, de manera metafísica y refiriéndose más bien a la evolución de Dios mismo, por Max Scheler (EL SABER Y LA CULTURA): "Pues si en efecto, el hombre animal mediante propia cultura, se va convirtiendo siempre de nuevo en el hombre del espíritu divino; si el hombre en una historia universal va siendo cada vez más lo que en su esencia germinalmente es —en el sentido del pindárico "sé el que eres—; si el hombre alimenta con la energía activa de su sangre y de todos sus apetitos (hambres poder, sexo), el espíritu, que originariamente es impotente, que no tiene por sí mismo, una actividad de intensidad graduable, y sólo es esencia; si el hombre realiza y encarna esa su idea espiritual hasta en la punta de los dedos y en la risa de la boca, eso no es ni un simple medio para producir los resultados ponderables de un llamado "progreso de la cultura" ni tampoco es un subproducto de la historia. Eso más bien es el SENTIMIENTO DE LA TIERRA, el sentido del UNIVERSO mismo".

cuando su concepto se refiere a la actividad de un grupo dado. Mas, es necesario diferenciar sus significaciones, no sólo por la diferente gradación de categoría y de contenido que encierran, sino porque los frutos más logrados del análisis cultural, en sociología y filosofía, se han alcanzado previa la diferenciación y absoluto deslindamiento de su respectivo sentido.

Que existe diferencia entre estos dos vocablos es innegable, pero, tampoco en cuanto a la naturaleza de esta diferencia existe acuerdo unánime, antes al contrario, es precisamente aquí, donde se originan muchas veces las grandes concepciones culturalistas de fuerte originalidad, como la spengleriana pongamos por caso. Aunque también que "La distinción entre cultura y civilización ha llegado a ser en nuestros días muy confusa" como lo establece con mayor autoridad Rudolf Eucken en "Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo", es igualmente verdad. A esta confusión ha prestado su aporte, el lenguaje con sus rígidas formas, generadoras muchas veces de fosilización del concepto mismo; en castellano pueden ser términos unívocos, pero en alemán "KULTUR" significa más esencialmente aquello que concebimos como auténtica cultura, y al contrario, en francés o inglés, este mismo concepto es designado con el vocablo civilización. Eduard Spranger ("Ensayos sobre la cultura") parece achacar a las tendencias anímicas mismas de un pueblo dado más que al lenguaje, este problema, cuando escribe que "En los países de tendencia marcadamente positivista a nuestro concepto de cultura corresponde el término de civilización que, expresado en francés o en inglés, tiene un tinte de valor mucho más acentuado que el mismo vocablo expresado en alemán (Zivilization)". Pero aquí hay algo de común, el hecho de que el mismo fenómeno se designe solamente con diferentes voces, pues como continúa Spranger "Ambas direcciones de pensamiento han visto con plena claridad que en la cultura o civilización (14) operan fuerzas supraindividuales, que penetran la vida anímica singular estructurando su forma y rigiendo su conducta, y que, reciprocamente, ésta a su vez inside sobre aquella conformando su desarrollo ulterior". Esto es lo que tiene verdadera

(14) Llámense como la llamaren, decimos nosotros, pues aquí no reside mayormente el problema.

importancia y a la vez se hace referencia a la relación importantísima entre individuo y sociedad respecto al hacer cultural.

Lo grave se encuentra, no tanto en el indistinto uso de los términos, cuanto en las significaciones mismas que se polarizan en aquello que nosotros hemos precisado como cultura. Ya que la confusión más profunda surge de identificar, sobre todo, los fenómenos y procesos sociales más diversos como igualmente cultos a aquellos que verdaderamente lo son, por ser portadores de valor y de tendencia. Aquí la corriente antropológica, con todas sus consecuencias, si bien válidas como resultados para sus fines científicos, peligrosas para el tratamiento de la cultura considerada a través solamente de lo trascendental anímico. Sin embargo la diferencia puede realmente establecerse, entre lo que debemos entender por cultura y lo que por civilización. Esta última parece encerrar la suma de los procesos sociales, sean de la naturaleza que fueren, en cambio que el sector de estos procesos verdaderamente contentivos del espíritu pertenecería a lo que llamamos cultura. Un pueblo bárbaro puede tornarse civilizado sin ser culto, y aquí el enorme peligro pues su "ethos" sería primitivo y por ello amenazador, y en cambio sus modos operativos, digamos técnicos, consecuencia de su civilización, serían a ultranza. Cultura y civilización coinciden a veces en el grado de su desarrollo dentro de un mismo grupo, lo fatal es el crecimiento canceroso de la segunda a costa de la primera. Ya Kant antes de terrible desarrollo de la técnica, que es lo que caracteriza para nosotros la civilización, estableció ciertas diferencias: "Somos cultos en alto grado —indica— por el arte y por la ciencia; somos civilizados hasta la importunidad, hasta toda clase de cortesías y de buenas maneras. Pero nos falta todavía mucho para que podamos creernos moralizados, puesto que la idea de moralidad forma también parte de la cultura; pero cuando esta idea no da otro resultado que introducir una apariencia de moralidad en el amor del honor y en la urbanidad exterior, no hay aquí más que civilización". (15)

Es verdad que la técnica, pertenece al contenido de la cultura, mas ahora que se ha opuesto a otros valores más esenciales y altos

(15) Citado por R. Eucken: "LAS GRANDES CORRIENTES DEL PENSAMIENTO CONTEMPORANEO".

de la misma, al romper su cordón umbilical, al independizarse de su tutela y hasta oponerse no sólo a la naturaleza sino a la cultura misma ha ido a formar parte de ese depósito más vasto y menos exigente que es la civilización.

A veces, las consideraciones valorativas de la cultura han quedado rezagadas ante la creciente progresión de lo meramente civilizatorio, y así surge el conflicto, pero la mayor parte de las veces es la civilización la que ha crecido excesivamente, haciendo caso omiso de espaldas a los valores. (16)

CULTURA ANIMI.— Existe aún más, un concepto subalterno de cultura que es necesario diferenciar. Se trata de la "cultura animi" o cultura individual, o sea del hombre culto; su significado es un poco impreciso, pues si bien, en última instancia, la cultura es portada por cada hombre y realizada en sus avances por él, es a la vez consecuencia y fruto de las interrelaciones sociales y sólo puede ser válida y verdadera en cuanto realización colectiva. El hombre culto de Max Scheler, si no es a la vez un creador e inventor de nuevos patrones culturales o esencias, cuyo substratum y forma ya estaban definitivamente moduladas por la conciencia del grupo, viene a ser meramente un portador de la tradición cultural, incita en el hacer colectivo. Nada más.

El problema del individuo, la sociedad y la cultura y la interdependencia y valor de estos elementos, se torna más trascendente, cuando se aborda el caso de los creadores. Realmente, de acuerdo con el contenido que estamos otorgando al término, como restricción al de cultura del espíritu, el hombre singular, sea profeta, músico,

(16) "Cuando se miran juntas las formas de la acción recíproca de un tiempo dado, se ve claro que las fuerzas importantes para el desarrollo de las tradiciones culturales son tendencias psíquicas que nacen entre la vida actual socialmente organizada y las formas de vida transmitidas socialmente desde el pasado. Dichas tendencias tienen expresión objetiva en la literatura, la religión, la filosofía y la ciencia, o sea en las formas del pensamiento, no menos que en los movimientos sociales y políticos de la época. Al mirar con espíritu realista, vemos como tales expresiones envuelven un conflicto entre los valores realizados en las instituciones, usos e ideales socialmente transmitidos desde el pasado y las condiciones concretas de la vida actual; dicho en otras palabras, se da una contradicción entre el régimen de vida aprobado y las condiciones actuales de vida entre los hombres" (Turner).

filósofo, estadista, etc., cobra inusitado sentido para el proceso creciente de esta denominada "humanización". Si él porta la conciencia y el haber cultural del grupo, a la vez lo produce e impulsa hacia adelante, solitariamente no significa nada, heredó mucho con la condición de que ese patrimonio sea multiplicado y transmitido. Contiene a la vez la flor y germina el fruto del espíritu humano cuya manifestación es, en definitiva, la cultura. Un clima propicio, una substancia germinal potente, permiten su crecimiento (en las culturas primitivas el genio existe como en cualquier otra, pero no prospera).

CULTURA OBJETIVA Y SUBJETIVA.— El creador de cultura y el ambiente espiritual que permite esta creación constituyen la llamada cultura subjetiva: los valores, las tendencias, los grandes hombres. El resultado de su creación: las estatuas, los códigos morales y jurídicos, los poemas, las catedrales, los descubrimientos científicos, los sistemas religiosos, filosóficos, expresarán la cultura objetiva, y entre ambas y la matriz social que les hizo posibles, pertenecerán en sus formas más altas y trascendentes, en sus más gloriosas realizaciones, a la cultura integral de la humanidad, tomada no como una abstracción sino como una especie en trance de realizar la conciencia a través de la existencia.

Todas estas significaciones se resumirán en este fragmento de Spranger: "Con el nombre de "cultura" se designó en un comienzo el estado o posesión de una persona particular (cultura animi); sólo más tarde se significó con él, el complejo trascendente de acciones y sentidos que ineluctablemente preside desde sus más tempranos comienzos el desarrollo de todo ser espiritual. La significación primaria de la palabra está ligada, como sucede a menudo, a sucesos parciales de fundamental importancia, cuyo sentido se amplía luego hasta abarcar la totalidad que los incluye. Del cultivo de las plantas (agricultura) se pasó por analogía al cultivo de lo anímico (cultura animi). Pero así como inmediatamente se advierte que la agricultura importa ya una sensible transformación del medio ambiente, lo cual incluye todo el aparato agrícola, así también pudo observarse que toda cultura subjetiva supone la formación de un ambiente espiritual, esto es, que ella sólo es posible dentro de una cultura objetiva. Ambos conceptos, los de cultura subjetiva y objetiva, están tan íntimamente ligados entre sí como los de estructura anímica y mundo

vivencial de contenidos significativos" (ENSAYOS SOBRE LA CULTURA).

2.—LOS PROBLEMAS MORFOLOGICOS DE LA CULTURA.—

Además del contenido sustancial de la cultura y de las culturas, impregnadas en este segundo caso de originalidad y de matices incontrastables, que constituyen su esencia misma y su significado diferente frente a las demás otras, existen ciertos procesos de formación e integración, ciertas leyes de desarrollo, determinados factores de identidad y diversidad, que conforman por así decirlo la fisonomía de todo fenómeno cultural. Este núcleo de problemas constituye lo que se ha dado en llamar morfología de la cultura, por semejanzas análogas a las de los organismos vivientes, explotadas en parte con abuso por pensadores y culturalistas como Spengler y Frobenius, fecundos, no obstante, en este campo.

Las consideraciones spenglerianas sobre el nacimiento y decadencia de las culturas, contienen una indiscutible raíz organológica, que en cuanto escapa a la mera analogía, se convierte en trascendente y significativa. Su concepción del alma de las culturas, es sobre manera fascinante, y más allá de lo simplemente metafísico nos da la clave de la originalidad de las culturas y de la relación entre lo que él denomina "entelequia" —entendida como principio interno de un orden cultural— y medio ambiente, en mutua función para forjar una conciencia colectiva dada. Igualmente en Frobenius ya "Impera la idea de que la cultura es una entidad vital que trasciende el alcance de la vida humana que, por decirlo así, planea sobre el hombre y está sujeta a su propia ley de desarrollo" (Eduard Spranger: "Ensayos sobre la cultura"). Lo difícil, lo problemático, está en fijar esta ley de desarrollo, entendido que el campo de las leyes de la biología y sobre todo de lo humano es esencialmente diferente al de las leyes naturales (17). Y lo erróneo, en considerar a la cultura como una entidad vital diferente del hombre y trascendiendo al alcance de su vida, cuando en verdad, si participa de vitalidad, la recibe transmitida del hombre y su formidable fuerza viviente, y además, no lo confor-

(17) "Dichas leyes (se refiere Spranger a las de la cultura) —si existen— no deben ser pensadas ateniéndose ingenuamente al modelo del desenvolvimiento europeo-occidental". Esta advertencia nos parece de capital importancia, sobre todo para aquellos europeos que pretenden juzgar nuestra América.

ma sino que es conformada por él. Mas, de todas maneras, esta concepción ha dado paso a la formación de la llamada morfología de la cultura y a orientaciones tan importantes como ésta: "Frobenius (más tarde) ya no encuentra los indicios reveladores de la forma de una cultura sólo en la habitación, utensilios, modos de producción económica u objetos religiosos, sino en las formas fundamentales de la concepción del mundo o del "sentimiento vital". La morfología de la cultura significa en la nueva etapa del desarrollo de su teoría, la comprensión de sus distintos estilos culturales o PAIDEUMATA, según sus determinaciones tempo-espaciales".

La nota esencial de "estilo o alma cultural" ha sido aislada y comprendida; los pueblos, los grupos sociales, los grandes órdenes étnicos y lingüísticos, imprimen a toda su obra humana, desde sus simples costumbres hasta sus creaciones más altas, los caracteres peculiarísimos de su alma colectiva, de su conciencia cultural. ¿De dónde nacen estos elementos modulantes, estas formas circuidoras de lo humano universal, al que transforman, e insuflan un hálito, una personalidad única e inconfundible? Las culturas guardan celosamente su secreto, no permiten más que las interpretaciones metafísicas de vuelo atrevido, como la de Spengler, pero de endeble sustentación positiva. En este terreno a lo más podemos hablar y no con absoluta seguridad de dos fuentes matrices de peculiarismo cultural: la raza y el ambiente, el llamado "paisaje" de la cultura, que no sólo es espacial sino que su perspectiva suscita la estratificada y a la vez cambiante substancia del tiempo para su interpretación. Mas, cómo encontrar, siquiera indagar, por estos estilos culturales, cómo atisbar la fugitiva, escurridiza alma de toda una formación social, trascendente en las manifestaciones del espíritu. Este es otro de los inquietantes problemas de una morfología cultural, mayormente cuando el escollo reside, en palabras como las de Frobenius en "Continentes vividos": No es el parecido o la diferencia —explica— de los momentos y notas externas de fácil comprobación lo que nos revela el estilo de las culturas, sino la naturaleza de su íntima determinación". No es la mera descripción, por tanto, de los rasgos de una cultura dada, lo que nos permitirá la aprehensión, sino la comprensión de su esencia, que para Spengler por ejemplo es tarea imposible. En la historia de su génesis, en su imagen del mundo, en el paisaje que circuye e incita su actuar, en la semántica de su lenguaje y particularmente, acaso, en los caracteres hereditarios, en la composición

étnica. Tan difícil aparece esta indagación que Spranger cree que en un fenómeno dinámico como la colisión cultural, encontraríamos la clave del problema más que en las intuiciones de esencias o los estudios exhaustivos de descripción: "Quizá sea el choque de culturas —sugiere—, si no de rango diferente, por lo menos diversamente constituidas, el que al producir lo que podríamos llamar un análisis real de su estructura nos patentice, en forma mucho más clara, la íntima trabazón, la peculiar articulación de las culturas en conflicto". (ENSAYOS SOBRE LA CULTURA). Esta conclusión de la morfología, resultaría de sobre manera interesante para la comprensión de nuestras esencias culturales, frente a las del Occidente europeo, en colisión con las cuales se polarizarían y se nos tornarían inteligibles.

La búsqueda por este camino, nos conduce, no obstante, a otro problema morfológico, las maneras en que esta colisión de culturas que lleva consigo la manifestación más expresiva de sus esencias implícitas, puede llegar a ocurrir. Para el mismo Spranger, esta sucitación del espíritu íntimo de una conciencia colectiva dada tiene lugar de acuerdo a tipos fundamentales de interacción: cuando el contacto cultural ocurre sobre uno y el mismo suelo de ocupación, por la llamada colonización; cuando el contacto cultural no tiene lugar sobre el mismo suelo, sino que se ejerce a distancia; y cuando la llamada acción a distancia ocurre en el tiempo como en una suerte de renacimiento.

El análisis de estos tipos de choque cultural, traductor de esencias, y en sí mismo importante en la dinámica de las culturas, debería ser revisado al considerar el fenómeno de América ante la cultura.

Otros problemas de la morfología de la cultura, serían en breves síntesis (pues su análisis más vasto y ya objetivo sería referido a América), además de éste de la interacción cultural, los siguientes: la influencia motivada en la índole de una cultura por personas de gran valor (como lo sugiere Spranger) aunque como ya lo hemos considerado. "Naturalmente que éllas son a su vez el producto de las formaciones y movimientos de esa vida supraindividual que constituye su cultura". El hecho de la estratificación cultural a través de las castas y clases sociales, con la polarización en las "élites" del saber y del arte, lo que implicaría, también consecuentemente, las raíces político-económicas del problema y su posible solución a tra-

vés de la urgencia de lo que se ha dado en llamar la democratización de la cultura. La cuestión de la cultura objetiva y subjetiva y su corelato de espíritu igualmente objetivo y subjetivo (18). La influencia del contorno material, del ambiente, del llamado "paisaje de una cultura", es igualmente un factor esencial, para Spengler es parte misma del alma cultural, su influencia puede ser modificada por la técnica, mas hasta cierto punto solamente, lo irreversible en el contorno es su fascinación, la cautivante magia que va poseyendo el espíritu de un pueblo dado y hasta trocándolo en diferente. Este es el doble papel de la geografía, determina las condiciones del fenómeno social y opera más aún, ya casi metafísicamente, sobre la substancia del alma misma. En las incipientes culturas su poderío físico es ineludible. Sólo ahora propiamente, el hombre comienza a liberarse de la naturaleza y ya no necesita tanto de la sustentación física, en forma de zonas únicas para el florecimiento de las culturas, de grandes ríos, etc.

Esto es lo que se ha denominado como el suelo de las culturas, que para Spranger —a quien seguimos en el planteamiento de una morfología de la cultura— en cuanto "sujeción a un contorno material cala tan profundamente como la vinculación a un cuerpo" y continúa explicando. "No sólo en los pueblos sedentarios, el suelo, esto es las condiciones del terreno,, tiene una influencia decisiva en los comienzos culturales. El término "suelo" comprende aquí el clima, las condiciones geológicas del terreno, la flora y la fauna. La mayor o menor abundancia de lluvias, las condiciones de riego, tienen también, una importancia enorme en el desarrollo y expansión de una cultura, ellas pasan a depender del plano condicionante del espíritu objetivo".

En cuanto a la estructura misma de la cultura y de las culturas,

(18) "La cultura consiste en un complejo de acciones y sentidos que se da en el juego de los sujetos capaces de vivir y crear un sentido, por un lado, y los elementos del medio ambiente, portadores significativos, por otro, al primero de los elementos citados le damos el nombre de espíritu subjetivo, espíritu que en realidad aparece disperso en innumerables ejemplares; al segundo lo designamos con el nombre de espíritu objetivo. Ambos están tan estrictamente vinculados entre sí, que juntos constituyen un sólo complejo vital sustentado en dos polos (SPRANGER: Ensayos sobre la cultura)".

a sus contenidos esenciales, sabemos ya que éstos sólo pueden darse y ser significativos en función de un valor dado; inclusive la técnica constituye aquí un fenómeno cultural pues aspira a un bien, cual es lo útil, su contenido se torna en meramente civilizatorio y aún anti-cultural, únicamente cuando se polariza y se opone a otros valores más altos como los morales o los jurídicos. La religión y sus manifestaciones, constituye también un fenómeno esencial de la cultura, de tal manera que Max Scheler considera que no puede existir una cultura sin base religiosa, en ausencia de una filosofía o de las filosofías más bien dicho, ella, la religión es la única substancia que está informando a una cultura dada de una concepción del mundo, que en última instancia constituye la suma expresión de lo que hemos llamado conciencia cultural. (19)

Este hacer humano, considerado en términos de valor, se ordena pues en esferas diferentes, conceptualmente según los propios valores a los que tienden; son las llamadas regiones de sentido. El mismo Spranger, concede entre éstas singular importancia a la economía, la técnica, la ciencia y el arte. "Las dos primeras están muy próximas a la realidad material —dice— la tercera descansa en el plano ideal del espíritu, la cuarta en el imaginativo". Para nosotros, el ordenamiento de las manifestaciones culturales, por lo mismo implícitamente portadoras de valoración, sería éste: la técnica, la economía, el derecho y la política, si bien formas logradas del hacer cultural, serían al mismo tiempo medios dinámicos de la conservación de la vida y posibilitantes de un desarrollo ulterior de lo que ya antes hemos restringido como cultura propiamente, o sea el espíritu y su libertad; la religión, el arte, la filosofía, la ciencia pura, serían los productos de la cultura, y servirían a su vez para la exaltación del espíritu y el conocimiento como manifestación de la autoconciencia universal que, para nosotros, es la última finalidad de todos estos avatares humanos compenetrados de algún sentido.

Aquí es necesario reparar en un fenómeno, motivante de disquisiciones académicas, de graves diferencias de posición, y que parece

(19) "Toda cultura aloja en su seno un núcleo de concepción del mundo más o menos definido. Toda cultura aspira a elevar la vida humana a niveles cada vez más altos en la realización de sus propios valores" (SPRANGER).

estar en gran parte ligado con el proceso mismo de las culturas y de la cultura, cual es el del valor absoluto o relativo del arte, de la religión, de la moral, etc. Si cada cultura imprime su alma peculiar a cada una de estas manifestaciones de su hacer, es claro que conceptualmente encontremos relatividad en su contenido si acaso atendemos a su origen, mas todos estos valores se tornan absolutos más bien en su tendencia final: en la cultura como suma y seno de los más acabados logros de todas las culturas.

Para concluir este capítulo de consideraciones sobre la morfología cultural, creemos útil reproducir el esquema de problemas de la cultura, que trae Spranger, y que es el siguiente:

I.—TIPOS HUMANOS; (espíritu subjetivo) considerado desde el punto de vista de la:

- Psicología racial.
- Psicología nacional.
- Psicología de la posición social, las profesiones y oficios.
- Caracteriología individual.

II.—DOMINIOS ESPECIALES DE LA CULTURA (espíritu objetivo, bienes culturales):

- Tipos de economía.
- Tipos de trabajo (técnico e instrumental).
- Tipos de ciencias
- Estilos artísticos.

III.—ESPIRITU COMUN:

a) Formas naturales:

- Tipos de familia.
- Tipos de tribus.
- Tipos de grupos.

b) Formas culturales:

Lazos racionales, de valor y finales:

- 1 Económicos.
- 2 Educativos y científicos.
- 3 Artísticos, en el viejo sentido de la palabra, que comprende:

La obra manual.

La técnica.

El arte en sentido estricto. (20)

IV.—ESPIRITU NORMATIVO:

- a) Tipos de usos y costumbres:

Tipos de moral espontánea.

Tipos de ordenación jurídica.

Tipos de sistemas políticos.

V.—CONCEPCION DEL MUNDO ETICO—RELIGIOSA:

- a) Formas de religión y tipos de concepción del mundo.
- b) Formas del culto religioso.
- c) Sistematizaciones filosófico-rationales.

V

TECNICA Y CULTURA

La seguridad, el equilibrio humano, toda nuestra dignidad y posible grandeza descansaban hasta hace poco en la ordenación justa de los valores. Mas ahora que padecemos su trastocamiento, que asistimos, poseídos de pánico e impotencia, a la rebelión universal, al monstruoso triunfo, que nuestro más íntimo anhelo de salvación clama porque sea efímero solamente, de la técnica sobre la cultura, de la cual se ha manumitido para tratar aún de destruirla, toda nuestra esperanza humana reside en que de este combate teogónico de ángeles y demonios, al final resulte victorioso el espíritu más alto y con él la cultura.

(20) Seguramente hace relación Spranger al término TECNE que en Grecia servía para designar tanto el arte como el hacer técnico propiamente dicho.

Cómo ha llegado a producirse esta autonomía de la técnica que amenaza con destruir a su creador mismo, el hombre, y a su fruto más alto, la cultura, es cuestión perentoria que debe tratar de dilucidarse por la suerte misma que corre nuestra supervivencia. Indicar el origen y al causante, rastrear por los hombres y los pueblos que aún guardan la fe en la especie y portan en sí, en plenitud, los valores éticos de los que pende nuestra salvación, es igualmente tarea impostergable. ¿Acaso en América, esté el germen de la solución anhelada por el hombre para su monstruoso dilema? Es también pregunta que debemos hacernos, no por propia vanidad sino como eco de desesperación universal, ya que en palabras de Jaspers: "Todos tenemos actualmente la conciencia de que estamos en un viraje de la historia, que ya hace cien años se comparó con la decadencia del mundo antiguo; pero después se experimentó cada vez más profundamente como la gran fatalidad no sólo de Europa y el Occidente sino del mundo entero. Es la Edad Técnica con todas sus consecuencias, las cuales parecen no dejar existir nada de lo que el hombre, en el curso de los milenios, ha adquirido en procedimientos de trabajo, forma de vida, manera de pensar, símbolos".

La técnica se ha independizado de la cultura y amenaza con la inminente destrucción, a la vez también encierra como el demonio —que es para muchos— cautivantes tentaciones y promesas, que acaso no sean tan falaces, si logramos hacerla volver como el estudiante del "Diablo Cojuelo" a su redoma, desde donde puede servirnos sin peligro y de donde nunca debíamos dejarla escapar para estar empeñados ahora en su caza y persecución más dramáticas que ninguna otra y estar poseídos por el temor, más terrible aún, de que acaso el débil cristal aprisionador, formado durante milenios por el espíritu, se haya roto para siempre.

Antes hemos establecido ya la diferencia entre cultura y civilización; ahora bien, es en el desarrollo creciente de la técnica a expensas de los contenidos espirituales, donde podemos atisbar con más seguridad aquello que las distingue; el hacer práctico que caracteriza a la técnica al polarizarse a los otros haceres propiamente culturales ha determinado en forma definitiva aquello que se ha dado en denominar como civilización técnica en oposición a la cultura espiritual. La poderosa intuición original de Spengler atribuyó ya a

Occidente la plenitud de la civilización como decrepitud agonística y trágica de su cultura. (21)

Lo grave es que esta civilización técnica, consecuencia póstuma de la crisis cultural de Occidente —según afirmaciones de sus propios pensadores— se ha extendido por todo el haz de la tierra, con todos sus peligros implícitos y sus aterradores signos de barbarie.

La técnica es originariamente sólo una de las manifestaciones de la cultura, o más bien, de los modos de posibilitarla, pues si tiene en sí un valor inmanente, cuál es lo útil, por otra parte este bien dentro de una escala jerárquica de valores ocuparía necesariamente un grado bien inferior por cierto. Mas, la técnica se ha convertido en una monstruosidad cancerosa y alejada de la ética, que debía siempre domeñarla; el proceso teratológico de este crecimiento desconcertado es lo que debemos inicialmente analizar.

Toda cultura tiene formas, módulos de desarrollo; son los llamados saberes que, para Max Scheler, constituyen el proceso mismo cultural; patrimonio del hombre es el conocer, el concienciar y tornar inteligible lo existente. "Tal proceso, —indica Scheler—, donde quiera tiene lugar, es una a modo de transformación del saber objetivo, nueva, viviente fuerza y función, en la fuerza de inquirir por el cono-

(21) Spengler asegura un poco dogmáticamente que "La decadencia de occidente considerada así, significa nada menos que el problema de la civilización. Nos hallamos frente a una de las cuestiones fundamentales de toda historia. ¿Qué es la civilización, concebida como secuencia lógica, como plenitud y término de una cultura?"

Porque cada cultura tiene su civilización propia. Por primera vez, tómanse aquí estas dos palabras —que hasta ahora designaban una vaga distinción ética de índole personal— en un sentido periódico, como expresiones de una orgánica sucesión, estricta y necesaria. La civilización es el inevitable SINO de toda cultura. Hemos subido a la cima desde dónde se hacen solubles los últimos y más difíciles problemas de la morfología histórica. Civilización es el extremo y más artificioso estado a que puede llegar una especie superior de hombres. Es un remate, subsigue a la acción creadora como lo ya creado, lo ya hecho, a la vida como la muerte, a la evolución como el anquilosamiento, al campo y a la infancia de las almas —que se manifiesta, por ejemplo, en el dórico y en el gótico— como la decrepitud espiritual y la urbe mundial, petrificada y petrificante. Es un final irrevocable al que, se llega siempre de nuevo con íntima necesidad" (LA DECADENCIA DE OCCIDENTE, Tomo 1º).

cimiento y de incorporar al dominio de lo sabido (con arreglo a una forma y figura de concepción, y de selección, residuo del primer acto de saber y de su objeto), cosas siempre nuevas; es una transformación de la materia del saber, en fuerza para saber, es decir es un verdadero crecimiento funcional de espíritu mismo en el proceso de conocimiento".

Ahora bien, este saber fundamental, este proceso humano de lograr la cultura y a la vez acrecerla, para el mismo Max Scheler se realiza bajo tres tipos: el saber de dominio, el saber de cultura y el saber de salvación.

Por el primero conquistamos la naturaleza, descubrimos sus leyes por medio de la ciencia, transformamos el mundo, para nuestro beneficio, a través de la ciencia aplicada y de la técnica; es este un saber inmediato, pragmático, defiende la vida de la especie y la posibilita, entendámoslo bien, la posibilita nada más, librándola de la fatalidad natural, para vuelos más altos y espirituales. Por el saber culto, concebimos el ser en su esencia a través de la filosofía y descubrimos las normas éticas, la sabiduría bondadosa que salva el espíritu del hombre, que lo diferencia de los animales y su inconciencia del bien y del mal. Por el saber de salvación, fundamentalmente religioso, Scheler cree que completamos a Dios a través del tiempo, y en cierta manera, colaboramos en su evolución perfectible. Hasta cierto punto la idea de Rudolf Eucken sobre la existencia de la civilización artística, la civilización ética y la civilización dinámica, coincide con estos tres tipos del saber.

Determinadas culturas han desarrollado un saber dado más que otro y aquí su fisonomía esencial. Del armónico equilibrio de los saberes es, no obstante, de donde brotará en el futuro la más grande cultura de la humanidad. Así Grecia floreció en el saber culto, mientras Oriente, sobre todo, creador de las religiones, cultivaba el saber de salvación. La cultura Occidental, en cambio, tiene como fundamental elemento el haber generado el saber de dominio, y con él desgraciadamente, por falta de equilibrio con los otros saberes, el haber precipitado a toda la especie, a la duda más lacerante, al temor y a la ansiedad por la suerte no sólo de la cultura sino de la vida misma. El saber de dominio, ha desencadenado esa monstruosa esfinge del destino que es para nuestra angustia, la figura inquietante y desoladora del hongo radioactivo.

Empero la tragedia tiene también otras resonancias. Así lograríamos controlar y abolir su peligro más diabólico, el de la guerra atómica y dominando el temor mutuo, erigir la paz como esperanza única del hombre, quedaría aún el problema de la técnica gravitando sobre nuestra vida. Y es que, a la vez la naturaleza se rebela contra toda posible sujeción; el sacrificio de la gran madre, el matricidio que la humanidad pretende en el cuerpo de la naturaleza sólo traería su total perdición. Esto aparece claro a través del inconsciente deseo de autoexterminio de las pruebas nucleares por ejemplo, más es igualmente cierto en lo que, respecta al mundo formado por la técnica; alejándonos de la matriz natural sólo podemos perdernos y caminar ciegos e impotentes; si bien nuestra condición para concienciarla fue ésta, pero nada más, ella a su vez nos imponía como condición para nutrirnos y exaltarnos, que no la olvidáramos ni tratáramos en nuestra pobre vanidad de destruirla.

"Existe el peligro —advierte ya Jaspers— de que el hombre se asfíe en la segunda naturaleza que él produce técnicamente como suya, mientras que en su constante lucha material por la existencia pueda aparecer relativamente libre frente a la naturaleza no domada".

Si, se quiere alcanzar la libertad frente a la naturaleza, mas ésta toma su venganza, la libertad se pierde en la técnica, en la esclavitud frente a la máquina, en la servidumbre del automatismo, en la regimentación de la dicha y de la alegría mismas: cine, radio, televisión, formas masivas y mecánicas de felicidad anónima.

El misterio del bosque, la grandeza enigmática de la montaña, la fascinante belleza del cielo, todas las formas poéticas de la materia, están siendo desplazadas paulatinamente por un paisaje hosco y feo creado por la técnica, por un cerco plutónico e infernal, que recuerda la tierra de los primeros días de la creación; Fiedrich Georg Junger lo contempera así: "El paisaje industrial tiene algo de volcánico; lava, ceniza, fumarolas, humo, gases, nubes nocturnas iluminadas por el fuego, y devastación a distancia".

VI

SALVACION DE LA CULTURA

Ojalá para el hombre y su esperanza todos estos signos inquie-

tantes no sean sino los anuncios difíciles y todavía dolorosos de una nueva, más vasta, más bella creación humana; o como en los grandes mitos, Adán, Prometeo, Babel, nos anuncie el acongojado advenimiento, el doloroso parto, de un fruto radiante y bello para la humanidad y el Universo mismo. ¿Qué hombre, qué pueblo, qué continente, tornará a ordenar los eternos valores de la especie, a forzar la ascendencia armoniosa de la cultura, ahora en crisis y trastrocamiento? He aquí el problema, aún incierto y misterioso en lo que atañe a su posible solución. Lo único verdadero y claro, es, que el salvador ya no será un solo Mesías, como al inicio de Occidente, sino la humanidad misma guiada por toda una cultura. Dónde florecerá esa cultura salvadora... He aquí la interrogación al futuro.

SEGUNDA PARTE

LA INCOGNITA DE AMERICA

EL CONTINENTE DE LA ESPERANZA

"Cada una de sus formas particulares (las de la cultura) parece envejecer y morir y tiene sin cesar necesidad de nuevos comienzos,, de un brote de vida original, pero sobretodo de hombres nuevos. Esto es lo que sucedió en el último período de la antigüedad; la vida civilizada no volvió a reanudar su movimiento sino cuando nuevos pueblos la recibieron y la rejuvenecieron por fuerzas nuevas. ¿TENDRIA TAMBIEN NECESIDAD NUESTRA EPOCA DE ANALAGO REJUVENECIMIENTO, SEA POR PUEBLOS NUEVOS, SEA POR LA ASCENSION DE CLASES MENOS GASTADAS DESDE EL PUNTO DE VISTA ESPIRITUAL?"

(Rudolf Eucken: LAS GRANDES CORRIENTES DEL PENSAMIENTO CONTEMPORANEO).

Hacia dónde dirigir el anhelo, la mirada, el clamor de salvación que consume al hombre, mientras los cielos permanecen callados e indecifrables. Desde qué ámbito, en qué alma cultural, florecerá el nuevo, armonioso equilibrio, que ante la crisis de las formas ya periclitadas y exhaustas, después de rendir toda su fecundidad, reclama la especie para continuar la exaltación de la vida y de la conciencia que es su tarea más íntima. La resonancia de estas interroga-

ciones dramáticas, fluye hasta nosotros los hombres de América y si nuestra respuesta no resulta salvadora se diluirá para siempre en la soledad absoluta de la desesperación. Mas no de la desesperación del hombre, pues los valores creados por él son al fin indestructibles, y si nosotros no respondemos, otros pueblos, otras culturas, acaso las mismas moribundas lo harán por nosotros; sino nuestra propia desesperación, pues cuando se inquirió por el poderío rescatador de nuestra cultura, sólo posible bajo la forma de una mas perfecta armonía de valores o de la creación de otros nuevos, no supimos establecer el diálogo.

Nuestra más terrible insatisfacción como continente, como pueblo, como hombre y cultura nuevos, estaría en participar en la crisis universal, y sobre todo no poder crear, ya no lo reclamado, sino siquiera algo peculiar. Ser la agonía de la agonía de una cultura, la occidental, sin siquiera la grandeza de haber rendido frutos; padecer la enfermedad mortal en la adolescencia aún no fecunda.

No obstante, se espera de nosotros, algo, no se sabe qué, para remediar el desquiciamiento del hombre, y para continuar la evolución ascendente de la cultura. A veces, es verdad, en la esperanza va incita la desesperación, descomponiéndola con su purulento principio cargado de negaciones. Los mismos que consideran a Occidente moribundo, creen que nosotros, que participamos de su alma y sus creaciones, estamos también perdidos. Desde Montaigne, clásico y arcaico, hasta el pesimismo de Spengler, se duda en Europa de América, creyéndonos contagiados de sus propios males, o apenas un epígono de su propia decrepitud. Ya en el siglo XVI, Montaigne teme por nuestro futuro: "Nuestro mundo acaba de encontrar otro, no menos grande, pleno y membrudo que él, y, sin embargo, tan nuevo y tan niño que se le enseña todavía su abecé, no hace ni cincuenta años que ignoraba las letras, las pesas, las medidas, los trigos, los vestidos, las viñas. Estaba todavía desnudo en el regazo y no vivía más que de los medios de su nodriza. . . . Mucho me temo que habremos apresurado demasiado su declinación y su ruina por nuestro contagio y que le habremos vendido muy caro nuestras opiniones y nuestras artes. Era un mundo-niño". Si, estábamos en la niñez, ahora apenas en la adolescencia, pero en ello reside nuestra grandeza, no conocemos aún las brillantes y gastadas formas de la decadencia, somos un mundo fuerte y membrudo. Ignorábamos las letras del mundo de Montaigne,

he aquí lo valedero de nuestro aprendizaje, aunque ya teníamos escritura; en cuanto a las pesas y las medidas, las teníamos propias, las foráneas sólo sirvieron para medir, tazar, y robar nuestras riquezas; los vestidos no eran iguales a los que usaba Montaigne y sus contemporáneos europeos, mas eran nuestros propios vestidos; si no teníamos trigo, teníamos el maíz para sustentación del hombre y posibilitación de su cultura; las viñas fueron siempre peligrosas; y finalmente, en cuanto a habérsenos vendido muy caro las opiniones y las artes, es verdad, más, nuestro verdadero valor consistiría en dar nuevas opiniones y crear artes propias. Asimilar las virtudes y desechar los vicios que se pretendía endilgarnos, y encontrar en nosotros mismos algo bello, bueno y justo para entregarlo generosamente, no para devolverlo. Es esto lo que teníamos que hacer y recién, ahora que somos autónomos, estamos comenzándolo. El hacer humano cultural no se mide por decenios, sino por siglos y aún por milenios. La duda de Montaigne no era sobre nuestras virtualidades, sino sobre el peligro del contacto con los males de la caducidad y vejez de Occidente, pues en otra parte de sus "ENSAYOS" afirma: "creo que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se me ha referido; lo que ocurre es que cada cual llama barbarie a lo que es ajeno a sus costumbres. Como no tenemos otro punto de mira para distinguir la verdad y la razón que el ejemplo e idea de las opiniones y usos del país en que vivimos, a nuestro dictamen en él tienen su asiento, la perfecta religión, el gobierno más cumplido, el más ireprochable uso de todas las cosas". Este sabio relativismo, opuesto a la tradición egocéntrica de Occidente, debería constituirse en ejemplo para aquellos europeos que desesperan del aporte salvador de otros pueblos, entre ellos del pueblo de América, a la crisis del mundo actual. Nuestra original creación estará en asimilar sólo aquello verdaderamente valedero de la cultura occidental, desechando todos sus errores y desequilibrios; en dominar la técnica para que vuelva a servir al hombre, ella al fin y al cabo no es ni buena ni mala, es un resultado también del espíritu creador, y ciertas conquistas suyas, además de la libertad lograda frente al fatalismo natural, han servido para la más alta cultura, allí están atestigüándolo la imprenta, los instrumentos musicales, por no citar más ejemplos. Nuestra tarea consiste, pues, en la culminación de la libertad como anhelo universal, realizándose y cumpliéndose siempre hacia el occidente en la grandiosa concepción hegeliana de la historia; en la solución de los problemas sociales, y con ella el alcanzamiento

de la dignidad del hombre; en el sentimiento indestructible de la paz y de la unidad universales; en el reequilibramiento de la técnica y la cultura; en la posibilidad de nuevos valores y estilos inequívocos de una gran cultura; en recoger la tradición de los sentidos éticos más sublimes; en lograr ese anhelo de la humanidad, de superando las culturas parciales, ahora que existe más que nunca interacción cultural, y a través de la mestización, alcanzar la unidad cultural ecuménica, aquello que Jaspers cree una de las metas de la historia en busca de la libertad y llama "EL MUNDO UNITARIO DE LA HUMANIDAD", al final de sus avatares culturales, desde el "ORIGEN UNICO DE LA HUMANIDAD".

En suma, todo este nuevo humanismo que reclama la especie para su rescate ¿Quién lo hará posible? En este instante en que Europa se repliega y confía la defensa, hasta de las instituciones putrefactas y caducas de su capitalismo moribundo en manos de un campeón fuerte pero bárbaro —según ellos mismos—, Norteamérica, ante la nueva marea creciente que renace de la eterna madre asiática, ¿Qué pueblo retomará la antorcha del espíritu que Occidente no supo mantener en alto?

Africa permanece y continuará indecifrible aún, Asia, cuna de la cultura, parece que renace. América latina, la incógnita que urge develarse, es acaso la que manteniendo lo valedero de la tradición de Occidente, deberá recoger el maravilloso ímpetu humano, la incontenible sed de justicia que ha brotado de lo asiático, conciliándolo con la eterna sed de libertad. Acaso es demasiada tarea para nosotros, toda esta abrumadora exigencia del hombre y del ahora, es quizá el hombre universal y el futuro los que alcancen la solución humanista. América, se sentiría justificada y plena, si solamente colaboráramos en el advenimiento de una sola de estas ineludibles transformaciones, o sí, acaso solamente, realizáramos una cultura, alta y de estilo auténtico e inconfundible.

La dramática necesidad de solución para los angustiosos problemas del hombre, que éste ciegamente la buscará a lo peor en la más trágica de las tormentas bélicas, es circunstanciada por Jaspers, reconociendo a la vez tácitamente el ocaso del mundo europeo,

cuando afirma: "Cierto es que también América y Rusia están penetradas por el espíritu de Europa, pero no son Europa. A pesar de su origen europeo, los americanos tienen una nueva conciencia propia, y por su suelo un nuevo origen, si no encontrado, sin embargo en su pretensión. Los rusos tienen su propio fondo histórico en el Este, procedente de la clase de hombres de sus pueblos europeos y asiáticos, espiritualmente de Bizancio. Pero China y la India, aún hoy sin poder decisivo, van creciendo en importancia. Estas grandes masas de población, poseedoras de una profunda e insustituible tradición, se convierten en un elemento de la humanidad, juntamente con todos los demás pueblos, que, en la transformación presente del ser humano, en la cual todos han de entrar por fuerza, buscan su camino".

Occidente, una vez cumplido su ciclo de mil años, que asigna Spengler a la vida de las culturas, después de haber fulgido maravillosamente como gran astro cenital de la historia, camina velozmente a su crepúsculo; el peligro para América está en salvarnos de la noche que empieza, en eludir la gravitación de satélite cultural, que con cierta razón, hasta ahora, se pretende definirnos. Mas el mismo Spengler olvida que no hemos cumplido esa vida de mil años, y que nos encontramos al inicio de una vida cargada de futuras y grandes promesas. Así pues, no tienen sentido para nosotros aquellas palabras introductorias de su profecía pesimista que es "LA DECADENCIA DE OCCIDENTE". "En este libro —advierte como premonición— se acomete por vez primera el intento de predecir la historia. Trátase de vislumbrar el destino de una cultura, la única de la tierra que se halla hoy camino de la plenitud: la cultura de América y de Europa Occidental. Trátase digo de perseguirla en aquellos estadios de su desarrollo que todavía no han transcurrido". Amarga y cierta profecía, mas no para América; plenitud y decadencia, son una sola etapa para el pensamiento spengleriano, la final de una cultura, y nosotros ciertamente, estamos muy lejos aún de esta culminación; si pecamos es por jóvenes mas no por viejos.

Occidente fue el creador del reloj mecánico, símbolo entrañable de la técnica, por eso es para Spengler una cultura histórica, frente al estatismo ahistórico de las demás culturas, mas aquí precisamente, en este símbolo fecundo y a la vez terrible, está la fatalidad de su

destino, pues el ritmo indetenible de los péndulos acerca, a la vez, con más alucinante conciencia del fin, su hora crepuscular. (22)

Empero, el mecánico latido no resonará todavía para nosotros, como símbolo de muerte, sino más bien de vida y esperanza. Eso lo sabemos íntimamente, así como el europeo sabe íntimamente también de la agonía de su cultura. Esta intuición inconsciente es el más claro anuncio de la verdad, por encima de cualquier lógica o razón. El mismo Toynbee habla únicamente de que Dios puede ayudar; no hay otra esperanza para ellos.

Y no obstante, Occidente puede dar aún magníficos frutos, si abjurando de sus taras y de sus errores, reconoce la vigencia creciente de otros pueblos en la historia. Su salvación no puede ser confiada sino a sí mismo, si realiza un previo acto de contricción; nosotros en América estamos demasiado preocupados de nuestra propia suerte para ayudarlo, nuestro destino está en la desimantación, precisamente, de lo inútil o peligroso europeo, inclusive en la propia búsqueda de valores autóctonos. Si algo podemos crear, es para el hombre mismo, en peligro, por haber desatado las incontrolables y misteriosas potencias, en trance de aprendiz de brujo o de dios.

Se nos dirá que nosotros, los hombres de América, no somos dioses ni brujos, para volver a conjurar las demoniacas potencias desatadas, es verdad, pero somos también portadores del espíritu, y de un espíritu eso sí que busca no la destrucción sino la paz creativa y fecunda, la justicia, la libertad. Acaso tenemos también algo de mágico todavía en nuestra herencia de las culturas indígenas, destrozadas en su floración por la brutalidad de la conquista y la cruel imposición del coloniaje. Para el anhelo de muchos, desde los utopistas de Occidente hasta el nuevo humanismo de la hora, constituimos el Continente de la Esperanza; a América le toca, bucear en sus raíces, en su historia, y atisbar en su futuro, para comprender si esa esperanza puede ser cierta y valedera.

(22) "En los pueblos Occidentales fueron los alemanes los inventores del reloj mecánico símbolo terrible del tiempo raudo, cuyos latidos resonando noche y día en las innumerables torres de europa, son acaso la expresión más formidable que ha podido hallar el sentido histórico del Universo". (LA DECADENCIA DE OCCIDENTE, Tomo 1º).

El balance del pasado y del presente, se impone pues como necesario, para calcular la perspectiva de lo venidero. ¿Cuál ha sido nuestra peculiar contribución a la cultura y cuál sería nuestra posible colaboración al proceso creciente de la humanidad? La respuesta nos daría la clave de nuestra fisonomía actual y futura; mas, también sería menudo empeño el tratar de desentrañar todo este problema, vasto y complejo. Sólo una historia de la cultura en América, y más aún, una interpretación morfológica de esta historia, o sea toda una maraña de datos, hechos, nombres, pensamientos, y su interpretación y ordenamiento, podrían pretender el develamiento de esta incógnita. Este ensayo pues, apenas intenta la formulación honrada del problema y de sus posibles soluciones.

Emocionario de la Danza

(ESPECIAL PARA ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA)

"El que sabe escuchar el silencio, puede ver los sonidos y oír los movimientos".

ALEJANDRO SAKHAROFF

LA DANZA, PURIFICACION DEL ESPIRITU

Para mirar el Arte, para penetrarlo profundamente, para hallarlo en su esencia íntimamente humana y, por ello mismo, claramente divina, hay que tener pupilas de niño, sabias pupilas de niño que entiende todo camino de belleza como viaje hacia lo inefable, como directa conquista de lo azul, como encuentro definitivo de la transparencia... El Artista y el contemplativo en Arte han santificado su sentimiento, han hecho de su alma eminente blancura, han consagrado para siempre el ser en trascendencia bellamente sutil como los pétalos que despeta la aurora, como el copo viajero de los primeros pasos de la luz...

La Danza, Arte de retorno por el bello espíritu de la cristalina niñez, es el que mejor cumple este destino absoluto de belleza... Porque el niño tiene dos manifestaciones de inicial claridad de espíritu: el canto y la danza, una danza sencilla, ingenua, puramente imaginativa de su ensueño inicial, pero que está trayendo a memoria la presencia del ritmo que le viene desde tiempos perdidos en el tiempo. El niño que persigue mariposas en los campos sonrientes, que salta

encantado bajo el sol, que hace ingenuas cabriolas de alegría junto al agua llena de poemas, es el sincero artista de la danza que sueña aquello mismo que el Arte exquisito dirá mañana en las estilizaciones que vuelven más pura la pureza y más clara la claridad....

Desde que la danzarina, hundida hacia sí misma en el ritual imponderable, siente fraternidad de brisa y aromas, cumple el destino esencial de la Danza: ensayo de ala, intento de vuelo, deseo de integrarse al cielo puro que los espíritus cobardes y oscuros no entenderán jamás.... El leve pie de la ejecutante apenas acaricia la tierra, porque está soñando en el aire puro donde la luz anda también descalza de ternura y es el ambiente tesoro de alas para el ensueño.... La danzarina es un intento de fuga hacia la altura; intento que cumple en verdad: existe un instante de hermosura total en que, no obstante tenerla a nuestra vista de humanas pupilas, la tenemos más a vista de las pupilas hondas del espíritu.... Y éste es, precisamente, el momento de realización perfecta de belleza: el espíritu de quien por el ritmo está creando luz y fragancia y el espíritu de quien hubo de seguirle en la emoción incomparable del Arte, se dicen esas cosas que el oído sellado para las verdades eternas no sabe oír.... Por este modo, la Danza cumple no solamente apostolado de belleza, sino conquista del éxtasis que lleva el espíritu individual a ser uno con el todo....

La Danza purifica el espíritu definitivamente..... Después del instante supremo, cuando la danzarina retorna más clara, más hermosa, más infantilmente sabia, más dulce de verdadera dulzura, con las pupilas llenas de nubes y la melena eternamente poblada de luceros, sonriendo con ingenuidad de flor o vertiente, os digo que el alma se siente clara, tan clara como para olvidar en bello olvido la negrura de quienes no entendieron el rito perfecto....

La Danza ha entregado al mundo el estado de infantilidad más perfecto.... Ese estado de esencial pureza en que la hermandad del agua, de la luz, de las estrellas es sueño que más tarde el Arte realiza por modos y caminos que embellecen la vida para siempre....

LA DANZARINA

Está vestida de blanco, casi intangible en su afán de vuelo y

conquista de lo más alto..... Tiembla aún en la hermosa orilla de Música, tiembla devotamente porque sabe que pronto ha de ser ala esencial empapada de melodía.... Hecha toda de luz de sí misma y de hallazgo de la luz en armonía, iluminada hacia las pupilas y llena de lirios en la frente.... En sus manos maravillosamente sensitivas hay un juguete de nubes que va despetalando con sencillez de conocida margarita.... Está sonreída y clara, con una claridad absoluta de alma que es tan sólo la santificación en Arte.... En sus labios menudos, el rosa tenue es apenas variación musical, especie de mínima rosa nacida por milagro del ensueño.... La brisa de la armonía agita su melena clara mansamente emocionada de viento.

Está toda ella clara.... Con una claridad conquistada en los dominios musicales que sólo son almas más grandes que su alma.... Y, de pronto, por sobre el mar de melodía que canta su canción de eternidad, olvidando la atadura a tierra por el leve pie infantilmente angelical, gaviota emocionada de luz, rinde distancias y se torna compañera de la luz que anda soñando la más alta altura.... Su presencia es entonces de eminente ternura, prodigiosa de dulces conquistas de lontananza.... Por sobre el mar de la divina Música, traza la teoría del vuelo, alada fuga de sí misma..... Es como esas cartas que nunca se escribieron, porque las palabras no podrían traducir los íntimos temblores del espíritu, como esas cartas pensadas y que se encomiendan a las nubes para que las digan al oído distante en su maravilloso silencio musical....

Ahora conquista un bajel de nubes, ahora escribe con sus manos agitadas deliciosamente el mismo tema que vendrá a dar color clarísimo a las rosas y ternura de mejillas frescas a los jacintos... Ahora encuentra la propia esencia de su blancura: más allá de su túnica de gasa que besa amorosamente la brisa hay intuición de pétalos....

Se la siente, se la siente más allá de lo visible, en lo más íntimo.... No importa que se cierren los ojos momentáneamente: sigue sobre su mar de Música pura, sigue viviendo en el cielo del alma....

Gaviota emocionada, copo de pétalos mansos, clarísima claridad.... El mar se va aquietando porque la dulce conquistadora de

la inmensidad vuelve a descansar sus pies de seda en la armonía.... Bajo la luz, la danzarina es un tesoro de distancia, un tratado levísimo de nubes y alas, un retorno a los tiempos que supieron bellamente encontrar la luz..... Sigue sonriendo, ahora con más claridad, con diáfano recuerdo.....

Está vestida de blanco.... Y el ambiente y el alma florecen blancura para siempre....

ALA DE MÚSICA

Ala maravillosa, ala es la Música....

En medio de una sutil fragancia de silencios, la melodía surge, surge como un milagro, como la luz que el alma ha de decir en su morada suma..... Ala hecha de ternura, de infinitas nostalgias, de dulzura, de un espíritu de pétalos deshechos en armonía pura, de una definición divina que el cielo del sentir para siempre perfuma.... Ala que cruza azul el infinito, ala que besa aún la triste bruma y la llena de dulces esperanzas hacia el reino de luz, hacia la albura, hacia el designio de las madrugadas que tejen y destejen en la altura el beso de los lirios, las leves margaritas de las nubes, el rocío que el sol en flor define, la enredadera fresca y el cristal sonriente que en el río pequeño besos hunde....

Y de pronto, esta ala azul, maravillosamente azul hacia la altura, levanta en su leve sentir de pétalos insinuado la sencilla oración que va a las nubes, una oración temblante, una oración que sube y purifica la distancia, una oración que tiembla inmensidades y, al propio tiempo, parece apenas gota de rocío que besara la luz de las alturas.... La danzarina asciende sobre el ala, sobre el ala de Música, copito apenas de sutil fragancia, alma menuda y tierna de la espuma.... La danzarina que besa en su destino inmensidades, que hacia los ojos lleva inmensidades de infantil emoción, de gracia suma, de encuentro de los reinos prodigiosos que por la brisa del azul descubre.... La danzarina es oración perfecta: sus bellos pies desnudos, rosas en cita, patria de la gracia, enamorados de los cielos puros, besan el ala pura de la Música y de ella son besados hasta tornarlos alas con directo destino a las alturas.... Los bellos pies desnudos, acariciantes de la melodía, niños que sueñan con cielos azules, defi-

nición de la pasión del ritmo, besan en armonía el milagro inefable de la Música, y se van sobre el ala musical llenándose de luz, de caricias de brisa, de ternuras que sienten las distancias cuando viven sus mansas dulcedumbres....

La danzarina es también un ala sobre el ala de Música.... El instante confunde las bellezas en la belleza suma: Música y danzarina, armonía del ala empapada de aroma de sonidos y armonía de la dulce soñadora de altura, nubes que marchan en rebaños tenues y suaves pies desnudos, todo, todo confunde el instante supremo de ternura....

El espíritu tiembla emocionado..... Quisiera conquistar apenas una, una sola de estas maravillosas realidades que se hacen ya fragancia, fragancia espiritual, fragancia pura.... Quisiera detener el ala musical, el ala suave, que dice tantas cosas al oído del alma, que la llena de verdaderas voces, de auténticas palabras sin palabras, de esas inmensidades que se hunden en el alma para nunca partir, ya nunca, nunca.... Quisiera detener la nube que viaja esparciendo un aroma de pétalos en la diafanidad de las alturas.... Quisiera detener la oración ingenua y clara de la danzarina, su sonrisa hecha apenas de alma de pétalos sensibles, su marcha en ritmo de infinita gracia, su deliciosa eternidad, su poema perfecto de armonía, la voz de la belleza, la voz suya.... Quisiera detener los pies desnudos, los pies que besa el ala de la Música, pastorcillos de Música y de nubes....

Y he aquí que la pasión del espíritu altamente sagrado de perfume conquista para sí todo lo ansiado, todo lo deseado en los deseos puros: el instante perfecto queda ya para siempre en sus mundos azules, en el mundo inefable donde la danzarina, el infinito azul de la armonía, el sonido silencioso de los bellos pies desnudos, son Música, Música, Música....

NACE UNA FLOR

El sol ha besado el botón: ebria de su propia ternura, llena de su mismo aroma, emocionada de su realidad con destino al vuelo en el aroma, la flor abre las alas de sus pétalos, se entrega deliciosamente sensitiva a las caricias de la luz.... La corola de inefable

blancura es un poema de amor: sobre ella la luz juega sus variaciones silenciosamente musicales y el beso de la distancia le enciende en armonías....

Llega la brisa trayendo en sus manos infantiles los recados de la más bella sencillez: el recado del viento que se dulcificó en amor de mansa caricia, el recado del agua que se transformó en estrofa transparente, el recado del aire que se llenó de alma de cielo, el recado de la primera palabra de las nubes y la primera palabra de las alas.... Todo para besar apasionadamente la flor, para llenarla de sencillo amor, para poblarla de ensueños.... La flor es dulcemente acariciada, casi en juego infantil que apenas pone emociones ingenuas en el divino beso.... La flor recibe la caricia y la devuelve: sus pétalos se agitan en la brisa y besan la brisa, la besan con cariño puro, don cariño enamorado de la perfección perfumada de distancia....

La flor vive la inquietud de su temprana amanecida.... Se siente blanca, tan blanca como para poder llamar a las nubes y al copo de aroma que sueña en la espuma del agua clara.... Se enamora del cerezo que floreció fraternidad clara y ahora es lluvia de dulzura.... Se prende de ilusión intensa ante el ave de alas impolutas que tiene su misma vocación de altura y cielo.... Pero su pensamiento, de pronto, descubre algo más bello en su propio ser: es más alada que el aire, porque su aroma conquista distancias con alas intangibles.... Es más clara que la espuma del agua, porque sus pétalos, mejillas de mayor suavidad que la seda y el sueño de la seda, sacuden gotas de rocío, espejitos en que se mira y mira lo azul.... Es más delicada que la flor del cerezo, porque ésta tiene permanencia junto al árbol antes de caer para morir a flor de tierra, y ella juega con el viento y abraza la brisa y la distancia, porque tiene pie de ángel que le inclina hacia la buena tierra y también la deja mirar la altura hasta que el cielo sonría su sonrisa más pura de luz....

La flor emocionada se traduce toda ella en ritmo, danza la danza de la blancura eminente, la simple danza del amor por la ternura del perfume, del destino de ser pupila con aroma, mejilla infantil en que el rocío ensaya sus espejos tímidos y la brisa deja besos de ingenua claridad....

La flor se enciende de armonía, agitando sus pétalos menudos hacia todos los horizontes y enviando a la distancia el mensaje de su tenue alegría encantadora.... Es una niña que juega con vestido de percal y es una novia que sueña el beso vestida de seda, de sutilísima seda que es delicia del tacto del viento.... Se siente poseída del perfume de la hora y perfectamente profunda.... Ríe, y se deshace en el aire la cinta clara que ataba sus cabellos angelicales.... Sueña en el ingenuo ritmo, y se riega en el aire un temblor puro de besos....

Nace la flor.... Es la danzarina que se llenó de Música, porque en la danza, el cuerpo es el instrumento maravilloso y exquisito por el que circula la melodía....

Nace la flor: yo la he visto nacer y sentirse dulcísima de toda dulzura.... Yo he visto a la danzarina ser flor con más alas, ternuras y perfumes que la flor.... Mientras sus manos apasionadas crean la realidad de los pétalos, su cuerpo se ilumina de armonía encantadora y sus lindos pies descalzos son espuma de ternura en la melodía, tenues rosas palpitantes que besa la Música....

EXTASIS

Había cerrado los ojos.... Su melena de maravillosa belleza nocturna se abría como mensaje de seda hacia la distancia sin distancia....

No, no estaba su alma en fuga por el reino admirable.... Por el milagro de la melodía, por el puro milagro de la Música, había conseguido llamar a su alma verdadera, a la que es flor de blancura eminente, a la que se le iba por la altura y sólo ahora descendía apasionada y tiernamente sobre su sacrificio en arte perfectísimo.... Y no sólo su alma actual, la del instante de su edad dulcísima de los presentimientos: muchas almas en comunión, muchas vidas de anteriores bellezas fundidas en una sola magnificada de armonía....

Había luz en su frente de palidez exquisita.... En ella se leía toda la historia que no puede decir la palabra.... Era una cita de almas de nardos y almas de lirios, algo como infantilización completa de las flores y, al propio tiempo, sabiduría eximia de las flores

en su más diáfana diafanidad... Había tal claridad en su frente que toda ella era patria de pureza y aromas, así como el sueño de la paloma que entrevé vuelos más allá de los cielos hermanos de sus alas, así como la ternura de inclinarse sobre el agua callada de la montaña y sentir que está diciendo la palabra transparencia...

Había cerrado los ojos... De tal manera que la noche de seda de su melena estaba sola, sin la noche de seda de sus pupilas... Las pestañas eran cárceles dulcemente suaves que atraían sencilla y dulcemente al ensueño... Los ojos cerrados eran el viaje hacia sí misma por el camino de la melodía, mas también el viaje por el mar azul de los descubrimientos, ese otro viaje más allá de los límites de la sangre de estrellas que llaman sentimiento, el viaje hacia la bella distancia del Misterio...

Era una niña, una colegiala que oraba en la intimidad de su sagrario... Y, sin embargo, era la mujer de los conocimientos estelares, pauta sensitiva de asombro en la que se oía apenas ese rumor musical que el heleno entregara al discurrir de las esferas... Era la dueña de lo inefable, de lo que no tiene expresión en los idiomas, de aquello que tiene un solo camino supremo: el de la Música...

Estaba como dormida en su propio sueño de eternidad y en el sueño de sencilla eternidad de las flores... Era un ser más allá del ser y un vivir más allá de la vida...

En la escena penumbrosa ella era la luz... Las pobres pequeñas lucen de las candilejas simplemente habían desaparecido... Ella era la luz en medio del asombro, en medio de su propio esombro... Era tan maravillosa y delicada, tan frágil y diáfana, que producía el temblor de las apariciones, ese infantil temblor de que la presencia se desdibujara en el primer cambiante del pensamiento... Era tan pura y transparente como un copo de luz prendida en el amor de la imaginación...

Fue un instante eterno... La Música dijo su morendo en delicadeza infinita... La danzarina cayó de rodillas y elevó los pétalos temblantes de sus manos, mientras la melena caía, noche de seda suavísima, como oscura caricia sobre el rostro apasionado...

Después... El silencio sonoro ya sólo en lo íntimo, el espíritu viviendo Música más allá del incendio en llama pura de la orquesta... Desde mi alma se elevaba el humo sencillo del amor por la belleza...

LUZ EN EL ALMA

El juego de luces llueve efectos suavísimos sobre la danzarina, acariciando sus formas idealizadas en el instante, besando sus gestos delicados, poniendo en el ritmo variantes de matices... Pero esto es puramente exterior, casi se diría ajeno al momento supremo si no fuera amor sobre la delicada autora y dueña del amor musical... Estas luces que nacen en los escenarios, desde más allá de la soñadora exquisita, son apenas motivos mínimos, como el soplo de la brisa o el suspiro leve de la distancia...

Ella, la danzarina, ha de ser la luz, ha de ser la teoría del matiz en toda su gama de maravillosas sensibilidades... Ella misma, igual que la blancura, ha de poder pedir a lo claro los tonos integrantes, de tal manera que el color esencial de la pureza en sentimiento entregue dulcemente los temas que integran su realidad extraordinaria...

La danzarina ha de citar la luz, esto es, ha de darla a los apasionados amantes contemplativos del Arte, ha de traerla desde su alma, en donde residenciada está la pura maravilla de la luz...

En el momento de la conquista de los pétalos, cuando el alma vuela por los campos de la Hélade sagrada, cuando la corona es de azahares del desposorio con el cielo más claro y alto que tiene el mundo, la danzarina ha de ser el matiz de lo claro, de lo transparente, de lo que parecería espuma si no fuera nube; de lo que sería ensueño si no fuera sencilla inmensidad...

Cuando es la hora de las meditaciones místicas, entendida la mística no en los convencionales caminos de sistemas particularizantes, sino en el hallazgo de lo esencial en lo profundo del espíritu y en lo profundo del universo, ha de inspirar ese suave matiz violeta que es como florecer trascendente ternura cósmica, como ser aroma más allá de los intangibles aromas, como arrodillarse el alma y de-

cir la suprema palabra que no hallará traducción en los idiomas que hablan los hombres....

En el momento de infantilidad, allá en el jardín de la carrera emocionada tras las mariposas y las hojas que vuelan su vuelo de pequeña quimera, cuando el oído interior se afina de tal modo que escucha el vuelo de los ángeles y el paso de pies desnudos del rocío breve, ha de entregar el tema azul, azul de cielo puro, de cielo que estrena su primer vestido de gasa sutil luego de la bella inocente desnudez de la aurora....

Hacia el ensueño tierno de las primeras lágrimas, cuando en los cielos pautados de estrellas un solo suspiro puede encender de perfume la noche temblante, en el momento de los deseos ingenuos, de los rizos en las mejillas tiernas y las pestañas cerrándose para abrir las pupilas a la dimensión clara del sueño, ha de enseñar el matiz rosa, el mismo matiz de las corolas que copiaron todo el cielo en su dulzura y todo el amor distante en su fragancia....

Cuando el beso fue dado ya, después de la enseñanza sabia que sólo se transmite de labios a labios quemantes en delicioso fuego que no quema y quema, sin embargo, en el momento en que las bocas frescas son una sola pequeña locura, cuando la sangre canta su canto más apasionado y es la vida el tesoro verdadero que ya no se repite nunca, ha de ser tema en rojo intenso, más allá del rojo de la gama que ven nuestras pupilas, un rojo esencial de sangre que aprendió el camino de las estrellas, un rojo como el de esas flores que parecen besos detenidos en pétalos....

En el instante de meditación, cuando la idea nace en la silenciosa cuna del pensamiento, ha de tener color de mar, color de ese momento en que piensa el mar.....

Habrá también instante gris.... Cuando la vida vivida a plena emoción trae su consiguiente regalo de tristeza.... Cuando el alma lleva sus heridas íntimas, cuando se anuncia un cielo lluvioso y las lágrimas que no se ven en las pupilas adorables empañan musicalmente los cristales del recuerdo....

Gonzalo Zaldumbide o la Sencillez Realizada

¿A qué título pretendo, profano como soy en alta crítica, rozar temas de estricta especialidad estética, motivos de alta condición estilística, asuntos reservados a los maestros de la intelección literaria? Pues a uno solo, nacido de un contacto inmediato con la obra de Zaldumbide, al efluvio que emana de una prosa cuyas claridades, por ser tan diáfanas y naturales, pasan inadvertidas al lector que las devora sin darse perfecta cuenta del hecho de devorarlas, como el paisaje absorbe, sin hesitación alguna, la pura luz matinal.

Intitularia estas líneas con las siguientes palabras: claridades sobre la prosa; título sugerido por el escritor francés que escribió sus claridades sobre la poesía. Pero mi ánimo es aclararme yo mismo, explicarme cómo el lector se deja atrapar en las redes de la prosa y cómo ha de ser ésta para dominar al lector menos respetuoso de la forma.

El apresuramiento nos obliga a mirar el contenido, muchas veces sin reparar en la calidad del vaso en que bebemos. La información y la publicidad nos obligan a digerir grandes cantidades de lecturas que nos nulitan para la lenta asimilación, y nuestra afanosa vida utilitaria exige tomar y retomar con velocidad aquello que, por su naturaleza, debemos saborear lentamente. Estamos enfermos con variado tipo de fiebres, pero el más destructor de la calma o de la despaciosa destilación espiritual, sin duda es esta clase de afiebrada lectura, precisa e indispensable.

Los más leemos con la concreta intención de ganarnos la vida. Casi no perdemos el tiempo con la lectura despaciosa y el cuidado de la forma. Remeros forzados en la galera de nuestra época, nos echamos sobre el contenido, sin que el ánimo o la necesidad nos deje reposar sobre el continente. Para el profesional o el catedrático, lo mismo que para el gran vulgo, la lectura se ha convertido en el suplicio de Sísifo.

Vivimos tomados de esencialidad, si así puede expresarse un lector en mitad del siglo existencialista. Buceamos en los libros y, como los buzos, desfigurados por fuerza y premunidos de una formidable corteza protectora, vamos insensibilizándonos cada día más, al buscar las pragmáticas verdades fragmentadas, que nos hacen perder la suprema verdad de la belleza.

No nos causa ya repulsión el libro repleto de barbarismos, de cacofonías, de irreverencias a la sintaxis, a la lógica o a la estética. Basta que un libro nos satisfaga utilitariamente, con lo cual se redime de todos los crímenes implícitos en sus páginas literariamente abominables. El empleo creciente de multitud de textos escritos o traducidos en países de avidez comercial implacable y lanzados sobre los nuestros de manifiesta debilidad económica o editorial, nos vuelve obligatorio el empleo de tales textos iletrados y, con ello, nos hace indispensable el desuso de la gramática y la asimilación de la chabacanería o del gusto rastrero o de la inopia literaria.

La forma, es decir la forma lógica, estética o estilística, rueda por el suelo de los editores y expendedores de tal producto, y no sólo rueda por el suelo de estos lugares, sino mancha el cielo de muchísimos libros de literatura traducidos copiosamente, a tanto la página, por las editoriales americanas poco escrupulosas en la escogencia de traductores que sepan, a más del idioma extraño en sus formas triviales y literarias, un sencillito respeto a la decencia más elemental de su oficio.

*
* *
*

El introito que acabo de poner al tema, introito obligado por los hechos cotidianos, tiene el acento de un **de profundis** antes que el de un himno jubiloso de entrada a la prosa de Zaldumbide; prosa

que merece los más cálidos afectos porque nos reconcilia con la eterna, con la inagotable fuente de claridad del pensamiento; prosa en la que hallamos al artista, al artifice, es decir al sabio monarca de su oficio; prosa donde descansa, como al fondo del diamante, la posibilidad del destello y de la más pura crítica de la luz.

El diamante exige, naturalmente, el rayo de luz; este rayo le viene de fuera, como es propio; porque encerrado en la tiniebla es incapaz de vencer su equívoca realidad de entraña del carbón. Por eso, el diamante constituye la más deslumbradora pasividad. Entonces, mi comparación no rige por aplicarse a la prosa, activa en sí y activadora. No rige, pero deja un comienzo de intelección del tema, pues sobre toda prosa incide, también, la causa externa de la lumbre mental de quien la lee. La diferencia entre diamante y prosa finca en la necesidad de contagiarse con luz, con la luz de la prosa, que siente la mente lectora para comprender, modificarse y, hasta, transformarse al contacto de la insinuante claridad.

Y he aquí el primer problema de la prosa: reflejar y convertirse en prisma de refracción total. Problema doble, a la más simple apreciación: reflejar hacia fuera, sobre la pantalla del lector, aquello mismo con que es capaz de iluminarse o de refractarse desde adentro, sin dejar en su condición verbal un solo punto de sombra o un solo grumo de opacidad. Buena prosa llamamos, con la eterna manera de llamarla, a una claridad exacta que dice todo lo que trata decir.

El verso puede y hasta debe escamotear algo. A veces todo. Porque en el verso acecha una invitación constante al despiste o un reto al desavío. El poeta cuenta entre sus poderes el de burlar al lector, y en ocasiones necesita de este recurso para darle a beber con más satisfacción el néctar del ensueño. De allí la pérdida de calidades intrínsecas en cualquier tipo de poesía didascálica, moralizante, teorizante, mensajera de esto o de aquello. A despecho de quienes utilizan la poesía para fines anti o extrapoéticos, la poesía debe ser, simplemente, poesía.

Decía que el poeta puede desaviar al lector, escamotearle la verdad o, quizás engañarle. Pero entendámoslo. Así como la esencia de la prosa consiste en ser verdad, coincidencia de palabra y pensamiento —qué mayor verdad cabe, literariamente hablando—, la lógica de

lo poético tiene un lado de ilogía. El poeta pretende ignorar la lógica, lo hace con la doble intención de encontrar el resplandor de la verdad por otros caminos, un tanto divergentes de la dialéctica estricta. Pero, cuidémonos bien: el poeta no puede, ni a título de broma, de pose, de astracanada o de lo que sea, despreñar la lógica en sí misma. Si es que el poeta la olvidara en realidad, caería en el caos mental, no sería poeta sino un miserable embriagado de palabras sueltas.

En cambio la prosa, aún la más irónica, si es prosa de verdad, vive gracias a una factura estrictamente seria: dice lo que dice. Refleja y refracta. Reflejar y refractar son dos formas de un proceso de iluminación infrangible. Con términos exactos, los estilistas llaman a esto: significante y significado. Me detengo ante estas complicadas palabras y no paso de su vestibulo que da entrada a recintos filosóficos bastante recoletos. Prefiero rondar en torno de la misma prosa de Zaldumbide para resolverme, íntima y personalmente, este primer problema de la prosa.

*
* *
*

Acudo a la fuente indispensable, es decir al mismo Zaldumbide. En el estudio que dedica a José Enrique Rodó, por tratarse de un tema que viene aquí muy oportunamente, o sea por tratarse del estudio de un estilista por otro estilista, se hallan estas palabras precisas:

“No se interpone (habla de Rodó) entre la idea y el lector, para hacerle admirar la **manera** antes que la verdad o la necesidad de lo que ahí dice. En vez de alzarse a dominar e imponer al objeto el molde de la personalidad o la fórmula del estilo, quepa o no quepa en ellos, confúndese en cierto modo con su naturaleza y subestructura. No lo realza con ningún falso interés, ni lo exalta en tensión artificial...”

“En Rodó, éste (el artista) se amolda al asunto con una lealtad que llamaríamos objetiva, si tal término no pareciera inútil pedantería para expresar la entereza, la buena fe, la sumisión cordial a la veracidad de lo que se trata. Así, no es él lo que ante todo tenemos delante, sino la cosa en sí misma. Y tan sólo al buscarlo damos con él”.

He aquí el precepto difícil: la obligación del buen escritor de anu-

larse ante el asunto, porque debe arder en claridad primero el asunto antes que el autor. Los escritores bisoños —y hay quienes después de cuarenta años de oficio siguen siéndolo— siempre dan en la flor de exhibirse constantemente en una suerte de exhibicionismo que no es sino la más ruin mascarada del **Ecce Homo**. Quienes escriben con el ansia de ponerse de relieve, de crearse una personalidad a toda costa o de encumbrarse sobre lo que piensan o dicen, por enfocar la cercana realidad de su personal detalle, pierden de vista o dejan en penumbra los dos extremos permanentes del acto creador: el extremo de la verdad objetiva que intentan crear, y el extremo de la intimidación subjetiva mediante la cual ejercitan la creación.

Dicho en otras palabras más sencillas: piensan o conciben mal, y se expresan de manera peor. De ruin manera, tanto que el objetivo marra por la equívoca circunstancia en que se coloca el autor. En apariencia quiere mostrar una obra suya, creada por él; pero únicamente persigue mostrarse él, el autor, iluminándose en primer término y dando al asunto la indirecta iluminación o la luz de sobra, luego de haberse bañado en claridad. Escribir, en este caso, que es el caso general, se convierte en la vanidad de echar el **boumerang** para tener el gusto de recibirlo, o sea en la vanidad del reflejo, sin el interior destello de la refracción.

Si los asuntos de la estética lograran caber en los límites de la ética, este difícil precepto merecería el nombre de precepto de la humildad creadora. Y en virtud del mismo, el escritor debe inclinar la cabeza ante los seres, ante las ideas o ante los sucesos. Aun la ficción ha de valer para él, en el instante creador, como una verdad que tratará de mostrar tal como la vió o la sintió, es decir con humilde sumisión al hecho fingido o fantaseado. Si el ensueño no se bebiera con la perfecta conciencia de que es un ensueño, se revolvería en contra nuestra y nos clavaría el puñal de la falsedad más desconsoladora.

Hay quienes llaman a este precepto con el nombre de precepto de la sinceridad. Con todo, creo que la actitud humilde ante cosas e ideas, ante personas y actos, vale más que la otra, sin que me atreva a desfigurar el paradigma del hombre sincero. Concedo más altura estética y más fuerza ética a la humildad creadora, porque en ella no cabe teoría alguna que ofusque o desenfoque los dos extremos del

acto creador. Presumiendo de sinceridad, con frecuencia, los faquires del verbo, a título de vino generoso, dan a sus devotos el licor sofisticado del odio o de la falsía. El escritor humilde entrega el don de la verdad sin hacer alardes de ello. Cumple con el deber de iluminar sin que cobre estipendios por ello. Es luz, luz diáfana, luz de diaphanidad gratuita donde se encienden las cosas sin que se oscurezcan los hombres.

*
* *
*

Entonces, ¿desembocamos en el realismo, en el naturalismo o en aquello así llamado a fines del siglo anterior? Porque el acatamiento de las cosas tales como son, el someterse a ellas sin remedio, el no eludirlas sino, más bien, el transcribirlas o el copiarlas entra en esa escuela de repetición de la naturaleza, bien practicada y deslindada por los novelistas franceses que llevaron al último extremo la vieja doctrina de la *mímesis* aristotélica, sin duda para demostrar que los postreros límites en este orden de realidades son siempre la puerilidad o la decrepitud de un género o de un estilo.

El arte de puro objetivismo o de imitación y copia exacta, el arte de detalle, sea a cuenta de realismo o de naturalismo, de igual manera que el arte de iluminación personal vanidosa y nula, si quiere responder a la pregunta fundamental que he recordado en estas líneas, constituye una respuesta unilateral. Lógicamente no se ha adelantado nada, si por medio de la enseñanza de estas escuelas de elaboración estética, intentamos explicar la verdad de la prosa literaria.

La doctrina realista de Aristóteles, de la que emanó la teoría de la *mímesis*, encuadra las cosas en el terreno exclusivo de la filosofía, pero las desenfoca al mirarlas en el campo de la creación literaria. Aristóteles, lógico y sistemático en sus pensamientos, contrarió a Platón por haber querido éste que las cosas se duplicasen, con la teoría del arquetipo, en el orden del conocimiento; pero el mismo Aristóteles reduplicó las cosas, con su *mímesis* o imitación servil de la naturaleza, en el orden del arte.

Según el maestro del realismo crítico, el conocimiento es la igua-

lación de la mente que conoce con la cosa conocida; sin duda, la doctrina vale en el campo de la teoría del conocimiento, acaso con una fuerza que no logrará ser respuesta. Pero en arte el asunto cambia, y cambia porque se trata de poner la cosa y no solamente de entenderla. En arte exigimos algo que antes no estuvo y que, para determinar un estilo de captación mental, debe ser puesto, allegado o, por lo menos, reelaborado, vistiendo siempre clámide luminosa y demostrando armonioso ordenamiento, pues de otro modo no cumpliría con la condición literaria.

Véase cómo Zaldumbide juzga el realismo. Transcribo del *Elogio a Barbusse* el pensamiento del escritor quiteño sobre este asunto, en cuya entraña ha penetrado lleno de amor por la verdad y por la vida:

"En una literatura como la moderna, en la que la atención se dispersa sobre la cambiante multiplicidad de los detalles y pierde de vista las grandes líneas eternas de la vida y del mundo, no puede menos de sorprender esta obra —la de Barbusse— que deliberadamente ignora las contingencias individuales para no atender sino a las profundidades elementales y simples, de ordinario ocultas a los ojos del artista, tras la engañosa y multicolora superficie de las apariencias sensibles. La tendencia a agotar un asunto bien delimitado, a analizar un carácter atomizándolo hasta en sus mínimas adherencias e indagando sus orígenes remotos, ha borrado las grandes perspectivas del destino humano, y ocupada en desmontar el mecanismo de las acciones, ha dejado casi intactas las reservas de misterio en el interior de las almas.

"A pesar de la voga inmensa del realismo, —del cual el naturalismo zolesco no fué sino una excrecencia monstruosa, y en cierto sentido, admirable—, algunos espíritus clarividentes presintieron que la verdad llamada entonces realista no era la que podría nutrir por largo tiempo un gran arte ni satisfacer las más altas —que son las más tenaces— aspiraciones humanas. La reproducción exacta y minuciosa de la vida corriente, si bien ejercitaba y lucía la habilidad de los artistas en dar relieve y colorido nuevos a cosas neutralizadas por el trato cotidiano, no ofrecía el ambiente que buscaban los que acuden al arte con la necesidad, más o menos consciente, de cambiar la vida, de reposarse en la realidad; necesidad que no es peculiar a las almas aquejadas de un incurable idealismo, sino común a todos aquellos que, no satisfechos con lo que les rodea, quisieran simplemente otra cosa, o, por lo menos, una visión nueva, una interpretación más honda de sus vicisitudes.

"La mera reproducción de la vida aparente no nos satisface, no puede satisfacer por largo tiempo; y, de ser practicada como canon exclusivo, redujera el arte a muy estrechos límites. En toda creación del espíritu buscamos, naturalmente, un significado trascendental, una visión nueva del mundo, una revelación de los misterios del propio corazón, pero no en sus yerros accidentales, sino en su ley, en su ritmo vital: por eso, amamos tan sólo con amor durable las obras que nos dan de nuestro destino, en reprobación o en apoteosis, en esperanza o en desolación, una imagen transfigurada".

Si esto se piensa y dice, noblemente, del arte de sujeción a las cosas, del realismo que se limita a repetir las en su aparente conjunto o en el complejo de sus detalles, ¿cómo deberá tratarse al realismo deformador de los seres, al realismo que los ahoga en torrentes de ciego y se permite llamar a aquello con el mal nombre de realidad social, arte de denuncia o literatura de mensaje? A tal guisa de expresión literaria le vendría bien el nombre de maniqueísmo estético, porque hace del mal sustancia y de lo feo cabal existencia; olvidando el hecho incontrastable de que, para la mayoría abrumadora de las gentes, la noción del mundo no implica la de la existencia positiva y determinante del mal y de la fealdad. Para consuelo nuestro, el mal sólo asoma donde el bien se ausenta, y la fealdad domina sólo donde se frustra la belleza. Es decir que lo malo y lo feo son la manquedad y el fracaso.

¿Podrá darse con una ausencia o con un descalabro —como son lo malo y lo feo— la explicación de verdad que demanda el problema de la prosa? Porque el asunto, tal como está planteado es este: ¿qué lleva en sí la prosa literaria para obligarnos a los lectores no solamente a ver lo que ella quiere mostrarnos, sino para retenernos en ella misma y obligarnos a leerla en su nuda condición de prosa? A nadie, sino a un iletrado, se le ocurrirá que los libros de literatura se leen únicamente por lo que dicen o muestran. El afán general —muy venido a menos por las tendencias y condiciones actuales— es la búsqueda, la persecución de la hermosura ínsita en el mismo decir o en el mismo gesto de mostrar.

Si una novela, por ejemplo, sólo muestra realidades sociales y humanas, o lo que así ha dado en llamarse, y olvida embellecer el acto demostrador, por humana y social que sea, en vez de novela parecerá texto didascálico para uso de adultos ingenuos que jamás

se ejercitaron en el arte de ver el mundo con ojos propios, o que nunca lograron echar lo dicho por ótro en el corrosivo de la crítica interior. Será la tal novela un texto de falsa pedagogía o de falsa sociología escrita por pedantes, por limitados escritores incapaces de ver las cosas más que en uno solo de sus lados, o incapaces de tomarlas por sus dos cabos con ambas manos. Lo cual no resulta extraño, porque la pedantería es hija predilecta de la segmentación del conocimiento o del criterio.

* * *

La prosa literaria no se define, pues, sólo por el autor y su personalidad, o sólo por la dosis de realismo que transporta o indica. En el primer caso sería, apenas, explosión documental de autoanálisis, con ciertas limitaciones, sin que nos sea doble abstraer lo que trata de encubrir o de agigantar. En el segundo, mero índice de las cosas externas, sin que podamos prescindir de los errores de todo indicador. Pero en uno y en otro caso, fallaría como empeño creativo y como red en que dé caza a nuestra esquiva actividad de lectores apresurados.

De todos modos, queda en pie una verdad: la prosa literaria, el acto creador de belleza literaria, arranca de un autor y alcanza un objeto, y desde este mismo objeto se dispara contra el lector. Ahora bien: ¿en virtud de qué fuerza se produce el disparo, y en razón de qué motivo, aquel lanzamiento ha de dar en el ánimo de quien lee hasta captarlo y subyugarlo? Una respuesta más usual asegura que en virtud del estilo, es decir en virtud del modo cómo lo escrito se insinúa y se mantiene. Esto, lamentablemente, es cierto porque existen escritores que viven sólo por las condiciones del estilo, que es un mecanismo —todo lo bello que se quiera—, un simple mecanismo destinado a durar, cuando se logra bien, pero a durar como dura un elemento químico.

Esto del estilo es en sí ambiguo modo de lucir o de ocultar las cosas, pues a la mera enunciación de la palabra se desata un torrente de cuestiones, con frecuencia soslayadas o casi siempre desconocidas por los que acuden al término estilo, como a una tabla de salvación. Diciendo estilo, a secas, nada se dice, pero limitando el

término al estilo literario, creen algunos críticos de letras que se trata, sea de un modo de producir, o sea de un reflejo del creador en sus creaciones. Con lo cual, explicar dicho término, se vuelve difícil por la singularidad que, lógicamente, debe tener el estilo en cada caso. No hay estilo reductible a otro estilo porque, y empleando el lenguaje orteguiano, es intransferible y personal, no puede desplazarse de un creador a otro ni dentro de la misma escuela, así sus componentes sean lo más afines entre ellos, o así se diera entre los mismos una intercomunicabilidad de ideas y pensamientos más allá de todo lo usual.

Pero éste es problema aparte. Aquí me interesa indagar por si la prosa literaria puede definirse con la calidad del estilo. A lo cual, **a priori**, contesto que no. El estilo es un modo, una apariencia, todo lo imprescindible que se quiera, pero modo al fin, vehículo y no piloto, instrumento de la creación literaria pero no la creación misma. Lo que sucede, constantemente, es que apresuradas observaciones del hecho literario, conducen a identificar la artesanía y el primor del estilo con el acto creativo, poderoso y complicado, que reside más allá del estilo, sobre él, gobernándole y obligándole al servicio de la expresión.

Desde luego, tampoco se puede descontar el suceso frecuente de escritores que fincan todo su poder y su gracia en hacer estilo. Y al decir esto no me refiero sólo al preciosismo, al amaneramiento y a otros exagerados cultos de la frase. Me refiero, también, a miles de intentos de originalidad en la literatura y en las demás artes rítmicas y plásticas, donde la fuerza creadora de los artistas, reiteradamente se ha liquidado en el empeño de lucir novedades aparentes, o extremas estratagemas con qué dar caza a la emoción del público.

Por inexplicables motivos, o quizás por muy explicables motivos, el fundamento de la prosa literaria se ha hecho descansar en la musicalidad, en la eufonía, en el buen sonido de las palabras y de las frases combinadas con gracia y tacto, hasta dar un equilibrado y armonioso resultado acústico. Quizás mucho de esto sea indispensable para sostener la prosa en una altura digna de obtenerse, con el fin de distinguirla del trivial sonido de la conversación corriente o de la inexpresiva contextura de los libros técnicos y del estilo periodístico, donde los datos, los fenómenos o los sucesos, rebasan el valor íntimo, evocador y musical de las palabras.

Sobra, pues, el empeño del escritor por oírse o por escuchar cómo oye el lector aquello que ha escrito con la precisa intención de hacer sonoridad, música o belleza auditiva, rompiendo los límites fijos y duraderos entre las cosas y volcando la prosa en la música, a despecho de la sustantividad de ésta, y sin reparar que tal trueque principia por un atraco a la música y a la literatura, a quienes se ha arrebatado su esencia y perturbado en su función. La música es música, y la prosa es prosa. Quien confunde estos límites, desata el caos. Sartre ha indicado de manera categórica: "Si el prosista quiere cuidar demasiado las palabras, el **eidós** o la esencia prosa se rompe y caemos en el galimatías". Cuántos píos adoradores de la eufonía sólo son un grande y fatal galimatías....

En su libro sobre Gabriel D' Annunzio, nos ha dado Zaldumbide la clave de esta cuestión, sobre el cuerpo de un preciosista del estilo, a quien, luego de admirar, hay que olvidar con matemática regularidad, por la calidad siempre superficial y pasajera de la prosa eufónica, detenida en la piel de la eufonía. Dice:

"¿Por qué, pues, si la fascinación de su arte es irresistible, si su lectura nos embriaga como un filtro potente, por qué, una vez cerrado el libro, la embriaguez se disipa tan pronto y el encanto se desvanece dejándonos la cabeza hueca y en los nervios un especial cansancio, hecho de malestar y de tedio, como el de una larga espera burlada o el de un engaño prolongado con demasiada habilidad?"

"Lo hemos indicado brevemente: porque los defectos adherentes a sus cualidades las desvirtúan, a la larga".

"Tan continuo esplendor produce el ofuscamiento, tanta magnificencia no se halla exenta de monotonía; tan sostenida exaltación no es posible sin artificio; tan constante sublimidad de estilo no siempre halla una materia condigna; tanta enfática grandeza no va sin cierta falsedad".

"Además, el lector no puede olvidar que tiene entre las manos un puro objeto de arte, exclusivamente fabricado para adorno y deleite de una mansión feliz, un lujo suntuoso y raro que contrasta, no sin insolencia despectiva, con la medianía de nuestras vidas estrechas. Siente que toda esa belleza es intransmutable en substancia espiritual".

"En verdad su espíritu no se incorpora al nuestro: la gracia,

la alegría, la pasión que nos sedujeron a la lectura, encerradas se quedan entre las páginas como flores en un herbario".

Como D' Annunzio, sin la grandeza literaria de él, ciertos escritores quedan pegados, presos, enredados en la espléndida verbal, imposible de vencer si se hace profesión de ella. Aclaro, sin embargo: este rango de verbalismo deslumbrador no es pan de cada día, ni se cotiza con la moneda corriente del purismo gramatical. Necesita, por lo menos, el riego del agua emotiva y ha producido estuendos escritores de la forma: Gabriel Miró, Juan Montalvo, José Enrique Rodó y algunos esclarecidos literatos de España y de América. Pero, con todo, el secreto de la forma no define la prosa. Esta es algo más, a veces disparado desde el torreón del brillante verbalismo; pero siempre es algo que se define y se crea más allá de la pura forma.

*
* *
*

Lo que Karl Jaspers dice de la filosofía, se puede asegurar del arte, sin cambiar una tilde: es en el fondo de cada uno de nosotros la conciencia del sér y de la vida. Con permiso del lector, comento: es la unión o la unidad descubierta entre el mundo externo y la realidad íntima del hombre que siente su vida o logra su existencia. Porque sólo se la logra cuando el acto creador la proyecta desde lo íntimo sobre el mundo en torno. La vida no es hermética, sino la plenitud ansiosa de abrirse y de prolongarse; resultando, por tanto, algo así como una muerte la aridez de la existencia incapaz de vencer sus límites. Plenitud de vida es plenitud de donación.

La vida humana, por alguno de sus lados más importantes, se define como una conciencia que se mueve entre las cosas y da cuenta de ellas con esmero, las enumera, las acrecienta donde debe acrecentarlas, a veces las trueca para uso de su altura o de sus exigencias triviales; pero, de todos modos, la existencia humana que de manera señorial se edifica al fondo de todo yo, encuentra y necesita a cada paso el bordón muda y persistentemente ofrecido por los seres del universo. Y el arte, por ser una de las faenas definitivas de la existencia humana, por afianzar los límites alcanzados mediante la potencia creadora del hombre, participa de esta condición íntima y externa a la vez, señora de lo interior y menesterosa del apoyo mundanal.

La coruscante parcela del arte que hemos dado en llamar prosa literaria, queda finalmente inscrita dentro de los dos límites aquí mentados, y no puede desgarrarse de la intimidad profunda que la crea, ni romper sus relaciones exteriores con los seres del mundo en torno. Une los dos extremos con el hecho, inerte y vivo a un tiempo, de la palabra, especie de logaritmo de las cosas como la llama Ortega, tan pronto inactiva y silente archivadora del pensamiento escrito, y tan pronto singular ministro del rito magistral de enlazar los espíritus.

La conciencia del hombre, de una manera o de otra, viene a ser el inmenso, el creciente, el ilimitado nido de los conceptos. Como en el *topos uranos* de la filosofía platónica, los conceptos, silenciosos y modeladores, típicos y sedentarios, por una suerte de recordación o *anámnesis*, que poco tiene que ver con la del maestro griego, se despiertan a la vida real y emprenden su marcha sobre el mundo. Pero, y esto casi exactamente igual que en el mito platónico de la caverna, se forman los conceptos por un largo, paciente, constructivo acto de recepción vital.

Así constituidos, en el filtro de una sedimentada experiencia interna, son *vivencias* en el mejor sentido y, por lo mismo, sustancia humana viva y capaz de obrar prodigiosamente como todo lo vivo. Y por sólo este señalamiento, el lector habrá notado que los conceptos, necesarios como punto de partida y como fundamento de la prosa literaria, se aposentán en claridades que rebasan el mecanismo de la lógica trivial, o el organismo de la psicología corriente. Tienen su lógica peculiar donde la asociación, la reproducción, la inferencia y, sobre todo, la reflexión y la refracción, desarrollan una energía tal, que la existencia cotidiana forzosamente se detiene ante ellos. Y poseen una calidad psíquica de tal modo fecunda, que verterse es una necesidad y una necesidad que se desarrolla doblemente: por la interior fuerza de crecimiento, y por el choque, el contraste y el diálogo con las cosas.

Esto por lo que mira a la interna fuente de la prosa, a la subjetiva del acto creador. En cuanto a la externa de las cosas y del mundo, el problema se plantea así: ¿de qué sirven los conceptos sin contenido, los conceptos que no ciñen, abrazan, encienden, estrujan y quitan la opacidad del ser? ¿De qué sirven, en realidad, si no van conceptos, es decir preñados de sér? El concepto no puede estar lleno

de nada, porque sería la nada y eso es absurdo. Tampoco tiene la escueta condición de un molde o de una forma vácuca, pues la inconsistencia sería su sustancia: lo cual es, así mismo, absurdo. El ministerio o el oficio del concepto se explica sólo en tanto se rellena con el misterio o con el enigma del sér.

Por consiguiente, la prosa literaria que pretenda definirse en la pura forma verbal o que se construya con palabras musicales, al embrujo de un eufonismo simplista, es la pura inconsistencia mental y la notoria inconsecuencia con lo que va aclarado en estas líneas. Por su parte, el naturalismo o el realismo literario, como se ejercitaba a fines del siglo anterior, en cuanto pone sólo realidad externa y la utiliza hasta en los más insignificantes guijarros del detalle, apedrea nuestro espíritu y rompe el cristal de la emoción creativa, por quedar ésta inerme ante la avalancha de las cosas manejadas con toda su crudeza elemental.

El concepto, sea en filosofía o en literatura, en cuánto se halla repleto de sér, a más de iluminación humana de las cosas, sirve de paramento entre la fuerza de ellas y nuestra intimidad creativa, delicada y silenciosa. No solamente hace papel de nexa, sino también el de protectora ruta de la expresión: gracias al concepto nos expresamos de los seres, nos exponemos ante ellos y llegamos a dominarlos en lo que está a nuestro alcance. Tanto el realismo, como el idealismo literario, y no se diga la bella eufonía de la musicalidad palabrera, han desconocido o soslayado esta pequeña y elemental verdad.

Pero, ¿qué es unir la cosa con el concepto? Algo sumamente sencillo y sumamente difícil, lo más trivial y lo más grave del ejercicio intelectual del hombre, el primer cuidado y la más alta luz que emana de la mente. En el habla usual es llamar las cosas por su nombre, y en prosa literaria es forjar un nombre para cada cosa. Pero hay una diferencia: mientras el habla usual siempre llama la cosa con el mismo nombre, la prosa literaria siempre forja un nombre nuevo para cada cosa. Lo maravilloso está en que ambas tienen la razón.

*
* *
*

Forjar un nombre nuevo para cada cosa: he allí un programa de

inagotable actividad creadora, sea por la misma exigencia de hallar dicho nombre, sea que aún sin hallarlo, por el mero empleo del término hecho o usado ya por otros, debe emplearse de manera que flamee con total novedad. Lo cual traduce el más íntimo suceso interno del escritor: el de crearse un lenguaje con el lote común de los términos, manuales para todos, pero solamente para él originales. Buen escritor será, en la más recóndita potencia y posibilidad, sólo aquel para quien las vulgares palabras, las agotadas acepciones, tienen todavía, como la Isis miriónima de la mitología, diez mil caras inéditas y diez mil solicitaciones a nombrarla de distinto modo. A nombrarla y a mostrarla.

El secreto, el milagro creador de la prosa literaria fincará, entonces, en hallar un método de coincidencia del término con la cosa, de tal modo que compenetrados los dos, al parecer sin dificultad, demuestren con una irrefutable sencillez, con una interpenetración natural, que entre la palabra y el sér, nada se opone, todo se funde y se confunde. Y demuestren, sobre todo, que el artista creador al usar la palabra del modo como la usa, identifica su ánimo con el mundo que crea o nombra, y nos lo enseña, en cada caso, por una de sus diez mil caras posibles o reales, según su intención y su designio.

¿Puede haber algo tan irrefutable como la sencilla, la única, la singular manera de nombrar los seres o de mostrar las cosas sin que nada se interponga entre el objeto y el designio del artista? En esta circunstancia, la nitidez de la palabra es tanta, que se desvirtúa en su condición de palabra, pierde su calidad fonética, léxica o gramatical, se hace por un lado pensamiento y por otro lado cosa; y al desvirtuarse así, une el acto creador con la cosa artísticamente creada, el concepto mental del escritor con la cosa real; hace de aglutinante, de transparentísimo adhesivo material en el que no queda ni un solo rayo de luz, como en los adhesivos que se emplean en el acoplamiento de los cristales finos. La palabra se transforma en un vehículo de exactitud y de certeza.

No pido perdón por el empleo de esta última palabra que, a primera vista, parece digna de figurar sólo en filosofía. Prescindiendo del hecho común entre artista y filósofo a quienes está encomendado el deber de mostrarnos las diez mil caras y nombres de Isis, es verdad que hemos perdido la costumbre de emocionarnos ante la certeza,

que no solamente es lógico, sino vital acatamiento de la verdad y de la belleza. Puede haber, y de hecho hay igual cantidad —si es que así puede decirse— de certidumbre en un teorema bien demostrado, en la flecha lanzada con elegancia hacia la mitad del objetivo, o en las impecables materia y ánima de un soneto de Petrarca o de una melodía de Mozart.

Exactitud y certeza son las raíces de la sencillez que aquí voy buscando. Exactitud para nombrar las cosas. Certeza en el modo de dársenos en fuerza de aquel llamamiento. Exactitud y certeza, en fin, que nos funden con aquello que el escritor nos da, y vuelven a fundirnos cada vez que tornamos a leerle. Porque las creaciones de verdad no son, una vez leídas, como decía Montaigne, almanaques del año pasado, sino presentes sempiternos; como presentes son dentro de nosotros las llamadas de nuestro pulso, mientras somos y existimos.

*
* * *

Casi al comienzo de Egloga Trágica, Zaldumbide nos regala este maravilloso recuerdo de su adolescencia:

“En la helada rigidez del claustro, meses más tarde, cuando la nostalgia del sol y del campo me ponían friolento y estremecido, yo la veía en la lontananza, sombra pálida entre otras sombras menos vagarosas. A pesar del ardor intelectual que se me despertó por descifrar en los libros todo el misterio del mundo, me dejaba estar horas muertas, con el libro abierto, interrogando la aureola que circundaba como un halo triste su imprecisa imagen, y esa actitud pensativa que la asemejaba a las vírgenes brumosas de las leyendas. No es que hubiese adivinado todavía, gracias a ella, el ardiente misterio del amor: pero su quietud entre retozos de las muchachas, dábame la impresión de un alma como en suspenso sobre la vida, en una dulce y precoz interrogación. No jugaba como las demás, tiernas bestezuelas, inconscientes y encantadoras. Tampoco yo era parecido a los muchachos de mi edad: lastimábase en los recreos, dentro del patio triste y murado como una tumba, la irrupción de su alegría animal intacta, no contaminada de meditación ni de rebeldía. ¿Cómo no sentían la glacial tristeza de estar ahí jugando a juegos imbéciles cuando por el mundo había llanos donde galopar en briosos potros, ríos donde bañarse, páramos donde cazar? ¿Más valía entonces quedarse quietos, a meditar en la muerte y en el misterio

del hombre, como lo planteaban los graves libros y la religiosa atmósfera y la incesante prédica? Pero ya que la brusquedad de su incompreensión era tan irracional como su inconsciente contentamiento, la disparidad me aislaba, me reconcentraba; y cuando me sentía necesitado de efusión, de acompañamiento, pensaba, sin pensar, en ella, que acaso me comprendería”.

Al lado de este cuadro evoco otro, uno de los autorretratos de Alberto Durero, el que se encuentra en el Museo del Prado, en Madrid. Está el artista en la juventud, pero mirada de más allá de la juventud. Un claustro le rodea con su frío quieto y duradero. Viste traje cercano al hábito de un monje. Sin estar ensimismado, su mirada se pierde en una dulce remembranza. La frialdad del contorno se suaviza en la actitud cogitativa del cavilador que al mismo instante ensueña. Al fondo, una ventana rompe la dureza del muro y deja ver, allá, lejos, un suave paisaje de colinas y agua corriente. La ventana es larga y de escasa anchura, acaso para no dejar que el ánimo se sosiegue del todo y para obligarle a que, sin embargo, no arranque sus últimas raíces del paisaje. Todo es puro, diáfano, extraordinariamente dibujados el contorno y las figuras, sin que nada altere u opaque la verdad de lo allí expresado: intención y cosas.

Me place, ahora, comparar los dos cuadros. Ambos son mirada al paisaje lejano y amado, echada a volar no obstante el peso de los muros claustrales. Ambos son recuerdo de alegría degustada antes y hoy ansiada. Ambos son, y esto es importante, visión de una edad lozana que revive en años posteriores y, acaso, llenos de esa melancolía que dan siempre los profundos recuerdos. El recuerdo de Zaldumbide es el del hombre de mediada juventud que añora la adolescencia. El recuerdo de Durero es el del viejo maestro que rehace un fragmento de su más jugosa juventud, pues sobre el consabido monograma de sus cuadros, anota el año de aquel autorretrato y esto más: “Hice este retrato según era a los 26 años”. El de Zaldumbide puede suscribirse así: resucito estos recuerdos de cuando tuve diez u once años.

Con todo, no es este conjunto de coincidencias el que me atrae, sino un hecho, nitido, innegable, encarnado o consustanciado con la verdad de ambos cuadros: la impecable condición de las imágenes evocadas. Zaldumbide posee una calidad de dibujante de las co-

sas, tan alta y fina, como la que Durero poseyó para sus definiciones psíquicas y reales de cuánto veía y de cuánto creaba. La técnica de la descripción en uno y otro son próximas, tan estrechamente cercanas, que un cuadro del escritor atrae a un cuadro del pintor, sin que los temas sean semejantes y ni los personajes, ni los tiempos se aproximen. A pesar de la distancia, las dos técnicas de unir el concepto con el objeto son muy cercanas, fraternizan como antiguas gentes de la misma stirpe.

No quiero persuadir al lector con más ejemplos, porque yo pecaría de zahorí o daría al traste con mi intento, que no es sino éste: recordarle que los buenos escritores tienen las mismas dotes de creación y configuración plástica, las mismas facultades para unir los seres y los conceptos, como los grandes pintores que al mismo tiempo son grandes dibujantes. El escritor de casta, el auténtico, el maestro creador, el que como Durero domina su *oficio* y su técnica, dibuja, determina espacios firmes dentro de contornos precisos y llena dichos espacios con los colores y las perspectivas precisos. En otras palabras es exacto.

*
* * *

La religiosidad de los egipcios encuadró su afán de eternidad en bosques de inmensas columnas. La inquietud de los hebreos halló manera de aquietarse en Dios subiendo por las volutas de la columna salomónica. La didáctica griega, aplomada y nitida, ordenó por hileras a sus columnas y creó los órdenes más bellos de las mismas. Pero en estos tres modos ejemplares, la columna, como el árbol, representa el ansia de crecimiento de la vida hacia la luz.

Estas maneras de elación hablan, es cierto, cada una el idioma relativo a su cultura peculiar. Mientras la columna egipcia, de inmensas dimensiones, cubierta de figuras, ostenta hacia arriba el cáliz del loto o el abanico del papiro; la columna hebrea sube en volutas, retorcida, incontenible, como el incienso del sacrificio, se despliega exuberante de formas y esplende como el sobrio reflejo del árbol del bien y del mal. La creación egipcia es mole grávida, fija hacia abajo un abrumador sentido de la existencia *comprometida*, como decimos ahora, o sea es una columna que pesa. La creación hebrea es movimiento sabio y reniega de la materia, busca desarrollo como el pensamiento, o sea es una columna caminante.

En cambio la columna dórica surge despojada de adornos y es en sí la limpidez de la materia; bien delimitada en sus perfiles, se mueve hacia arriba y se corta en la luz como simple columna, y nada más. Representa la sencillez y debe su prestancia a la exacta proporción entre el diámetro y la altura. Una columna dórica no puede ser más alta o más baja de lo que debe. Es el producto de una larga inquisición creativa en pos de la certeza y de la fijeza. Y como expresión directa de lo cierto y de lo fijo, no tolera adornos ni nace de otra altura. No tolera plintos ni resaltes, surge perfecta desde el suelo y es, como todo hombre que nace completo, elación y normal crecimiento hacia arriba.

Me place comparar la palabra con la columna, porque en el orden humano expresa el mismo empeño de crecer hacia la luz. No hay arquitectura columnaria sin apoyo en el espacio claro, ni hay forma estética del verbo sin anhelo de iluminar las cosas y las mentes. Por eso, como las columnas, la palabra es compleja al modo de la papiriforme y frondosa creada por los egipcios, o retorcida y voluptuosa a imitación de la salomónica, o sencilla y definatoria según los cánones griegos encerrados en la columna dórica. Elación, crecimiento vital, hombre extasiado: tal es la columna dórica. Impulso magistral, empeño de altura, certeza y fijeza, éxtasis del pensamiento: he allí la definición de la palabra sencilla.

Esta evocación me sirve para una búsqueda más, indispensable, a fin de comprender hasta el nervio la prosa de Zaldumbide. Prosa de preciosidad y de hondura, límpido caudal en cuyo fondo se cuentan los pensamientos sin que uno solo se nos pierda, torrencial expansión de un ánimo soberano y conformador de un mundo exuberante en riquezas estéticas; prosa, en fin, que nos anuncia al escritor de gran stirpe y al dominador del habla española, como pocos pueden ahora dominarla en sus recursos sustantivos y en sus condiciones técnicas.

El nervio de la prosa de Zaldumbide, como el eje de la columna dórica, se halla al centro de esa máquina de extasiada maravilla. Demuestra la inmóvil verticalidad que da figura y dimensión al estilo. Como en ningún otro orden de columna, vemos al centro de la dórica la condición y la fuerza del eje. La luz tiene que caminar en torno de ella, mientras el eje inmóvil permanece en una actitud de

serenidad generosa. Contrasta el complicado camino circular de la luz, con la sencilla permanencia del eje.

El nervio de la prosa de Zaldumbide se llama pensamiento claro, exacta noción del mundo y serena consecuencia con aquella guisa de pensamiento. Antes de ser escritor, antes de seguir su vocación natural de literato, Zaldumbide se formó conceptos claros, ideas nítidas, asumió responsabilidades y midió proporciones. Es decir, tomó una actitud de artista y de intelectual. No echó a caminar con su prosa ni vertió en palabras ninguna idea sin firmeza o sin claridad. Lo que distingue a Zaldumbide de casi todos los escritores ecuatorianos es, sin duda, esta honestidad mental. Jamás dijo nada sin estar lógica y estéticamente convencido de que sabía bien cuánto iba a decir. Por eso, como el eje de la columna dórica imposibilitado de medir un punto más de lo que debe, la prosa de Zaldumbide nunca emplea una palabra más de la exacta y de la cierta para encerrar el pensamiento y el objeto en un ocular nítido y micrométricamente enfocado. No vemos en la prosa de Zaldumbide sino lo que él ha visto, lo vemos tal como él lo mira y del modo exacto en que quiere nos situemos para verlo.

A Zaldumbide no se le puede llamar escritor sugerente. Perteneció a la élite escasa, escasísima de los escritores sencillos que sin artificio dicen su pensamiento, manejando un único recurso que consiste en no emplear recurso alguno, pues dominan incontrastablemente el concepto, la expresión y el objeto. No necesita demostrar ni engañar. No acude a falsa o barata erudición, ni hincha de sonidos su prosa lúcida. Su pensar fluye del sér y su expresión fluye de su pensamiento con armonía inequívoca y directa. No se detiene en las palabras, pues su objeto son las cosas y a ellas llega certeramente por la fuerza interior del concepto.

Zaldumbide es escritor sencillo, de natural sencillez y jamás acude a cierta producción de prosa sencilla, hoy en boga, donde el lector no recoge pensamiento ni sér, sino el externo concatenamiento de términos que, naturalmente, abandonan su calidad de signos por carecer de significado. La sencillez de los grandes escritores mana de la doble fuente del sér y del pensamiento, alumbra hacia fuera y refleja su luz sobre las cosas, sin olvidar la interna refracción o

esclarecimiento del espíritu creador. No es, pues, sencilla la sencillez literaria.

Con claridad y precisa conceptualización, Zaldumbide define esta manera de escribir con seguridad y con fijeza:

“La sencillez es la última perfección, a la que se llega después de haber decantado todas las falsas preciosidades en el filtro que sólo da paso a la más diáfana sinceridad”.

Estas pocas palabras explican la urgencia literaria de conquistar la sencillez, porque no se halla en estado natural en el estilo o en la expresión de todos los escritores. A la sencillez se llega, como a una bahía, después de la tormenta. Se la conquista con largos caminos, con duras reflexiones, con la atenta observación del mundo y del hombre y, sólo, tras largo batallar. La sencillez no es don gratuito al alcance de cualquier mano inexperta o de cualquier mente apresurada. La sencillez, a más del tesoro de sinceridad que dice Zaldumbide, demanda el humilde acatamiento de las cosas, y demanda la humildad espiritual del pensador y del artista. Necesita demostrarse desde adentro, iluminado la intimidad del creador y del acto creativo.

*
* *

No recordé accidentalmente la columna dórica. Lo hice con ánimo de volver la vista al término clasicismo, pero no al término escueto y lato, sino a cierta acepción de esta palabra, engarzada al arte y a la vida, alimentada de ellas y, al propio tiempo, benefactora de las mismas. Nada hay tan detestable como el filisteísmo de lo clásico, tan infructuoso como esa romántica de lo clásico en contra de la cual Ortega ponía en guardia a sus discípulos. Pero nada hay tan imprescindible como tomar contacto con alguna de las acepciones del clasicismo, si tratamos de medir o de valorar objetivamente la prosa libre y al autor que la crea.

El clasicismo como norma y como coincidencia del vaso diáfano con el agua límpida, el clasicismo formal, es el que resalta y nos llama a primera vista. Ver, ver fué el anhelo griego. Mirar todo: desde los dioses hasta los ensueños. Platón enseñó que ver es la mayor

gloria del hombre y en alguna parte del Fedro expuso una esplendorosa doctrina sobre la mirada mortal. Pues bien, esa doctrina anduvo implícita en las creaciones helénicas, por consiguiente, en la tranquila medida de la columna dórica, arquetipo de todas las medidas, mentales y estéticas, del espíritu griego. El regalo de la proporción, visual maravilla, imprescindible regalo del clasicismo mediterráneo, camina orillando el sendero de veinticinco siglos de humana contemplación del mundo.

Zaldumbide, en su ensayo sobre Rodó, expresa esta modalidad de comprender lo clásico, con las siguientes palabras:

“Rodó reemplaza entre nosotros, con su manera de pensar, de sentir y de expresar, la tradición clásica casi inexistente en la formación intelectual de América. No porque su obra nos retrotraiga a modelos pretéritos ni arcaice nuestro lenguaje —única forma de clasicismo en el concepto vulgar—, sino más bien porque actualiza, vivifica y vuelve imprescindibles las condiciones que aseguraron la perennidad del ejemplo antiguo”.

“En medio de nuestra indisciplina y falta de medida, enseña la continencia emotiva, la impersonalidad de la observación, la universalidad del interés, el pudor de la expresión, la jerarquía de los sentimientos y de las ideas. Es lo menos romántico que puede ser un moderno...”.

“Si entendemos por espíritu clásico el don de proporción y de equilibrio, de claridad y serenidad, de esplendor en la severidad y de elegancia en la plenitud, ninguno, a la verdad, más clásico que el suyo”.

Entre este clasicismo de primera intención, formal, y uno de último intento que me permito llamar vital, existe variado número de acepciones que el lector me consentirá dejar donde están, para acercarme a una manera definida por Valéry en su Fausto. El maestro francés deja caer de labios del reencarnado protagonista las siguientes palabras que, en el otoño biográfico del autor, resumen y cristalizan en forma natural la vida y los afanes de un hombre entregado a la precisión del concepto y a la pureza de la forma literaria:

“Si el conocimiento es lo que hay que producir por el espíritu para que sea lo que es, aquí estás, Fausto, conocimiento pleno y puro, plenitud y cumplimiento. Soy el que soy. Estoy en la culminación de mi arte, en el período clásico del arte de

vivir. He aquí mi obra: vivir. ¿No es eso todo? Pero hay que saberlo.... No se trata de encontrarse en esa alta meseta de existencia, sin saberlo. ¡Cuántas aventuras, razones, sueños y faltas para ganar la libertad de ser lo que se es y nada más de lo que se es! ¿Qué es la perfección sino la supresión de lo que nos falta? Lo que falta está siempre de más..... Pero ahora la menor mirada, la menor sensación, los menores actos y funciones de la vida adquieren para mí la misma dignidad que los proyectos y las voces interiores de mi pensamiento.... Es un estado supremo en que todo se resume en vivir, y que rechaza con una sonrisa espontánea todas las preguntas y todas las respuestas....”.

La coincidencia entre lo que se piensa y se dice, esta suerte de sinceridad que respira en todo arte de alta alcurnia, configura la vida. Quien busca la forma de expresión perfecta y a esto se aplica por toda la vida, quien ansia la palabra exacta para infundir en ella la tranquila visión de las cosas, tiene el premio de vestir, al cabo, la blancura de la serenidad, y de alcanzar en su ánimo la armonía de vivir dulcemente reclinado sobre la propia existencia y sus frutos logrados y ciertos. Inalterable contempla su contemplación en una bella tautología —teoría de la teoría—, y realiza el anhelo diseñado y, acaso, no vivido por el más luminoso entre los griegos.

Pocos mortales como Bergson, Valéry, Ortega han logrado esta clásica actitud de situarse a la vera, hasta ver cómo se hundía su obra en el torrente vivo. A la vida habían pagado su tributo y el mejor rendimiento que lograron fue esta identificación tumultuaria. Su voz se perdió en la voz humana. Por eso, otoñados y claros, silenciaron, al fin, su palabra: forma de medida, forma de contención vital, actitud clásica de maestros. Habiendo pagado el tributo, logrado la vida y sembrado con luz el pensamiento, lo natural era guardar silencio. Y lo hicieron con elegancia ejemplar.

Zaldumbide, hoy circuido de su silencio ejemplar, hace treinta años en la alocución que envió a sus amigos para la Fiesta de la Lira de Cuenca, es decir mucho antes que Valéry, diseñó su programa de clasicismo vital:

“Cuatro vidas debiera tener el hombre, consecutivas: una para descubrir y agotar el mundo sensible, gozar, conocer hombres y tierras, viajar, amar, prodigarse; otra, para ya en el sosiego de los sentidos, penetrar en el mundo de lo inteligible,

leer, estudiar, aprender a comprender por el pasado el presente y prepararse a preparar el porvenir; la tercera para dar su fruto, en la acción, en el pensamiento, en la ciencia, en lo que sea de su vocación ya delimitada; y, por último, cumpliendo así su deber para consigo, para con la vida y con los demás, meditar y ver, ya desprendido, si su obra fue en verdad buena; y lentamente despedirse en paz. Filosofar es aprender a morir, decía el anciano Montaigne.

"Cuatro vidas continuas, y separadas sólo por su ordenación y enderezamiento, qué bella cosa sería ir las redondeando, al paso igual de la ascensión, en espiral cada vez más amplia y más iluminada. Serían, límpidamente y sin mezcla, las cuatro estaciones del hombre: primavera de descubrimiento, fiesta de los sentidos, gloria del animal jucundo, libre y despreocupado, joven de veras; luego el verano de luz, que penetra de su luz las esferas del intelecto; y así, provisto de ciencia abstracta y de experiencia sensible en las dos edades de la conquista, venga la edad del fruto, de la cosecha, otoño de la vendimia pródiga; y, en fin, el invierno de meditación. Examen de conciencia para dejarlo en herencia".

A diferencia del omnivalente Fausto o de la potencia que Goethe o Valéry trataron de infundir en él, Zaldumbide, con acatamiento sencillo de la realidad humana, sobre todo de la lograda realización humana, habla de examen de conciencia y de tiempo recolecto para meditar. Quiere meditar en sí su obra es o ha sido buena. De sobra lo sabe, pero necesita hacerlo, pues una benevolencia indiscreta hacia sí mismo es el comienzo de la autoliquidación. Varón prudente, se retira a meditar en su obra, en su cosecha, en la vendimia que otros vendimiamos en el fondo de su larga faena de cumplido y asceta escritor. Su obra no es pródiga. Como fruto de dilección se da en tierra, en hora y en estación propicias. La cosecha en la obra de él, por eso, requiere una lenta, una amigable, una bienaventurada comprensión. Hay que gustarla, jubilosamente, como se gusta de un gran regalo, de un añejo vino, de una esperada caricia.

Quien, como Zaldumbide, ha realizado su obra y al hacerlo se ha realizado a sí mismo y, luego, vuelve sobre su existencia por los comedidos pasos de la meditación, es un clásico de la vida. Sabe que la medida no va solamente con las cosas, sino que ha de dar comienzo y fin con el hombre mismo, modificando así el principio helenísimo del sofista: el hombre es la medida de todas las cosas.

Esta medida de sí propio parece ser el verdadero objeto de la vida, especialmente, en el asceta, en el místico, en el artista. No puede definir el mundo en torno quien no define su peculiar intimidad. Pero esta definición es faena postrimera, como un colofón, donde se signan y cifran los secretos de la obra. Sutil paradoja del comienzo señalado al fin. Misterio de la vida. Magisterio del que vive clásicamente su vida.

*
* *

Sobran las cavilaciones cuando reducimos a la unidad teórica la variedad aparente del árbol. Tronco, ramaje, hojas, flores y frutos son una sola sustancia recogida del suelo o fijada en la tierra por medio de la profunda fuente de la raíz. Sin embargo, no es tan sencillo ver la unidad fundamental en la diversificada vida del hombre, así sea dueño de ideas madres. Todo en él es variado, pero está en el sitio y habla el lenguaje firme de lo que le es sustancial.

Los escritores son los más expuestos al peligro de la diversificación, a la asechanza de lo contradictorio, a la fuerza de lo irremisible, debido a que existen en virtud de un constante darse a los demás y de un perfecto ser recibidos por los otros. Es tan fácil encontrar en ellos la inconsistencia, la inconsecuencia y la deslealtad con sí propios; y si son desaprensivos o no tienen la raíz suficientemente hundida, quedan presos en sus palabras y no es menester de otra argucia para derrotarlos.

La mayoría de los escritores van por disparejos senderos dejando sus voces como un discanto de sí mismas, perdiéndolas, aniquilándolas, desistematizándolas. El sistemático del pensamiento es raro en el bosque de la filosofía. El consecuente y unitario mantenedor de su estilo mental y verbal, es más raro aún en la pradera literaria.

Los escritores-árbol, unitarios, arraigados en sí, emergidos de su honda fuente recia y duradera, al parecer se ocupan de asuntos variados o desperdigan sus atenciones sobre temas opuestos. Mas, si los miramos con acatamiento, les encontraremos firmes y permanentes, fieles a lo que les es sustancial, hijos de sus ideas claras y señores de su repertorio mental. Un lote de pensamientos perfecta-

mente reductibles a la unidad se halla al fondo, y allí se nutren, y allí se vivifican y desde allí toman fuerza creativa. Y ora hablen de la fugaz apariencia o de la imagen emotiva, ora hablen de la persistente idea o expresen el concepto esencial, su estilo suena de idéntico modo, en miles de palabras distintas, en metáforas o en analogías múltiples, en expresiones y locuciones variadas. La tónica se halla siempre intacta y brilla siempre con igual fulgidez mental.

Qué raro es hallarlos y que extraordinariamente útil asociarlos a nuestra amistad. Si riman con nuestro ánimo, si dan en la clave de nuestro secreto vital, crece la rendida admiración y entre las almas se establece el contacto remoto, irrompible, casi sobrehumano que perpetúa a los selectos o, por lo menos, los vuelve duraderos en el corazón de las gentes. Lo accidental perece siempre. Lo esencial resiste al tiempo: lo vence. Dios que es esencia absoluta ha sobrepasado el tiempo y es eternidad. Las obras esenciales de los hombres participan de la perduración sobrehumana en virtud de que han tocado lo que no puede desterrarse de nuestro espíritu.

Por esta condición las grandes obras y los grandes escritores son entrañables. No podemos arrancarlos de la entraña sin lastimarnos, sin herirnos a fondo. Forman el haber mental y emotivo donde nos refugiamos y nos reconcentramos; son la fontana donde saciar la sed y adquirir nueva energía. Pero son, también, raíz. Raíz de ellos y raíz nuestra, camino hacia la unificación de las almas, proceso de universalidad y trámite de perpetua solidaridad humana.

Por lo que tienen de unitario resultan imprescindibles. Una época, una escuela, una tendencia se explica en ellos. Su virtud es definitiva o definitoria. Están cabales por cualquier lado que les tomemos. Son ellos mismos y responden con toda su personalidad desde cualquier ángulo accidental que les miremos.

Y eso hallamos en Zaldumbide. Su respuesta íntegra, su total entrega, su plena personalidad en cada línea, a veces en un sólo epíteto certeramente colocado. Su obra es de una sola pieza diamantina, perfectamente organizada sobre algunas ideas madres, vistas y vividas con sinceridad. Hable de Barbusse o dibuje un retazo de su amado rincón andino, piense altamente en el lenguaje de veinte pueblos o defienda el espíritu frente a la materia, escriba sobre D'

Anzunzio o sobre un habitante de la cordillera ecuatoriana, el calor es el mismo, la humana sustancia o la humana devoción que se pone en juego vale por igual, retrata al hombre, por entero. Refleja al humanista culto y al escritor de sumas proporciones. Refracta íntegramente al autor en su obra y en su acto creativo. Obra orgánica, obra de verdad y para la verdad estética. Obra de coincidencia plena, obra de coincidencia del pensamiento con el sér. Obra donde —y recuerdo de nuevo a Jaspers— sér y pensamiento se hacen conciencia.

Poco afecto a la loanza, no tengo por qué ocultar mi presentimiento: cuando se escriba, sin ditirambos y al margen de los **ismos**, una historia de las actuales letras ecuatorianas, Zaldumbide servirá de clara explicación de algunos años que se fundan sobre su estilo y su modo. Y se verá, entonces, otra cosa: que acaso no hubo en el país quien escribió mejor prosa literaria, ni quien la definiera con más calidad y acierto. Zaldumbide es un presente de más de cincuenta años en lo que va del siglo. Acaso no vive otro en el Ecuador que haya subsistido sin auxilio de martingalas políticas o propagandísticas, por sí mismo, durante cinco décadas, en la primera línea de la alta producción literaria. Sin un decaimiento, sin un falseamiento. Sencillamente, naturalmente. Realizando, de modo natural, la más diáfana sencillez.

Crónica Universitaria

1958

MARZO

LA UNIVERSIDAD DE CUENCA EXPRESO SU ADHESION A LAS UNIVERSIDADES DE CUBA

Día 18

Con ocasión de los graves incidentes promovidos por el Gobierno Dictatorial de Cuba en contra de las Universidades de La Habana y Oriente, interfiriendo en su vida autónoma e irrogando ofensas a la dignidad de tan meritisimas Casas de Estudio, el señor Rector doctor Cueva Tamariz manifestó su adhesión y la del Instituto que regenta a las Universidades antedichas, felicitándoles por la actitud elevada asumida por ellas en el conflicto. El texto de la nota circular enviada a los señores Rectores de las dos Universidades es el siguiente:

UNIVERSIDAD DE CUENCA.— RECTORADO.— Cuenca, a 18 de marzo de 1958.— Señores Rectores de la Universidad de la Habana y de Oriente.— Cuba.— Defiriendo a la iniciativa de la UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA y en cumplimiento de un deber de solidaridad interuniversitaria, tengo el alto honor de dirigirme a Ud. a nombre de la Universidad de Cuenca y al propio mío, para expresar a Ud. y a la ilustre Casa de Estudios que Ud. con tanto merecimiento y acierto preside, la voz de estímulo y el voto de adhesión de la Universidad de Cuenca, por la noble y plausible

lucha que mantiene en contra de la tiranía dominante en ese país y en pro de la libertad y el respeto de la autonomía de la Universidad.— Los pueblos de América Latina que viven un régimen de libertad y democracia esperan que pronto igual clima tenga el pueblo hermano de Cuba y que mientras tanto sus Instituciones, especialmente la Institución universitaria, repudie y obtenga el derrocamiento de los regímenes de facto que tanto daño han causado en América.— Tenga Ud. la seguridad, señor Rector, que la Universidad de Cuenca mira con especial simpatía la actitud valerosa y altiva que mantiene la Universidad de su Rectorado y que con esta nota la estimula y aplaude.— En esta oportunidad expreso a Ud. el testimonio de mi distinguida consideración y me suscribo de Ud. muy atentamente, f.) Dr. Carlos Cueva Tamariz, Rector.

Los doctores Clemente Inclán y Costa, Rector Magnífico de la Universidad de La Habana y Felipe Salcines Morlote, Rector de la Universidad de Oriente, contestaron la adhesión de la Universidad de Cuenca en los términos que siguen:

“REPUBLICA DE CUBA.— UNIVERSIDAD DE ORIENTE.— Rectorado.— SANTIAGO DE CUBA.— 2 de abril de 1958.— Dr. Carlos Cueva Tamariz, Rector,— Universidad de Cuenca,— Cuenca.— Ecuador.— Distinguido señor Rector: Tengo el honor de acusar a usted recibo de su amable comunicación de 18 del pasado mes, por la que expresa a nuestra Casa de Estudios la adhesión de la ilustre Universidad de Cuenca, en la dramática crisis que atravesamos como consecuencia de los acontecimientos nacionales cubanos.— Nos estimula y conforta altamente la noble actitud de la benemérita Institución Cuencana en defensa de la libertad, la democracia y el respeto a la autonomía Universitaria. Su respaldo a nosotros es un servicio a estos grandes postulados del mejoramiento humano.— En nombre de la Universidad de Oriente y el mío propio hago constar a esa insigne Alma Mater y a usted personalmente nuestra más profunda gratitud y nuestro más fraternal saludo.— Aprovecho esta oportunidad para manifestar a usted el testimonio de mi mayor aprecio.— De usted atenta y cordialmente,— (f.) Dr. Felipe Salcines Morlote,— Rector”.

UNIVERSIDAD DE LA HABANA.— Rectorado.— Abril 11 de

1958.— Dr. Carlos Cueva Tamariz.— Rector de la Universidad de Cuenca.— Ecuador.— Distinguido señor Rector:— El Consejo Universitario de este Centro, en sesión celebrada el día 28 de marzo último, acordó hacer llegar a usted el más profundo agradecimiento de dicho Organismo, por las hermosas y emotivas frases en su misiva de fecha 18 del propio mes, estimulando a nuestra Universidad a continuar en la recta línea de principios que ha mantenido a través de la historia.— Al dar cumplimiento al mencionado acuerdo, deseo expresarle por este medio el testimonio de mi más alta consideración personal.— Muy atentamente,— (f.) Dr. Clemente Inclán y Costa,— Rector”.

✓ Día 21

FALLECE EN PARIS EL DOCTOR PAUL RIVET, DOCTOR HONORIS CAUSAE DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Motivo de profunda consternación en los círculos científicos del mundo y de manera especial en los de Europa y América Latina, constituyó la muerte del doctor Paul Rivet, ocurrida en París el veinte y uno de marzo de mil novecientos cincuenta y ocho.

La Universidad de Cuenca, que en reconocimiento de sus relevantes servicios a la humanidad y a la ciencia y por la especial amistad con que el doctor Rivet distinguió al Instituto, le designó Doctor Honoris Causae del Plantel según acuerdo de la máxima Corporación Universitaria expedido el diez y nueve de noviembre del año mil novecientos cincuenta y dos, dejó constancia de su sentimiento de pesar por la desaparición de tan ilustre personaje mediante el siguiente acuerdo:

EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE CUENCA,

Considerando:

QUE el día veinte y uno del presente mes ha fallecido en París el SEÑOR PROFESOR DOCTOR PAUL RIVET, científico francés de

universal renombre, que sobresalió por sus investigaciones antropológicas, felizmente iniciadas en el Ecuador;

QUE el DOCTOR RIVET fue Doctor Honoris Causae de la Universidad de Cuenca, cuya cátedra enaltecíó en su última visita a esta ciudad;

QUE su muerte constituye una pérdida irreparable para Francia, su patria, para la Ciencia y para la humanidad,

A c u e r d a :

Recomendar su nombre como ejemplo de consagración a la ciencia y de servicio desinteresado a la humanidad;

Dejar constancia del pesar de la Universidad por la desaparición del DOCTOR RIVET;

Expresar su condolencia a la distinguida señora viuda del ilustre Profesor y al Gobierno Francés, enviándoles autógrafo del presente Acuerdo, que se publicará en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD.

Dado en Cuenca, a veinte y cinco de marzo de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL RECTOR—PRESIDENTE,
CARLOS CUEVA TAMARIZ.

EL SECRETARIO GENERAL,
VICTOR LLORE MOSQUERA.

ABRIL

Día 11

CONFERENCIA DEL PROFESOR EZEQUIEL GONZALEZ MAS

Con ocasión de su visita a la Ciudad de Cuenca, el señor Rector de la Universidad invitó al Profesor Ezequiel González Mas, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guayaquil, a que ocupara la tribuna del aula magna. En ella, el Profesor González Mas, ante numeroso auditorio sustentó una sugestiva, amena y erudita conferencia sobre el tema "Don Quijote, o la in-

vitación a la locura", esbozando una nueva interpretación de la obra de Cervantes, que fue aplaudida por los oyentes.

Día 18

EL SEÑOR VICERRECTOR DE LA UNIVERSIDAD, DOCTOR LUIS MONSALVE POZO, EMPRENDO VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA

Especialmente invitado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América en su carácter de Vicerrector de la Universidad de Cuenca y catedrático de su Facultad de Jurisprudencia, el señor doctor Luis Monsalve Pozo emprendió viaje al país del Norte con el objeto de realizar una visita de sesenta días durante los cuales realizará investigaciones de carácter docente en las principales Universidades Estadounidenses y de índole sociológica en los diferentes grupos sociales de esa Nación.

El Consejo Universitario declaró al doctor Monsalve Pozo en comisión de servicio para que pueda realizar su visita y el otorgó la autorización correspondiente.

En los últimos momentos de su estadía en Cuenca las autoridades del Plantel, los catedráticos de la Facultad de Jurisprudencia y otros de las diferentes Facultades le ofrecieron una cordial despedida formulando votos por el éxito de su gira científica y de investigación cultural.

A su retorno, el distinguido maestro presentará un detallado informe acerca de sus apreciaciones.

Día 22

LA UNIVERSIDAD SE HIZO REPRESENTAR EN LA CONMEMORACION DEL CINCUENTENARIO DE LA FUNDACION DEL INSTITUTO DE BELLAS ARTES DE LA UNIVERSIDAD DE RIO GRANDE DO SUL

Invitado el Instituto a participar en las ceremonias conmemorativas del cincuentenario de la fundación del Insti-

tuto de Bellas Artes de la Universidad de Río Grande do Sul, que tendrán lugar a partir de este día en Porto Alegre, República del Brasil, el Consejo Universitario acordó conferir su representación al señor Embajador del Ecuador en ese País, doctor Neptalí Ponce Miranda. Conforme a lo anunciado por el doctor Ponce Miranda en nota oficial, concurrirá los diferentes actos programados por la Universidad Brasileira antedicha.

MAYO

Día 3

LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS TRIBUTO HOMENAJE A LA MEMORIA DEL DOCTOR MANUEL MALO CRESPO

Con ocasión de cumplirse veinte y cinco años de la muerte del doctor Manuel Malo Crespo, sobresaliente facultativo y profesor universitario que rindió la jornada de su vida en aras del cumplimiento del deber, la Junta Central de Asistencia Pública del Azuay resolvió colocar su óleo en el Laboratorio Clínico del Hospital Civil San Vicente de Paúl, que lleva el nombre del distinguido médico. La Junta de la Facultad de Ciencias Médicas se sumó al homenaje tomando en consideración que el doctor Malo Crespo honró la cátedra de Bacteriología por algunos años y expidió el siguiente acuerdo:

LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,

Considerando:

Que el día 21 de Abril de 1958 se cumplió el XXV aniversario de la muerte del destacado Maestro Universitario Señor Doctor Don Manuel Malo Crespo;

Que este acontecimiento luctuoso obliga a la recordación y a la admiración de este ilustre profesor que enaltecó la Cátedra de Bacteriología y Parasitología durante siete años,

Acuerda:

Designar al Profesor Doctor Timoleón Carrera Cobos, que actualmente desempeña esa cátedra, para que haga el elogio del Dr. Malo Crespo en el acto de colocación de su óleo en el Laboratorio Clínico del Hospital Civil "San Vicente de Paúl";

Colocar una ofrenda floral en la tumba del recordado Maestro, acto en el cual llevará la palabra el Señor Decano de la Facultad, Doctor Honorato Carvallo Valdivieso;

Enviar copia del presente Acuerdo a la distinguida viuda del Dr. Manuel Malo Crespo y a su familia; y

Publicarlo en "Anales de la Universidad" y en la Revista de la Facultad de Ciencias Médicas.—

Dado en el Salón de Sesiones en Cuenca, a 22 de Abril de 1958.

EL DECANO,
Dr. HONORATO CARVALLO VALDIVIESO.

EL SECRETARIO,
GERARDO SOJOS J.

En cumplimiento de las resoluciones anteriores los señores Decano de la Facultad, doctor Honorato Carvallo Valdivieso, y doctor Timoleón Carrera Cobos, actual catedrático de Bacteriología, pronunciaron los siguientes discursos:

Ante la tumba que guarda los restos mortales del doctor Malo Crespo en el Cementerio de la Ciudad, el doctor Carvallo Valdivieso dijo:

"Distinguidos familiares del señor doctor Manuel Malo Crespo, señores:

El 21 de Abril de año de 1933 la muerte eclipsó una vida en plena robustez mental, apagó un espíritu nacido para las alturas científicas; la equivocación negra hundió en sus entrañas un hombre de capacidades esporádicamente proverbiales.... La enfermedad violenta y fatídica hizo flamear su tétrica bandera sobre esos 31 años

de vida fructifera e iniciada apenas por los caminos rotundamente esperanzados en la luminosidad de los éxitos y triunfos.... Caía en el regazo de la madre tierra un hijo cerebro y fuerza, realidad y temperamento; llegó a la frontera ignota el hombre fuerte por el talento y la estirpe del trabajo y la acción....

Hace 25 años en peregrinaje amistoso y cordial y en obligación universitaria se llegaba a esta ciudad señera de la gran paz conduciendo el féretro de un Maestro, auténticamente tal. El Profesor Universitario hasta ayer era plenitud de cátedra cabal. Hoy que la perspectiva del tiempo ha destacado con verdadero valor su personalidad científica y humana; hoy al cuarto de siglo el reconocimiento justo y sincero ratifica la estela de luz y de enseñanza dejada por MANUEL MALO CRESPO.

En ese entonces el dolor agudo, reciente, escalofriante, hacía brotar de instituciones y amigos las mejores páginas de recordación y merecida laudatoria. Mas ahora, bajo la mensuración del calendario, con emoción sí, pero con valoración acentuada en el lienzo del tiempo que todo serena y encasilla, nuevamente junto al Maestro Universitario. Y, estamos aquí, junto a él, porque sencillamente bajo el estímulo tropicalizante del recuerdo hemos querido hacer la ratificación de su valer catedrático, pregonar ante las nuevas juventudes su figura superior de investigador, maestro y profesor; presentar a la sociedad toda al hombre que supo en sus cortos años edificar el castillo de la fama, con estructura sólida y en espiral de realidades consagradas ya por los años....

La H. Junta Central de Asistencia Pública en acto elocuente acaba de colocar el óleo del distinguido Médico en el Laboratorio Clínico del Hospital General de esta ciudad, donde ha estado grabado con perpetuidad de honor su nombre desde la acertada sesión del 22 de Abril de 1933, en la que el inolvidable y destacado catedrático universitario doctor Honorato Loyola, en su calidad de Vocal, propuso que esa dependencia médica lleve el nombre de Manuel Malo Crespo. La Facultad de Ciencias Médicas ha sentido la necesidad de esta justa recordación y se ha sumado al honor de realizar este breve y emotivo programa por el que fue destacado Profesor de Bacteriología durante 7 años, habiendo iniciado la faena catedrática el mismo año—1926— de su graduación académica; dados sus

relevantes méritos maximales durante la vida estudiantil. Este joven y ya distinguido Profesor entró con pie firme a la cátedra, la firmeza que da el claro talento y la aptitud vocacional con que supo sembrarse en el intelecto de sus alumnos.

MANUEL MALO CRESPO se caracterizó por su espíritu elevadamente intuitivo. En el terreno científico-universitario fue un entregado investigador, para lo que poseía estudio fecundo y fervor en el trabajo. Fue la renovación de la ciencia bacteriológica en una época en la que no se disponía de los medios materiales de la actualidad. La cátedra la hizo respetable por la eficiencia científica y la dedicación acendrada. Tuvimos el honor de escuchar sus bien trazadas lecciones y cada vez se destacaba el Maestro pleno de técnica, plétorico de la claridad pedagógica, siempre actualizante y cuspeño en su materia. Su cátedra tuvo la verificación de lo útil y su consagración pudo haberlo llevado a la internacionalización de su nombre, pues tuvo el factor de la elocuencia vocacional, que es seguridad en el camino de la docencia.

Como Médico, acertado y disciplinado en la ardua labor profesional. Su criterio diagnóstico y de vastedad clínica se imponía por la profundidad de los conocimientos. Su exteriorización profesional estaba compaginada con los nobles sentimientos de servicio y caridad.

En la Sala de Típicos del Hospital Civil "San Vicente de Paul" era el cumplido Jefe, el infatigable médico; atento todos los días a la evolución clínica de sus pacientes, a los que trataba y consolaba con toda la grandeza de sus recursos científicos y morales. Y, un día, el mismo bacilo que tantas veces había sido por él derrotado se infiltró en su cuerpo, se virulentó e hizo el absurdo de victimarlo.... Cayó el Médico en la trinchera elocuente del deber cumplido; desapareció el Profesor dejando la ansiedad de la gran pérdida....

MANUEL MALO CRESPO fue grande porque vivió jinete quitotezco sobre la vertebración de la verdad científica y la cumbre ascensional del trabajo y el estudio. Fue grande porque hizo de su capacidad mental y profesional la grandeza de la enseñanza y la perdurabilidad del servicio.

Colocamos sobre su tumba la ofrenda floral del recuerdo cor-

dialmente universitario, y más que estas flores dejamos sobre su polvo, hoy removido por el afecto, ese manojo de valoración en forma de admiración y reconocimiento. Su figura hipertrofiada por el aplauso del tiempo seguirá perdurable como ejemplo de sapiencia e integridad de capacidades.

Con los méritos evidentes de MANUEL MALO CRESPO la muerte queda burlada en la pantalla de la exaltación.... Y la Facultad de Ciencias Médicas que me ha dado el honor de representarla en este reverente momento, cumple con el deber de apuntar su nombre en la ribera de la inmortalidad".

Y en el acto de colocación del óleo en el Laboratorio "Manuel Malo Crespo", el doctor Carrera Cobos pronunció estas palabras:

"Señores:

El devenir lento pero inexorable del tiempo marcado por el reloj de la vida que marcha hacia la cima de su existencia, nos ha congregado en este día, a rememorar con profunda pena y sentida emoción el vigésimo quinto aniversario de la final partida a la ribera insondable de la eternidad, de quién fuera meritisimo maestro, genial sembrador en el fértil surco de la juventud universitaria, dilecto y leal amigo, abnegado y sapiente discípulo de Hipócrates y Esculapio, Sr. Dr. Manuel Malo Crespo.

No otro motivo, que profunda gratitud de quien fue uno de sus últimos discípulos, así como por la feliz circunstancia de ser el Jefe del Laboratorio que con entera justicia lleva su nombre, así como también por honrosa comisión que me hiciera la Honorable Facultad de Ciencias Médicas de Cuenca y su Decano y el personal Técnico de este Hospital, en este solemne momento, rindo tributo a su memoria con estas sentidas frases, brotadas con emoción, cariño y respeto desde el fondo mismo de mi corazón, que en este día, como hace veinte y cinco años lloramos con insuficientes lágrimas la postrer partida del Maestro Universitario y Primer Director de esta dependencia.

Corría el año 1933, cursábamos tercer año de Medicina, corres-

pondiéndonos justamente llevar las asignaturas de Bacteriología y Parasitología, materias que las dictaba el más joven de los profesores de ese entonces, el Dr. Malo Crespo. Poseedor de profunda ilustración universitaria, privilegiada inteligencia, feliz memoria, contundente dialéctica y fácil palabra, sus conferencias magistrales llevaban el sello de sistemática y cabal explicación teórica, seguidas de demostración práctica y técnica operante pese a lo poco dotado de su Gabinete y cuyas deficiencias eran superadas por el ingenio, habilidad y paciencia del Dr. Malo.

Graduado de Doctor en Medicina en nuestra Universidad, cuando apenas contaba veinte y cuatro años de edad, con sobresaliente éxito, fue nombrado Profesor Titular en diciembre de 1926, tan sólo a los seis meses de haber recibido la toga doctoral. Nació para científico, tuvo vocación para catedrático y sentido de observación propio de genio; a pesar de su relativamente corto periodo de ejercer el profesorado, fue bueno entre los buenos, maestro de verdad: severo, justo y exigente; no toleraba dubitaciones teóricas ni ambigüedad de conceptos. Precisión, disciplina, técnica y responsabilidad eran las normas en su gabinete de trabajo; allí cuando tardes enteras, fuera de las horas de clase, nos congregaba para preparar cultivos, realizar siembras y coloraciones y luego la investigación microscópica correspondiente, mezclando sus sabias enseñanzas con amena charla propias de su amplio espíritu y noble corazón, despertando así aún más interés en las investigaciones y recíproca confianza entre él y sus alumnos.

Cazador asiduo de microbios para llevarlos a sus cubetas y matraces: allí los veía, allí investigaba su morfología, sus caracteres biológicos y demostraba mediante la inoculación a pequeños animales la acción morbígena y mortal de los enemigos invisibles pero poderosos de la especie humana. Así hacia su cátedra, así lo aprendimos.

Jamás imaginamos que a corto plazo, él mismo sería la víctima propiciatoria, el holocausto predilecto de las bacterias que él con habilidad y maestría las manejaba.

Particular inquietud y desinteresada dedicación lo llevaron a estudiar en forma cabal el problema etiológico y epidemiológico de las fiebres tíficas en nuestro medio, trabajo e investigación que cul-

mina con su contribución al Segundo Congreso Médico Ecuatoriano reunido en Guayaquil en 1931, aportando su original y valioso "Estudio de las Fiebres Tíficas en el Azuay"; contribución ésta que demuestra paciente y prolija investigación, intenso trabajo de horas y días junto a la estufa de cultivos, junto a los tubos de fermentación, manejando esa policromía de colorantes y tinturas bacteriológicas, ejecución de pruebas serológicas y de inoculación, así como larga investigación en el campo microscópico, reconociendo lo que el ojo humano no puede ver; un mundo extraño, el mundo de los microbios.

Así fue Profesor, así trabajó, así se forjó con severa disciplina científica, así se convirtió en adelantado pionero de las Ciencias de Investigación; momentos de duda, cavilación, desaliento y autoestimulo, se interponen al paso de quién investiga, pero él supo vencerlas porque tuvo férrea voluntad, entereza firme en sus cometidos y elevado sentido de responsabilidad a toda prueba.

Como Profesor Titular de la Facultad de Ciencias Médicas, recibió la designación de Jefe del servicio hospitalario en el pabellón de infecto contagiosos (Fiebres tíficas, difteria). El Dr. Malo Crespo recibió este encargo ejercitándolo con abnegada, humanitaria y caritativa labor su noble profesión. Etica rectilínea y profundo sentimiento humano ejerció el Dr. Malo en su apostolado que aún por ancestro había heredado de su ilustre progenitor Dr. Ignacio Malo Tamariz, sapiente Profesor de Anatomía.

Juntamente con sus discípulos en las salas de Tíficos examina, observa, investiga, diagnostica y trata de la mejor manera tales dolencias. Sus conocimientos médicos los tiene al día, conoce oportunamente las últimas novedades y progresos de la medicina contemporánea. Aquí lo admiramos más, pese a su juventud se destaca como un versado clínico, su sentido médico es excepcional; conocedor a fondo de Anatomía, Fisiología, Patología y Terapéutica aparte de otras asignaturas, ejercita su Clínica Terapéutica con asombrosa precisión.

Junto a sus enfermos recibimos las primeras lecciones de Propedeutica y Semiología, nociones de Patología y Terapéutica, ya que el curso de su infaltable visita de Hospital, no sólo se dedica a enseñar sus materias sino que enseña también lo que todo médico debe saber, el arte de curar con ciencia y caridad.

Corría el mes de abril de 1933, época en la cual se presenta alarmante brote tífico en la ciudad y sus alrededores; el entonces servicio de infecto contagiosos pronto llena su cabida, más de setenta asilados en evolución; variadas y severas formas clínicas se observan, desde la clásica Tifoidea hasta la forma peteual, denominada en aquella época fiebre tifoidea forma exantemática o fiebre de los catorce días. No se había realizado el diagnóstico diferencial serológico entre la fiebre tifoidea y el tifus peteual, por no poseer los elementos necesarios, aunque, ya años antes el benemérito Clínico Dr. Nicolás Sojos había puntualizado la existencia en nuestras comarcas del Tifus peteual como entidad clínica diferente de la tifoidea.

En esta promiscuidad de tíficos y tifosos el Dr. Malo Crespo los prodigaba solícitos cuidados y esmerada atención; decenas de asilados recibieron de nuestro Jefe el beneficio de su saber y de su apostolado, al devolverlos sanos al seno de sus hogares; pero aquí la hora fatal, aquí lo inesperado: rodeábamos a una joven enferma en la diaria visita; el Dr. Malo se disponía a auscultar el corazón, utilizando el consabido paño de auscultar; cuando se inclinaba para realizar la maniobra, en la enferma se produce un fuerte acceso de tos, diseminando en su rostro millares de partículas cargadas de virulentos gérmenes; el Dr. no se inmuta por ello, pero sí presiente posible contagio; pasa el acceso y continúa su observación.

La tos de la paciente bombardeó al maestro, hizo seguro impacto de inoculación, ya que diez días más tarde el Dr. Malo enfermó. La fiebre pronto dejó sus efectos: Tifoidea? Tifus peteual?

Lo vi al Profesor sacrificado ocupando también una estancia en su propio servicio; la fiebre lo devoraba, abundantes petoquias cubrían su cuerpo, profunda intoxicación pronto se apoderó de él. El se sintió herido de muerte; la miocarditis apareció y quizá el mismo fue el primero que hizo su autodiagnóstico; y aunque no esperábase, se produjo lo fatal; con Jesucristina resignación en la mañana del 21 de abril levó las anclas de su bajel navegando para siempre hacia la ignota ribera de la eternidad. Se fue el Maestro; ya no le vimos más. Su vida fue arrebatada, como la de Lezcer y Noguchi, Von Prowaseki, Carrión y tantos otros por su afán humanitario y de lucha contra el dolor y la muerte.

Profundo pesar se apoderó de nosotros sus alumnos hasta ese día. Sus compañeros de cátedra lo sintieron como a nadie. La Universidad de Cuenca y particularmente la FF. de CC. MM. viste de luto y lamenta su prematura muerte. No debía morir, pero él partió dejando su dulce hogar, su joven esposa y sus tiernos vástagos, dejando su Laboratorio, sus Salas de enfermos, sus amigos, sus alumnos, dejando enorme vacío, así como luminosa estela cual astro de primera magnitud.

Todas las Instituciones de cultura y Asistencia Social, agrupaciones varias, la ciudadanía toda, sin distinción de credo o condición social lamentan su última partida, porque el Dr. Malo fue Médico para todos.

Plumas de elevados quilates, laureados poetas, distinguidos polígrafos, colegas, alumnos, amigos y allegados en sentidas notas necrológicas exaltan su memoria y virtudes, colocando así sobre su tumba la mejor ofrenda.

Su sepelio fue la revelación del sentimiento ciudadano. Séquito de alumnos de la FF. llevamos en hombros sus despojos mortales sin recelo ni temor. Centenares de personas a los compases de lúgubre marcha lo acompañamos hasta su última morada. Embargados por enorme pena, al momento de su final despedida en el campo santo, brotaron de los labios de colegas y alumnos sentidas frases de amarga despedida.

Como justo homenaje a su memoria la H. Junta de Asistencia Pública de ese entonces por moción de uno de sus vocales, el Dr. Honorato Loyola García (que también nos dejara ya con su súbita muerte) acordó nominar con su nombre a este Laboratorio.

Coincidencia feliz: recibí las primeras lecciones de este sapiente maestro quién despertó mi inclinación a estas disciplinas, y así mismo, cosas del destino, me ha tocado en calidad de Profesor de la FF. de CC. MM. dictar las mismas asignaturas enseñadas por el Dr. Malo Crespo y encontrarme frente al Laboratorio que lleva su nombre ya por cuatro lustros consecutivos.

Perpetuado está su nombre en esta sala de investigación a la cual

él dió su primer impulso, pero faltaba algo, ese algo ya está presente: su óleo.

La H. Junta de Asistencia Pública accediendo a mi petición resolvió colocar el óleo del Dr. Malo Crespo justamente al cumplirse el vigésimo quinto aniversario de su ocaso, perpetuando así objetivamente su memoria en este Hospital en el cual estudió, sirvió, enfermó y murió haciendo el bien a quién lo solicitaba.

Aquí teneis al Maestro, desde este sitio es y será permanente vigia para quienes hacemos si nó como el supo hacerlo: investigación, servicio y enseñanza.

Ante su recuerdo depósito reverente mi sentida gratitud".

Día 26

CELEBRACION DE LA SEMANA DEL ESTUDIANTE

En breve paréntesis a sus actividades escolares, los alumnos del Plantel, presididos por los dirigentes de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, cuya sede nacional en este año corresponde a la Universidad de Cuenca, dieron comienzo en este día a las festividades de la "Semana del Estudiante".

Los diversos actos celebrados, científicos, culturales y deportivos, sobresalieron por su buena organización y estuvieron coronados por el éxito.

Entre los principales números del programa cabe destacar la velada de gala con la cual se proclamó "Señorita Universidad 1958" a doña Anita Monsalve Moscoso; las conferencias científicas de los catedráticos doctores Reinaldo Chico Peñaherrera, Leoncio Cordero Jaramillo y Hernando Acosta Crespo; el recital que de su poesía hizo el profesor de la Facultad de Filosofía y Letras doctor José López Rueda y la inauguración de la Casa del Estudiante, anhelo cumplido gracias a la decidida actividad puesta para ello por el Presidente de la Federación de Estudiantes, Lcdo. Jorge Galarza Sánchez.

JUNIO

Día 29

EL EMBAJADOR DE LA REPUBLICA FEDERAL DE ALEMANIA DONO LIBROS A LA UNIVERSIDAD

Defiriendo a la petición que generosamente hiciera el doctor Rudolf Pamperrien, Embajador de la República Federal de Alemania en Ecuador, la Sociedad Alemana de Investigaciones, en su anhelo de contribuir a la intensificación de las relaciones culturales que se mantienen entre los dos países, donó una valiosa colección de libros sobre problemas latinoamericanos tratados por científicos alemanes, para que con ellos se incremente el fondo bibliográfico de la Biblioteca "Juan Bautista Vázquez", de pertenencia del Plantel.

El Embajador doctor Pamperrien personalmente concurrió a la Universidad para hacer entrega de las obras donadas. El Instituto le recibió de manera deferente y solemne. En el Aula Magna se desarrolló una ceremonia a la que asistieron el señor Rector y las autoridades y profesores del Plantel. El doctor Pamperrien resaltó el significado que para las relaciones de la República Federal de Alemania con la Universidad de Cuenca tenía el donativo y luego el señor Rector agradeció por él con frases que demostraron elocuentemente la amistad que siempre ha existido entre Alemania y el Ecuador y entre la Embajada de ese progresista país y la Universidad Cuencana.

FUERON DESIGNADOS NUEVOS DIGNATARIOS DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

Día 30

Concluido el período legal de las autoridades de la Facultad de Ciencias Médicas, que estaba presidida por el Decano doctor Honorato Carvallo Valdivieso, la Junta de la Facultad procedió a designar a sus dignatarios para el período 1958—1960.

Para Decano fue elegido el profesor doctor Leoncio Cordero Jaramillo, que hasta entonces desempeñaba las funciones de Subdecano de la Facultad.

Para Subdecano fue nombrado el profesor doctor Alberto Alvarado Cobos.

Y Consejeros de la Facultad y como tales miembros de su Consejo Directivo, los catedráticos doctores Timoleón Carrera Cobos y Jaime Vintimilla Albornoz.

La Junta eligió, además, para el ejercicio de las funciones de Director de la Escuela de Obstetricia, al profesor doctor Nicanor Corral Moscoso.

A favor del doctor Carvallo Valdivieso la Junta otorgó un voto de aplauso por la labor cumplida en los dos periodos que ha presidido la Facultad.

Las nuevas designaciones han sido bien recibidas por las autoridades universitarias, personal docente y alumna-do de la Facultad Médica.

JULIO

Día 5

EL PROFESOR DOCTOR JAIME VILLAR CHAO CONCURRIO A CURSO DE ESPECIALIZACION

Organizado por la UNESCO, desde esta fecha, en la Ciudad de Bogotá, se desarrolló un curso de Matemáticas para profesores de educación superior. El catedrático de la Facultad de Ciencias Químicas del Plantel, doctor Jaime Villar Chao, fué seleccionado para que concurra, como concurrió en efecto, a dicho curso de especialización.

Día 8

UNA NUEVA ESCUELA UNIVERSITARIA

El H. Consejo Universitario en sesión de este día, luego de que había estudiado detenidamente la conveniencia

de establecer la Escuela de Arquitectura y Urbanismo en la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas, aprobó su plan de estudios y resolvió su funcionamiento a partir del año académico 1958—1959, fundándola de esta manera, con el objeto de continuar en su labor de apertura de nuevos rumbos a la juventud universitaria.

Si bien en el Decreto Expedido por el General G. Alberto Enríquez, Jefe Supremo de la República, publicado en el Registro Oficial N° 254, de 4—5 de octubre de 1939, consta la Escuela de Arquitectura como integrante de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas del Plantel, hasta ahora su funcionamiento no había podido ser disuelto especialmente por motivos de carácter económico que en esta vez el H. Consejo Universitario y el Consejo Directivo de la Facultad antedicha han podido superar.

Las Autoridades Universitarias esperan que esta nueva Escuela llenará satisfactoriamente las sentidas necesidades del Austro Ecuatoriano de contar con una Institución que prepare profesionales capacitados para atender a los requerimientos de creciente progreso urbanístico que se confrontan en la actualidad.

Día 8

**ACUERDO DE CONDOLENCIA
POR EL FALLECIMIENTO DEL PADRE
ALBERTO D. SEMANATE, O. P.**

En la Ciudad de Quito rindió la jornada de su vida el Padre Alberto Semanate, prestante miembro de la Orden Dominicana que durante su vida sobresalió por sus servicios a la ciencia. El Consejo Universitario, considerando que el Padre Semanate fué el fundador de la Escuela de Minas, origen de la Facultad de Ciencias Matemáticas del Plantel, expidió el siguiente acuerdo de condolencia:

EL CONSEJO UNIVERSITARIO DE CUENCA,

Considerando:

Que en la Ciudad de Quito ha dejado de existir el Rvdo. Padre Alberto Semanate;

Que el Padre Semanate fue uno de los gestores de la fundación de la Escuela de Minas de Cuenca y su primer Director, Escuela que ahora se encuentra transformada en la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas del Plantel;

Que el Padre Semanate fue sobresaliente hombre de ciencia; y,
Que su muerte priva a la Patria de uno de sus hijos esclarecidos,

Acuerda:

Dejar constancia del pesar que embarga a la Corporación por el fallecimiento del Padre Semanate;

Recomendar su nombre a la juventud universitaria como el de uno de los propulsores de la educación superior y de la ciencia;

Publicar este acuerdo en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD y enviarlo autógrafo a sus familiares y a la Comunidad Dominicana.

Dado en Cuenca, a ocho de julio de mil novecientos cincuenta y ocho.

EL RECTOR-PRESIDENTE,
CARLOS CUEVA TAMARIZ.

EL SECRETARIO GENERAL,
VICTOR LLORE MOSQUERA.

Día 19

**EL DOCTOR SAMUEL S. STEIMBERG VISITO
LA UNIVERSIDAD**

Con el objeto de realizar un estudio y análisis de todas las Facultades y Escuelas de Ingeniería que funcionan en la República del Ecuador, el doctor Samuel S. Steimberg, Rector del Instituto Tecnológico de Aeronáutica "San José dos Campos", de Sao Paulo, Brasil, cumpliendo una

misión que le fuera encomendada por la Comisión de Intercambio Educacional entre los Estados Unidos de América y el Ecuador (Comisión Fulbrighth), arribó al País. En el desarrollo de su cometido, el doctor Steimberg fué recibido por la Universidad de Cuenca. En sesión conjunta de miembros del H. Consejo Universitario y de catedráticos de la Facultad de Ciencias Matemáticas, le fueron expuestos el grado de desarrollo, los anhelos y necesidades de la Escuela de Ingeniería Civil. El señor Rector doctor Cueva Tamariz le presentó un expresivo saludo a nombre del Plantel, formulando votos por una feliz estadia en Ecuador y especialmente en la ciudad de Cuenca.

El doctor Steimberg, sobresaliente hombre de ciencia que últimamente concurrió especialmente invitado por la OEA a la conferencia de científicos del hemisferio occidental llevada a cabo en Wáshington, informará sobre sus observaciones e investigaciones con miras a alcanzar que las diferentes Facultades y Escuelas de Ingeniería de la República orienten sus actividades hacia el desarrollo de los recursos económicos del país, su potencial industrial, sus necesidades primordiales en lo referente a salubridad y sanitación, agricultura, transportes, comunicaciones, vivienda y planificación urbana, fuerza eléctrica e industrias, incluyendo recomendaciones sobre las necesidades del personal docente, equipo científico y técnico de laboratorio, posibilidades de investigaciones y un plan sobre estudios avanzados para el profesorado y graduados en Ingeniería.

La Universidad formula especiales votos porque la labor del doctor Steimberg sea fructifera y sus conclusiones de beneficio para la Universidad Ecuatoriana.

Día 20

CONGRESO DE LA UNION MUNDIAL DE ARQUITECTOS

En Moscú, a partir de esta fecha, se desarrolló el V Congreso de la Unión Mundial de Arquitectos, evento cien-



El Rector de la Universidad de Cuenca, doctor Carlos Cueva Tamariz, al momento de iniciar su conferencia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima.

tífico para el que la Universidad de Cuenca fue especialmente invitada. El Consejo Universitario delegó la representación del Instituto y de su Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas, al Arquitecto Gastón Ramírez Salcedo, que la aceptó y concurrió a la citada reunión internacional.

✓ AGOSTO

✓ Día 10

EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD, DOCTOR CARLOS CUEVA TAMARIZ, CONCURRIO A LA SEMANA DE LA CULTURA ECUATORIANA DESARROLLADA EN LIMA

Por una feliz iniciativa del Municipio de San Isidro, presidido por el Alcalde doctor Carlos Neuhaus Rizo Patrón, desde el diez al diez y ocho de agosto, en la Capital de la República del Perú, se llevó a cabo el desarrollo de la Semana de la Cultura Ecuatoriana, organizada con el objeto de relieves el grado de desarrollo de las artes, las ciencias y las letras en el Ecuador y, sobre todo, estrechar los lazos de confraternidad que deben unir a países hermanos.

Una nutrida delegación de intelectuales del País fue acreditada para representar al Ecuador en tan singular e importante evento, la que estuvo presidida por el Alcalde de la Ciudad de San Francisco de Quito, doctor Carlos Andrade Marín y el Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, doctor Julio Endara. El señor Rector de la Universidad de Cuenca, doctor Carlos Cueva Tamariz, como Presidente del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, integró también la embajada. Además, el doctor Cueva Tamariz fué especialmente invitado por el señor Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de Lima, doctor José León Barandiarán, quien invocó para pedir la asistencia del señor Rector, las especiales vinculaciones espirituales que unen a las Universidades de Lima y Cuenca.

En el desarrollo del amplio programa de actividades que comprendió la Semana de la Cultura Ecuatoriana, en esta nota queremos dejar constancia, solamente, de algunos actos en los que participó el doctor Cueva Tamariz o fueron organizados en su honor.

En el Aula Magna de la Universidad de San Marcos, ante un selecto y nutrido auditorio, el doctor Cueva Tamariz sustentó una importante conferencia sobre "Panorama de la Educación Ecuatoriana". Con elogiosos y merecidos conceptos hizo la presentación del conferenciante el señor Decano de la Facultad de Educación de la Universidad de San Marcos.

En la próxima entrega de ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA, la Comisión Redactora insertará en sus páginas el texto de la conferencia del doctor Cueva Tamariz.

En la Escuela Normal Superior de Chocica, a petición de sus dirigentes, pronunció otra conferencia sobre "Fines de la Educación" e intervino luego en una mesa redonda para discutir los aspectos sostenidos en su conferencia.

Correspondió igualmente al doctor Cueva Tamariz agradecer, a nombre de los delegados ecuatorianos, el homenaje que el Partido Aprista ofreció a la embajada cultural.

Con el Rector doctor José León Barandiarán suscribió un importante convenio cultural cuyo contenido es del siguiente tenor:

"En Lima a dieciocho días del mes de agosto de mil novecientos cincuentiocho, el Rector de la Universidad de Cuenca y el Rector de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, suscriben ad-referendum de sus respectivas Universidades, este Acuerdo dirigido a:

PRIMERO: Propender a la unión de sus Universidades para velar por la concordia entre sus pueblos y para el acrecentamiento de su patrimonio cultural y científico.



El Doctor Carlos Cueva Tamariz pronunciando su conferencia sobre "Panorama de la Educación Ecuatoriana", en la tribuna del Aula Magna de la Facultad de Educación de la Universidad de San Marcos de Lima.

SEGUNDO: Estimular el estudio de los principales problemas económicos, sociales y científicos comunes a ambos países y contribuir a proporcionar las posibles soluciones.

TERCERO: Fomentar el reciproco conocimiento y valuación de la obra que en ambos países se lleva a cabo en sus Universidades como asimismo promover al intercambio de profesores e investigadores.

CUARTO: Promover el intercambio de sus alumnos mediante un sistema de becas y subvenciones.

QUINTO: Auspiciar la celebración de Congresos interuniversitarios americanos y la fijación del 14 de abril como el día de todas las Universidades de América.

f.) Carlos Cueva Tamariz.— José León Barandiarán”.

Entre los actos sociales desarrollados en homenaje al señor Rector de la Universidad de Cuenca merece destacarse el almuerzo que la Universidad de San Marcos le ofreció, al que asistieron el Rector de esa Casa de Estudios, los Decanos de todas las Facultades del Plantel y distinguidas personalidades del mundo social y político de Lima, así como el Acuerdo expedido por el Municipio de San Isidro, declarándole Vecino Honorario de él.

Día 27

EMBAJADA CIENTIFICA INGLESA VISITO LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Una distinguida delegación de estudiantes de las Universidades de Oxford y Cambridge, en la etapa final de la gira de estudios realizada por la selva amazónica del Brasil, pasó por esta ciudad, rumbo a Colombia y Venezuela, desde donde seguirá a su Patria. La Universidad de Cuenca les dispensó cordial acogida y en el corto período de tiempo que sus integrantes permanecieron en la Ciudad, fueron invitados a visitar la Universidad en cuya

Aula Magna, ante un numerosísimo auditorio que concurrió para aplaudirlos, sustentaron una charla sobre sus impresiones de viaje, dándola mayor interés con la proyección de placas fotográficas que correspondían a los principales aspectos de su excursión botánica.

SEPTIEMBRE

Día 2

LA COMISION FULBRIGHT CELEBRO REUNION EN LA UNIVERSIDAD

Como especial deferencia para la Ciudad de Cuenca y para su Universidad y como expresión del interés que por esta región de la Patria tiene en sus programas la Comisión Binacional Fulbright, encargada del intercambio educacional entre los Estados Unidos de América y el Ecuador, en el Salón de Honor del Plantel se desarrollaron, a partir de este día, la séptima sesión ordinaria y primera sesión ampliada de la Junta Directiva de la Comisión.

Concurrieron a ellas el señor Ministro de Educación Pública, doctor José Baquerizo Maldonado, en su calidad de Presidente Honorario; los representantes norteamericanos señores Jerry James, Agregado de Relaciones Culturales de la Embajada Americana y Tesorero de la Comisión, y Robert Alan Reed, Representante de los Residentes Norteamericanos en Ecuador; los delegados ecuatorianos doctor Carlos Cueva Tamariz, Rector de la Universidad de Cuenca y Presidente del Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y doctor Héctor Romero Menéndez, Catedrático de la Facultad de Economía de la Universidad de Guayaquil. Por encargo del señor Presidente Honorario, las sesiones estuvieron presididas por el señor Rector doctor Cueva Tamariz, en razón de la renuncia que, por motivos de retorno a Washington, presentara el señor

Lawrence E. Norrie. Actuó el Secretario Ejecutivo señor Carlos A. Darquea.

Al iniciarse las sesiones tanto el señor Ministro de Educación-Presidente Honorario, como el doctor Cueva Tamariz, expresaron su congratulación porque la Comisión Fulbright tuviera su sede en Cuenca por corto lapso y formularon votos por el éxito de sus deliberaciones.

Las resoluciones a las que en estas sesiones arribó la Comisión se caracterizaron por su importancia y por el interés que para el intercambio de estudios tienen.

En la noche del día tres de este mes, la Comisión ofreció un banquete en homenaje al señor Rector de la Universidad, doctor Carlos Cueva Tamariz, y a las Autoridades del Plantel, acto al que asistieron distinguidas personalidades.

*

* *

RESOLUCIONES Y PONENCIAS APROBADAS POR LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL

En Enero del presente año y bajo los auspicios de la Ilustre Universidad de Chile, en la Ciudad de Santiago se reunió la I Conferencia Latinoamericana de Extensión Universitaria e Intercambio Cultural, importante evento en el cual la Universidad de Cuenca se hizo representar por el señor Embajador del Ecuador en Chile, doctor Fidel López Arteta.

Por el marcado interés que tienen, la Comisión Redactora de ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA publica en esta sección el conjunto de resoluciones y ponencias aprobadas en la citada reunión internacional, propendiendo de esta manera a su mayor difusión y conocimiento.

LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA
DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,

Considerando:

La creciente necesidad de una metodología científica al servicio de las diversas modalidades de la extensión universitaria,

Recomienda:

a) Se realicen, además de los periódicos congresos de extensión universitaria y de difusión cultural, reuniones de seminarios de trabajo, a fin de estudiar la metodología de la extensión universitaria y de la difusión cultural.

b) Que cada Universidad, sobre la base de las experiencias realizadas, determine y divulgue, por medio de seminarios, publicaciones y otros medios, los métodos y técnicas empleadas en los distintos campos de la extensión universitaria y difusión cultural.

c) Dado el gran desarrollo de la investigación, relativa a las técnicas pedagógicas que pueden emplear estas actividades en sus distintos campos, se recomienda que los organismos relacionadores de extensión universitaria y difusión cultural, o las distintas Universidades, divulguen el material técnico correspondiente y promuevan la construcción de especialistas en estas materias.

II.—Considerando que los trabajos de la extensión universitaria ponen a los universitarios que la realizan en un más íntimo contacto con el medio social o regional,

Recomienda:

Promover una intervención activa de los estudiantes y de sus respectivas organizaciones y agrupaciones en estas tareas. Asimismo, invitar a que participen en ellas los graduados y profesores.

SANTIAGO, enero de 1958.

LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA
DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,

Declara:

Que la extensión universitaria debe ser conceptualizada por su naturaleza, contenido, procedimientos y finalidades, de la siguiente manera:

Por su NATURALEZA, la extensión universitaria es misión y función orientadora de la Universidad contemporánea, entendida como ejercicio de la vocación universitaria.

Por su CONTENIDO Y PROCEDIMIENTOS, la extensión universitaria se funda en el conjunto de estudios y actividades filosóficas, científicas, artísticas y técnicas, mediante el cual se auscultan, exploran y recogen del medio social, nacional y universal, los problemas, datos y valores culturales que existen en todos los grupos sociales.

Por sus FINALIDADES, la extensión universitaria debe proponerse, como fines fundamentales, proyectar, dinámica y coordinadamente, la cultura, y vincular a todo el pueblo con la Universidad. Además de dichos fines, la extensión universitaria debe procurar estimular el desarrollo social, elevar el nivel espiritual, moral, intelectual y técnico de la Nación, proponiendo, imparcial y objetivamente, ante la opinión pública, las soluciones fundamentales a los problemas de interés general.

Así entendida, la extensión universitaria tiene por misión proyectar, en la forma más amplia posible y en todas las esferas de la Nación, los conocimientos, estudios e investigaciones de la Universidad, para permitir a todos participar en la cultura universitaria, contribuir al desarrollo social y a la elevación del nivel espiritual, moral, intelectual y técnico del pueblo.

SANTIAGO, enero de 1958.

**LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA
DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,**

Considerando:

Que deben fomentarse y fortalecer las relaciones entre las Universidades, en el campo de la extensión universitaria y del intercambio cultural;

Que para este fin es altamente conveniente que la Unión de Universidades Latino-Americanas dé cumplimiento a una de sus altas finalidades, cual es la establecida en el artículo Segundo, Párrafo b), de su Carta Fundamental,

Acuerda:

1.— Solicitar del Consejo Ejecutivo de la Unión de Universidades Latino-Americanas, la organización del Departamento de Extensión Universitaria y Difusión cultural, en conformidad a la autorización establecida en el artículo noveno de su Carta Fundamental;

2.— Destacar que las funciones de este Departamento consisten en relacionar, en el mayor grado posible, la labor de extensión universitaria y difusión cultural, de las Universidades de América, facilitando al efecto, a todas éstas, las informaciones oportunas y proponiéndoles la adopción de las medidas más conducentes para obtener el fin perseguido;

3.— Recomendar a las Universidades de cada país la creación de un Comité Nacional Correlacionador de la Extensión Universitaria y Difusión Cultural, con el objeto de obtener así el máximo rendimiento en beneficio de la cultura.

SANTIAGO, enero de 1958.

**LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA
DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,**

Recomienda:

a) Que las Universidades de la América Latina, utilicen los servicios y las publicaciones de la UNESCO, de la OEA y de los de-

más organismos internacionales, relacionados con la Extensión Universitaria y los intercambios culturales;

b) Solicitar a la UNESCO un tratamiento especial, en virtud del cual puedan las Universidades de Latinoamérica adquirir, al precio de costo, las publicaciones que en la actualidad dicho organismo entrega a las librerías, que son intermediarias y que cobran un fuerte recargo en las ventas. Asimismo, se recomienda solicitar de la UNESCO que considere la posibilidad de que las librerías universitarias se conviertan en agentes de estas publicaciones.

c) Que las Comisiones Nacionales de la UNESCO den a conocer, a las entidades de Extensión Universitaria y Difusión Cultural, las publicaciones de dicha organización.

SANTIAGO, enero de 1958.

**LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA
DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,**

Recomienda:

a) Que los organismos universitarios de Extensión Cultural den las adecuadas facilidades para la difusión de las actividades propias de los Institutos Bi-Nacionales de Cultura;

b) Que, por las entidades correspondientes, se estimule la creación de Institutos Bi-Nacionales de Cultura, en los países en que éstos no existen.

SANTIAGO, enero de 1958.

**LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA
DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,**

Recomienda:

A la Unión de Universidades Latinoamericanas, la confección de un reglamento de becas, y expresa su anhelo de que tenga en cuenta como anteproyecto del mismo los siguientes acuerdos.

a) Que, con el fin de mantener la regularidad de los estudios e impedir el desarraigo del estudiante becado, el otorgamiento de becas haga únicamente a egresados y profesionales. Los postulantes a becarios deben ser mayores de edad;

b) Las Universidades e instituciones públicas procurarán que los becarios apliquen los conocimientos adquiridos en funciones adecuadas a estos;

c) Al ser concedida una beca, el beneficiario adquirirá el comprobante de servir al país que lo envía, por un periodo no menor al de la duración de ésta, contado desde la terminación de la misma;

d) En los casos de becarios que deban perfeccionarse en disciplinas culturales especializadas, se otorgará a éstos amplia libertad para elegir los medios, métodos y caminos para la adquisición del perfeccionamiento que se pretenda;

e) El becario conservará el cargo que desempeñe en el momento de la obtención de la beca; asimismo, sus remuneraciones y todos los beneficios que le habrían correspondido en el ejercicio de este cargo durante su ausencia;

f) Las becas deberán otorgarse preferentemente para las actividades culturales, artísticas, científicas, y técnicas menos desarrolladas;

g) Consultar que las Universidades, en sus Presupuestos, establezcan una partida permanente para el otorgamiento de becas;

h) Previamente al otorgamiento de becas, debe considerarse la imposibilidad que existe de obtener los perfeccionamientos que se pretende en el propio país;

i) Para otorgar las becas en forma racional y de modo que éstas satisfagan el interés de la nación, deben consultarse, cada cierto tiempo, las necesidades de las industrias del país;

j) Que las becas concedidas por los organismos universitarios y culturales, sean también distribuidas a los estudiantes que, por dis-

tintos motivos, se encuentren en el extranjero sin poder seguir sus estudios;

Recomienda:

1) Que las Universidades, mediante convenios directos entre las mismas, creen posibilidades de becas para el estudio de aquellas disciplinas que no se ejercen en los respectivos países, y que consideren debidamente la validación de títulos y grados;

2) Que las Universidades procuren la creación de residencias estudiantiles y concedan becas en las mismas para estudiantes extranjeros; y que se aliente entre las familias de los estudiantes la donación de pensiones, por un tiempo equivalente a la duración de los cursos a seguir, para alojar estudiantes extranjeros que cursen estudios similares o afines;

Recomienda:

Que, a fin de obtener una esmerada selección de becarios, es aconsejable que los gobiernos y las instituciones de los países vinculados a los Institutos Binacionales de Cultura, que otorguen becas de cualquier naturaleza, procuren dar intervención a estos Institutos en las comisiones seleccionadoras de los mismos.

Recomienda:

A las Universidades de América, a los organismos internacionales (UNESCO, etc.) y a las instituciones particulares, la necesidad de considerar, en el otorgamiento e intercambio de becas, a los funcionarios administrativos de las Universidades, sin limitación de edad para poder obtener.

Recomienda:

1) Que las Universidades mantengan en sus presupuestos partidas destinadas al intercambio de profesores y personalidades;

2) Que en las residencias estudiantiles se habiliten departamentos para los profesores visitantes;

3) Que las Universidades otorguen a sus profesores licencias periódicas, no menores de un año y con goce de sueldo, con el objeto de que puedan trasladarse al extranjero;

Recomienda:

1) Que los países de América den las máximas facilidades para el libre tránsito de la expresión cultural en todas sus manifestaciones y otorguen franquicias aduaneras, liberando de impuestos, u otros gravámenes, a toda iniciativa que contribuya a la difusión y al intercambio cultural entre estos pueblos;

2) Como medio que facilitará el intercambio de informaciones entre las Universidades, la confección de una guía de intercambio, que estará a cargo de la oficina que con tal fin cree la Unión de Universidades Latinoamericanas;

3) A las Universidades de América que patrocinen, dentro de sus respectivos países, la aprobación de leyes en que se establezca la exención de franqueo postal y aéreo, para la correspondencia y el envío de publicaciones entre las Universidades;

4) Que las Universidades, en sus publicaciones de carácter oficial, consignen, a no mediar impedimentos especiales, la autorización de aquéllas para su reproducción total o parcial, indicándose su origen;

5) Que, para favorecer el intercambio de informaciones entre las Universidades Latinoamericanas y hacer posible el conocimiento integral de lo que ellas publican, se solicite a la OEA se haga cargo de la edición periódica de un índice, ordenado por autores y materias, que abarque todo lo publicado por las Universidades, debiendo dicho índice ser confeccionado en forma acumulativa, a fin de facilitar su consulta.

Recomienda:

La organización de una cooperativa universitaria latinoamericana de grabaciones culturales, películas, diapositivas, etc., con sede en la ciudad universitaria de América Latina que se estime más conve-

niente, para el archivo y distribución de dichos elementos. Con tal objeto, se solicitará a las Universidades que graben en cinta magnetofónica sus actuaciones más importantes y las pongan a disposición de esta cooperativa para su reparto.

Recomienda:

A las instituciones de filmación universitaria y a las productoras de películas, la confección de documentales, cortos o largos, que recojan la realidad de cada país americano, en sus entidades, en sus industrias, en sus bellezas naturales, en la labor diaria de la gente que lo habita, etc., y que ese material de información se ponga a disposición de las diferentes Universidades Latinoamericanas y circule de un Estado a otro.

Acuerda:

Otorgar un voto de aplauso a la prensa y radioemisora de América por la colaboración que prestan a la labor de extensión universitaria. Al mismo tiempo, solicitan de ellas una difusión siempre mayor de tales actividades.

SANTIAGO, enero de 1958.

LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,

Declara:

Que considera imprescindible, para realizar la Extensión Universitaria y para la existencia y difusión de la cultura, a igual que para toda otra actividad universitaria, la vigencia plena de la libertad y de la democracia en el orden nacional, y la libertad de cátedra y la autonomía universitaria, dentro de las Universidades.

SANTIAGO, enero de 1958.

LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,

Considerando:

Que la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales es un organismo creado por los países de Latinoamérica para propender al

desarrollo de la enseñanza de las Ciencias Sociales por medio de la formación de profesores e investigadores universitarios en este campo;

A c u e r d a :

"Declarar que las actividades de extensión universitaria e intercambio cultural de las diversas Universidades de Latinoamérica tengan presente la cooperación necesaria a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales a fin de asegurar que el cuerpo docente de dicho organismo adquiera carácter regional y que el alumnado se componga de graduados de toda la región".

LA ASAMBLEA PLENARIA APROBO SOLO LA IDEA BASICA DE ESTE VOTO, SOLICITANDO AL PONENTE UNA MAYOR ACLARACION.

SANTIAGO, enero de 1958.

FINANCIAMIENTO

LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,

R e c o m i e n d a :

1.— Que, en los presupuestos de las respectivas Universidades se establezca un fondo o porcentaje, destinado exclusiva y permanentemente a las actividades de extensión universitaria;

2.— Que, en el caso de que los regímenes presupuestarios de las Universidades no permitan lo anterior, se cree o incremente el presupuesto destinado a extensión universitaria, por ser ésta, con la docencia y la investigación, actividad fundamental y obligatoria de la Universidad y no un beneficio gracioso de la misma;

3.— Que se establezca un fondo de donaciones y asignaciones, particularmente destinado al fomento de las actividades de extensión universitaria, completando con un producto las cantidades presupuestarias dedicadas al mismo propósito. Se sugiere, como uno de los medios para alentar a posibles donantes a constituirlo, la dictación

de leyes que eximan de impuestos a los causantes en las asignaciones y donaciones de esta naturaleza;

4.— Que es conveniente que los países latinoamericanos sancionen leyes, mediante las cuales se constituyan fondos especiales para Extensión Universitaria y Difusión Cultural, que permitan el mayor incremento de las mencionadas actividades.

NOTA.—Los representantes de México y El Salvador hacen presente que en sus países no es posible por dificultades constitucionales.

SANTIAGO, enero de 1958.

ESCUELAS DE TEMPORADA

LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,

C o n s i d e r a n d o :

Que la mayor parte de las Universidades Latinoamericanas han creado Escuelas de Temporada que difieren tanto por sus planes como por sus Métodos y objetivos,

R e c o m i e n d a :

a) Estimular la creación de estas Escuelas de Temporada, en todos aquellos países Latinoamericanos donde aún no funcionan.

b) Tener presente en su creación y en su desarrollo las experiencias, métodos y objetivos de las Escuelas ya existentes.

c) Tratar de coordinar sus actividades de modo que pueda establecerse entre ellas un intercambio más metódico de sus alumnos y catedráticos.

SANTIAGO, enero de 1958.

SEDE LA PROXIMA CONFERENCIA

LA PRIMERA CONFERENCIA LATINOAMERICANA
DE EXTENSION UNIVERSITARIA E INTERCAMBIO CULTURAL,

A c u e r d a :

Señalar como sede de la próxima Conferencia de Extensión Universitaria e Intercambio Cultural, la ciudad de QUITO, Ecuador, recomendando a la Unión de Universidades de América Latina la convocatoria cada dos años de estas conferencias. Corresponderá a la Unión de Universidades de América Latina la fijación de la fecha exacta en que deberá reunirse.

SANTIAGO, enero de 1958.